

# REVISTA CONTEMPORÁNEA



# REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO XV—TOMO LXXVI

OCTUBRE —NOVIEMBRE— DICIEMBRE 1889



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PIZARRO, 17, PRINCIPAL

OFICINAS

MÉJICO  
*J. F. Parres y Comp.<sup>ª</sup>*  
VENEZUELA  
*E. Fombona*

BUENOS AIRES  
*Manuel Reñe*  
BRASIL  
*Bellarmino Carneiro*  
Pernambuco

CUBA  
*D. Miguel Alorda*  
O'Reilly, 96  
Habana.

DERECHOS RESERVADOS

MADRID, 1889

TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

*Libertad, 16 duplicado, bajo*



## CAMPAÑAS HONROSAS

---

**E**L grandioso certamen que, con aplauso y admiración del mundo entero, se está celebrando en la gran metrópoli francesa toca á su término. En este colosal concurso, cuyo éxito ha sobrepujado á los más grandes optimismos, ha figurado España, si bien con honra, con excesiva modestia, á causa del escaso apoyo que el Gobierno le ha prestado, obedeciendo quizás á pueriles escrúpulos de política internacional, y no sé si decir á antipatías que no se compadecen bien con los intereses de nuestra agricultura é industria, para los cuales los principios, sistemas y fundamentos políticos, en el orden teórico, son poca cosa al lado de los elementos de riqueza que constituyen su esencia y organismo.

Por lo mismo que nuestro país está atrasado, respecto de Francia y otras naciones que marchan á la cabeza de todo progreso agrícola é industrial; por lo mismo que las fuerzas de nuestro trabajo son más exiguas; por lo mismo que nuestros productores son menos ricos é instruídos; por lo mismo, en fin, que, por efecto de todo esto, carecen de la plenitud de medios y de la suma de conocimientos necesarios para acudir á tiempo y bien á las Exposiciones y sacar de ellas el mucho provecho que de las mismas se puede obtener, por lo mismo, repito, debió el Gobierno haber atendido con largue-

za á los expositores que habían de concurrir á la Exposición universal de París, como lo han hecho otras naciones, republicanas unas y monárquicas otras, pero dotadas todas de mejor sentido práctico y, de seguro, más notoriamente protectoras del fomento de sus respectivos ramos de riqueza, sin que les haya importado un ardite el concepto, hoy relegado á un simple recuerdo histórico, del hecho político cuyo centenario ha festejado la Exposición.

En este orden de empresas, por lo que á las Exposiciones se contrae, reina siempre el más grande cosmopolitismo y la tolerancia política y religiosa de más amplitud. Poco les importan á los que en ellas toman parte las opiniones que unos y otros profesan. El expositor republicano se cura poco del monárquico, como el cristiano hace poco ó ningún caso del infiel, siempre que les atraiga el lazo del común interés industrial ó comercial. La tolerancia en esto llega á tanto, que pasa por grados insensibles de la indiferencia á la simpatía y muchas veces á la amistad, por el intermedio de la conveniencia común, dejando entrever así, para tiempos cuyo alcance no se puede determinar, la realización de una especie de confraternidad universal lograda por el trabajo, que de cada día más y más atrae á los hombres, en tanto que los diversos sistemas políticos y las diferentes religiones no tienden más que á tenerlos siempre alejados, fomentando, en vez de la paz universal, las luchas y contiendas más desastrosas.

Considero, pues, como un desacierto moral y como un error económico toda medida que reduzca en vez de ensanchar el campo de estas manifestaciones modernas, de las que son los concursos internacionales la más provechosa y remarcable expresión. Considero asimismo, y aun considero un atentado contra la riqueza de un país, la limitación ó sujeción de los medios necesarios para que los productores se presenten en dichos certámenes en buenas condiciones de notoriedad, para darse á conocer, fomentar sus relaciones con los productores y consumidores de otros países, y para aprender, por fin, lo mucho que en las Exposiciones pueda estudiarse cuando se les dirige con acierto y se les traza el

mejor camino que para ello deben seguir. Nuestro Gobierno no ha creído, sin embargo, que debía obrar de este modo al tratarse del gran concurso que se celebra á orillas del Sena, y, dejando á los expositores del todo abandonados y sin más auxilio que una mezquina subvención general, otorgada con más vergüenza que buena voluntad, ha preferido que se malograra esta patriótica campaña, antes que aparecer como auxiliar eficaz del éxito de una Exposición que, así y todo, se ha impuesto á todos los políticos, porque responde á un fin práctico, bajo cuya bandera cabían todos los pueblos, todas las manifestaciones de la inteligencia y el fruto del trabajo humano en sus mutuas relaciones de conveniencia, cambio y enseñanza.

Por eso no debe extrañarnos que España haya ocupado un lugar muy modesto en la Exposición de París, y que haya sido poco también el provecho que de la misma haya reportado. En todas las Exposiciones internacionales anteriores, y especialmente en la de París de 1878, dió prueba el Gobierno de una loable largueza, que contrasta más y más con la mezquindad presente, sin que desde entonces acá haya habido más motivo aparente para esta diferencia que la idea de glorificación que con el certamen se trataba de conmemorar, idea que nada es ni nada significa respecto al fin que se persigue en las Exposiciones.

Con escasos elementos, pues, harto se habrá conseguido si al fin y á la postre no ha hecho nuestra patria en el Campo de Marte y en el Quai d'Orsay un triste papel; y si por desgracia esto no se hubiera podido evitar, no habrá sido por cierto por falta de buena voluntad, constancia y trabajo en los que han llevado sobre sus hombros la pesada carga de desarrollar la exposición de la sección española, sacando de ella todo el provecho, siempre escaso por su pequeñez, que de sí podía dar.

En esta ingrata tarea han sido mayores los disgustos que las alegrías, los obstáculos que las facilidades, las censuras que las alabanzas, los perjuicios que los provechos; pero al fin y al cabo, el pabellón ha tremolado con honra, y de esto pueden enorgullecerse los gestores de tal empresa, por lo

mismo que han carecido en absoluto de aquel apoyo superior y general que no debe nunca faltar en estos casos, y que es el regulador, digámoslo así, de todos los elementos que se desarrollan en un certamen.

Y aún he de añadir que dentro de la medida asaz pequeña en que todos los esfuerzos se han visto limitados, el hecho de la Exposición ha dado lugar á ciertos actos de mucha trascendencia, promovidos y desarrollados bajo el influjo de una voluntad enérgica y una inteligencia superior, que sólo al impulso de estas extraordinarias cualidades es como puede conseguirse que de las cosas pequeñas, por la generalidad de los hombres abandonadas por su misma insignificancia, se hagan brotar hechos de alto vuelo y trascendencia, tan imprevistos como extraordinarios.

Los resultados á que me refiero, por lo que toca á España, son los concernientes al Jurado y á la constitución del comité de la Unión Hispano-americana; la persona que ha realizado los unos y ha realizado los otros, Navarro Reverter, el conocido ingeniero, el afamado economista, el distinguido político, cuya energía, autoridad é inteligencia tanto han brillado en París y tanta admiración han causado á propios y extraños, enalteciendo así el crédito de nuestra patria y haciendo olvidar en cierto modo la pequeñez de nuestra exposición con inteligentes campañas.

Todos lo hemos visto, en el Jurado de Grupo y en el Superior, batallar con una fe y una constancia extraordinarias, sin abandonar su puesto un solo momento, defendiendo á los expositores con el mayor entusiasmo y supliendo con el envidiable caudal de sus vastos conocimientos la falta de datos y noticias de que carecía por desidia de los mismos defendidos, y que le eran necesarios para mejorar las recompensas votadas por el Jurado inferior de las clases.

Asiduo, insinuante, persuasivo y agudo, atrayéndose las simpatías de los más, y aun en casos extremos dando pruebas bien notorias de la altivez castellana en punto á cortesía y delicadeza, Navarro Reverter ha conseguido él solo lo que haría la tarea de muchos, mejorando, con perseverante labor, las recompensas en primera instancia conferidas, au-



mentando su realidad y llegando hasta recabar grandes diplomas de honor en condiciones que sólo él pudo atreverse á conseguir de un Jurado que tan riguroso ha sido en sus fallos, y en donde, pena da confesarlo, no se tiene de nuestra industria una idea muy favorable.

Los resultados así obtenidos hubieran sido bastantes para poner de relieve la notable figura del ilustre Diputado por Segorbe, pero para los alientos de tan gran paladín era muy pequeño aquel campo y floja la carga que gravitaba sobre sus hombros. Su actividad y su energía habían menester mayores fatigas, y terminadas con el Jurado las tareas que podríamos llamar oficiales, el animoso representante de España, que deseaba hacer algo más por su país, concibió y emprendió con inusitada valentía el vasto plan de la *Unión Hispano-americana*, que con asombro general, por no ser obra de meses sino de años, ha logrado realizar en el cortísimo plazo de muy pocas semanas.

En esta prodigiosa empresa ha demostrado Navarro Reverter cuánto vale y á cuánto alcanzan sus facultades. Desvaneciendo recelos, conquistando simpatías, atrayendo la admiración general por su saber y elocuencia, reúne y agrupa á su alrededor los representantes de más significación política y científica de las Repúblicas americanas de origen español, desde el Río Grande hasta el Plata, é invocando el cariño que nace de la igualdad de raza, lengua y religión y la reciprocidad de intereses de aquellas naciones con la antigua madre patria, logra por fin que se firmen las bases de la *Unión Hispano-americana*, que representada por catorce Repúblicas de allende el Atlántico y unidas á nuestra patria, forman un total de cincuenta y nueve millones de habitantes organizados bajo una especie de federación económica, cuyo objetivo principal es el de protegerse mutuamente contra las invasiones de los pueblos de raza anglo-sajona, que amenazan acabar en un plazo más ó menos próximo con la independencia industrial y comercial.

La obra es verdaderamente asombrosa, y el país tocará en breve plazo las ventajas y provechos de tan vasta empresa.

Mientras tanto, y ya que no obtenga otra recompensa, Navarro Reverter puede estar seguro de que por sus grandes méritos ha conseguido levantar sobre el raquítico pedestal de nuestra pobre exposición del Campo de Marte la grandeza de su majestuosa figura, y que no se pasará mucho tiempo sin que los frutos que se han de reportar de la *Unión Hispano-americana*, nacida al calor de su fe, su constancia y su talento, aumentarán el renombre de que hoy goza, perpetuando su memoria en los anales de nuestra patria, de la que es ya uno de sus más esclarecidos y beneméritos varones.

Así pienso y así me complazco en consignarlo, como debido tributo de admiración al que con la grandeza de su pensamiento ha puesto la primera piedra en un edificio que ha de ser égida la más robusta de los intereses de los pueblos que hablan con nosotros la hermosa lengua castellana.

J. RAMOS MORA.

*París 22 Septiembre 1889.*





## NOTAS

TOMADAS

POR D. CRISTÓBAL BENÍTEZ EN SU VIAJE POR MARRUECOS,  
EL DESIERTO DE SAHARA Y SUDÁN, AL SENEGAL (1)

---

(Continuación.)

Hechas nuestras observaciones, abandonamos el pozo *Onan* el día 4 de Julio á las seis de la tarde; y no bien acabamos de montar en nuestras cabalgaduras, cuando se nos presentó un árabe armado, que nos hizo sospechar si sería algún espía de las caravanas que merodean por aquellos lugares, que venía á enterarse de las fuerzas de que nosotros podíamos disponer para combinar nuestro ataque; pero, á las pocas palabras que con él crucé, me convencí que pertenecía á una caravana que desde *Arawan* se dirigía á *Taudenni*, y él se había adelantado para explorar el terreno; así que, convencidos de que nada teníamos que temer de él ni de la caravana que le enviaba como explorador, le dejamos en el pozo y seguimos una dirección inversa de la que más adelante tomamos, para que, en todo caso, le fuera imposible dar con nosotros.

Cuando el guía creyó que el explorador no podía seguir nuestros pasos, nos encaminamos hacia *Arawan* por una in-

---

(1) Véase la página 622 del tomo anterior.

terminable llanura cubierta de piedras y arena muy gruesa, y á las seis de la mañana del día 5 acampamos en medio de aquella llanura.

Si hasta aquí fueron frecuentes los espejismos, desde este punto hasta *Arawan* eran interminables, por lo que los árabes llaman *Elmereia*, ó el espejo, á esta parte del desierto, cuyo nombre juzgo sea el de nuestra Almería, con la sola diferencia de que el artículo árabe *el* se ha convertido en *al* y ha sido unido al nombre *mereia*.

Después de instalar nuestras tiendas y de amarrar nuestros camellos, para que no nos sucediera otro percance como el anterior, recorrimos las inmediaciones, con objeto de que el Doctor pudiera hacer algunas observaciones geológicas, y regresamos al poco rato en busca de nuestro almuerzo, porque la fuerza del sol nos impedía detenernos en estas pequeñas excursiones á pie.

Á las seis de la tarde levantamos nuestro campo y continuamos marchando por la misma planicie, sin otro accidente que el cansancio que todos experimentábamos y el temor de que nos faltara la provisión de agua que habíamos hecho en *Onan*, porque el calor la evaporaba dentro de los mismos odres, dejando en ellos un residuo imposible de beber.

Á las seis de la mañana del día 6 hicimos alto, sin preocuparnos de otra cosa que de dormir para reponer nuestras perdidas fuerzas y pasar sin beber el mayor tiempo posible, á fin de que pudiéramos tener agua hasta *Arawan*, que es el punto en donde únicamente la encontraríamos.

Serían las cinco de la tarde cuando emprendimos de nuevo nuestro camino, y no bien había anochecido, cuando oímos el rugido de un camello y el ruido que iban haciendo algunos árabes que por nuestras inmediaciones pasaban; por lo que, y para evitar algún ataque, renovamos nuestras precauciones, amarrando fuertemente la boca de nuestros camellos, para que no pudieran contestar á los rugidos que oían y denunciar nuestra presencia á los que cerca de nosotros pasaban, y de los que debíamos precavernos, aunque fuera una caravana de comerciantes, porque en aquellos parajes todos son ladrones, y es necesario estar prevenidos contra ellos, y más

caminando en tan escaso número como nosotros marchábamos.

Poco á poco fué perdiéndose el ruido de la caravana y volvió la tranquilidad á nuestros ánimos, con la seguridad de haber evitado un mal encuentro, y antes de medianoche no oíamos el más pequeño rumor que pudiera denunciarnos la presencia de peligro en nuestros alrededores; no obstante, seguimos caminando sin olvidar precaución alguna y dispuestos á defendernos hasta morir, hasta que vino el día y nos tranquilizó por completo, é hicimos alto en el sitio llamado *Eluied*, perteneciente á la región *Elmereia*.

Mientras nuestros criados instalaban las tiendas y arreglaban los camellos, recorrimos un poco los alrededores, que están cubiertos de esparto muy basto, que nuestros camellos comían como un manjar delicioso, y tomamos la altura, que resultó ser de 212 pies sobre el nivel del mar.

Nuestro campamento fué instalado en las márgenes del cauce de un torrente llamado *Wied*, que da el nombre al sitio en que nos encontrábamos y que sirve de desagüe á las lluvias tormentosas de aquella región.

Á las nueve de la mañana regresamos á nuestras tiendas para almorzar, y en ellas continuamos hasta las cinco de la tarde del día 7, en cuya hora nos pusimos en marcha, abrazados por la sed que nos devoraba y que no podíamos mitigar porque nuestra provisión era reducidísima y dudábamos nos alcanzara hasta *Arawan*, aunque estábamos á ración, pero que el calor la evaporaba de los odres y la reducía á la nada.

Molestados por la sed y el cansancio, seguimos caminando hasta las seis de la mañana del día 8, en cuya hora acampamos en el centro de la región *Elmereia*. En este día no hicimos observación alguna, porque no podíamos caminar á pie á causa del sol que nos abrasaba; y el viento del *simoun* que nos ahogaba nos obligó á estar tendidos en el suelo dentro de nuestras tiendas para poder soportar la sed y el calor, con la esperanza de que pronto llegaríamos á *Arawan*, que por el momento era la tierra de promisión para nosotros, en la que saciaríamos la sed que empezaba á enloquecernos y nos

repondríamos de nuestro cansancio para poder continuar nuestra marcha á *Tinbuctú*.

Á las cinco de la tarde de este mismo día seguimos nuestro camino sin notar accidente alguno, y á las seis de la mañana del 9 acampamos á una hora de distancia de *Arawan*.

Al saber la distancia tan corta que nos quedaba por recorrer para llegar á *Arawan*, y estimulados por el cansancio y los horribles sufrimientos que la sed nos ocasionaba estando completamente exhausta nuestra provisión de agua, nos dirigimos al guía, y con tono amenazador le preguntamos la razón por la que nos obligaba á acampar fuera de la población, cuando él sabía que nos ahogábamos de sed y que no podíamos soportarla por más tiempo, á cuya pregunta respondió «que debíamos respetar la costumbre existente en *Arawan*, porque de lo contrario no se mostrarían propicios con nosotros los santos patronos del pueblo, y sus habitantes nos recibirían mal si entrábamos en la población de día y no de noche; mientras que si observábamos dicha costumbre, seríamos recibidos como merecíamos por nuestro carácter de *sherifes*, pues los habitantes eran muy devotos, y si nuestro apuro era por falta de agua, que no tuviéramos cuidado, porque él mandaría á uno de los criados con un camello y cuatro odres para llenarlos en *Arawan*, y que á las dos horas estaría de vuelta con cuanta agua necesitáramos.»

Ante la respuesta del guía no nos quedaba más que enviar por agua á un criado, como así lo verificamos; pero dicho criado, en vez de regresar á las dos horas ó dos y media, que era el tiempo que calculábamos podía invertir en su viaje de ida y vuelta, no pudo hacerlo hasta las cuatro de la tarde, á causa de haberse perdido en el camino.

Viendo que llegaban las once de la mañana y el criado no volvía, acordamos enviar otro con otro camello y cuatro odres más, encargándole regresara inmediatamente. Á las doce de la mañana, y ya completamente desfallecidos de sed, se nos presentó un árabe de *Arawan*, el cual traía un pequeño odre con agua para su uso, y viéndonos en tal necesidad se la pedimos y nos la dió, repartiéndola entre todos sin que cupiéramos cada uno más que á una media taza, con lo

cual no pudimos apagar la sed que nos abrasaba; le ofrecimos una buena propina si nos proporcionaba un odre de agua, y habiendo aceptado, marchó asegurándonos volvería antes de hora y media, como lo efectuó, y así pudimos aplacar la sed que tanto nos mortificaba y reanimar nuestros ya desfallecidos espíritus.

Por fin, á las cuatro de la tarde y conducidos por tres naturales del país, aparecieron los dos criados con los camellos, los que habiendo perdido el camino, tuvieron que valerse de aquéllos para volver á nuestro campo; recompensamos á los conductores, y uno de ellos se encargó de llevar al *shej Sidi-Mohamed-El-Habib*, jefe de *Arawan*, la carta de recomendación que para él traíamos desde *Tinduf*, y de pedirle nos diera una casa donde hospedarnos, pues aquella noche entraríamos en la población.

Á las siete de la noche emprendimos la marcha, y en las afueras del pueblo encontramos al mencionado *shej* acompañado de muchos vecinos de *Arawan*, que recibieron al *sherif* con música y disparos para demostrarnos su alegría por nuestra presencia entre ellos; nos guiaron á la casa que nos tenían preparada, en donde nos alojamos, esperando descansar de tantas fatigas y privaciones como habíamos sufrido en los treinta días que tardamos en atravesar el Sahara desde *Tinduf* hasta *Arawan*.

Al despertar por la mañana salí á recorrer el pueblo para darme cuenta de él, y bien pronto regresé al alojamiento, habiendo visto todo cuanto puede ver un viajero, pues la población de *Arawan*, que está situada en unas pequeñas colinas de arena fina, consta de unos trescientos cuartuchos diseminados, que más parecen malas chozas que casas, por estar construídas de barro y techadas de esteras hechas de palma de los cocoteros y algunas ramas de mimosas.

Cada casa está formada por una sola habitación de unos veinticinco metros superficiales, y sobre sus paredes, que son de dos metros de altura, están tendidas las esteras que sirven de techo; esta casa-habitación ó choza está rodeada por un cercado de barro de metro y medio de elevación, en el que tienen una puerta de entrada formada de dos pedazos

de troncos de cocotero toscamente labrados, y cuya puerta es exactamente igual á la de la habitación.

Dichas casas sólo sirven á los naturales para resguardarse del sol, y cuando se desencadena algún temporal en aquel pueblo, todos los habitantes las abandonan y se instalan en sus tiendas de campaña, formadas de pieles de carneros, para buscar en ellas el abrigo que aquéllas no les ofrecen, porque se inundan bien pronto á causa de que el techo de las mismas no está construído para resistir la lluvia, sino los ardientes rayos del sol.

Dos son las que únicamente pueden llamarse verdaderas casas, aunque no sean de grandes dimensiones; una de ellas es la del *shej*, gobernador del pueblo, y otra la mezquita; la casa del jefe de la villa consta de un solo piso con seis habitaciones bastante grandes, techadas y apisonadas para poder resistir las lluvias; habiendo tenido su dueño que traer la madera en camellos de *Tinbuctú*; un muro bastante alto la circunvala, y en éste hay una gran puerta de entrada que da á un espacioso patio; la pequeña mezquita con su *mirab*, ó lugar de oración, está cubierta con una techumbre en forma de media naranja, al lado de la que está un pequeño minarete, sin que éste ni aquélla tengan nada de particular.

Á cien metros del grupo de casetas que forma la población están construídos unos noventa pozos, que son los que atraen á todas las caravanas que del Norte del África se dirigen á *Tinbuctú*, pues en ellos reponen sus provisiones de agua para poder continuar su camino.

Estos pozos constituyen la sola riqueza de la población y de las kabilas de árabes nómadas llamados *Brabish*, porque todo viajero tiene que pagar ocho ducados de oro del país, que representan diez y siete duros aproximadamente de nuestra moneda, en cambio de la aguada que necesiten, y como prima del seguro para atravesar el territorio de *Asawad*, que es el que media entre *Arawan* y *Tinbuctú*, y sin cuya prima serían desvalijados antes de terminar su camino.

El impuesto de agua y seguro es cobrado por el *shej Sid-Emhamed-neld-el-Habib*, que da la mitad al *shej* de los *Brabish*,



y ambos lo reparten entre sus administrados, según sus necesidades.

Los habitantes de *Arawan* pertenecen en su mayoría á la raza etiope y á la árabe mezclada, y el carácter de ellos es tranquilo, predominando el fanatismo religioso; hablan un dialecto especial que es designado por ellos con el nombre de *sudani* ó sudanés, sin que tenga parecido con el árabe ni con el bereber, y aun cuando hablan entre ellos el sudanés, todos conocen el árabe, que es el que hablan con los viajeros.

El comercio de sal lo verifican con la que producen los depósitos de *Taudenni*, llevándola á vender á *Tinbuctú*, ó la depositan en *Arawan* para cambiarla por otros productos á los que, procedentes de aquella ciudad, vienen á buscarla.

La caza de avestruces es para ellos su pasión favorita, y para verificarla se reúnen cuarenta ó cincuenta familias de la misma kabila y se trasladan á aquellos parajes del desierto en los que abunda el avestruz y pueden darle caza con más facilidad.

La caravana de cazadores tienen para sus correrías caballos acostumbrados á la carrera por aquellos arenales, que sólo montan cuando marchan al ojeo, pues durante el camino se sirven de los camellos para no fatigarlos.

Instalados en el punto que ellos creen más conveniente, que por regla general lo es en las inmediaciones del río *Níger* ó de algunos de sus brazos para tener agua de qué proveerse después de sus correrías, empieza la caza en la forma siguiente:

En primer lugar salen los ojeadores para averiguar el sitio en donde los avestruces se encuentran en manadas, para comunicarlo á los cazadores y que procedan al ataque, que se lleva á cabo formando un círculo en cuyo centro quedan los avestruces, y que los jinetes lo van estrechando siguiendo su marcha por las cañadas que forman las dunas, para no ser vistos por ellos, porque desaparecerían antes que pudieran ser atacados.

Como los que marchan en camello no pueden alcanzar en la carrera al avestruz, se apostan en los sitios por donde con más facilidad pueden escapar, mientras que los jinetes

los atacan á tiros, y los que escapan de éstos vienen á caer en las manos de los que con sus camellos se han quedado apostados esperándolos.

Esta cacería sólo tiene lugar en los días de más calor en el desierto, porque si sopla el viento un poco fresco, el avestruz escapa al caballo más ligero, mientras que con el calor sofocante no pueden continuar por largo tiempo su carrera, y son alcanzados por los caballos, que, acostumbrados á aquellas carreras, pueden resistir mucho más que ellos.

Terminada la caza, desuellan cuidadosamente al avestruz y su carne les sirve de alimento durante su estancia en aquellos lugares, de los que no regresan mientras encuentran caza.

Las plumas de esta clase de avestruz son mucho más estimadas y más hermosas que las de los domésticos que se crían en las poblaciones del Sudán, y de los que tendré ocasión de hablar al reseñar mi visita á *Tinbuctú*.

Como el guía iba ajustado para conducirnos sólo á *Arawan*, y desde este punto no lo necesitábamos para ir á *Tinbuctú*, porque diariamente salían caravanas en aquella dirección, á las que podíamos unirnos y terminar con más seguridad nuestro viaje hasta aquel punto, lo despedimos, y, para que pudiera regresar, le regalamos el camello que hasta allí había montado, abasteciéndole también de provisiones para el viaje, ó sea de un saco de *sum-mita* y dos odres de agua, con lo que se despidió de nosotros muy contento deseándonos un feliz viaje, llevando nuestra correspondencia á Mogaador para que de allí fuera dirigida á sus respectivos destinos por el correo español, que es el que enlaza á toda Europa con aquel punto.

No considerando necesarios nuestros camellos para seguir hasta *Tinbuctú*, porque las mismas caravanas nos llevaban por un tanto, y en la seguridad de obtener por ellos mejor precio que en aquella ciudad, los vendimos y ajustamos nuestro pasaje á la misma.

Antes de abandonar á *Arawan*, debo consignar que la altura en que dicho pueblo se encuentra es de 255 pies sobre el nivel del mar.

Nuestra salida de *Arawan* fué á las cinco de la tarde del día 25 de Junio, en union con una caravana compuesta de 300 camellos que, cargados de sal de *Taudenni*, se dirigían hacia *Tinbuctú* escoltados por unos veinticinco hombres, y á los que les habíamos alquilado los seis camellos que necesitábamos para llevar nuestras cargas y servirnos de caballerías, por nueve piezas de tejido basto de algodón teñido de azul, de 16 yardas cada una.

Durante la noche del 25, ó sea la primera de nuestra marcha desde *Arawan* á *Tinbuctú*, desapareció nuestro compañero *Sid. Mohamed-Elhamri*, el que indudablemente nos abandonó para regresar á *Arawan*, pues á la distancia que desde este punto estábamos era casi imposible su pérdida por la proximidad de la población y por las innumerables caravanas que transitan por aquellos parajes.

Al amanecer del día 26 fué cuando notamos su falta, en el momento de instalar nuestras tiendas para pasar el día; y, aunque preguntamos á todos los árabes que con nosotros venían, ninguno dió otra respuesta sino que se habría vuelto á *Arawan*; por lo que no nos volvimos á ocupar de él.

Nuestro campamento fué levantado dicho día en un terreno igual al que rodea á *Arawan*; sólo, sí, un poco menos accidentado, sin ofrecer cosa alguna digna de nuestras observaciones.

Á las cinco de la tarde del 26 seguimos caminando por un terreno en donde la vegetación empezaba á aparecer á nuestros ojos, aunque no podíamos distinguir su clase, porque la oscuridad de la noche nos lo impedía; no obstante, me pareció reconocer algunas acacias y grandes matas de esparto; y con gran placer, encontré trazado el camino que nos había de dirigir á *Tinbuctú*, por el que, sin accidente alguno, marchamos hasta el amanecer del día 27, en cuyo momento llegamos al sitio conocido por *Haseinni*, en el que hizo alto toda la caravana.

Mientras que los individuos que iban en nuestra compañía descargaban sus camellos, y nuestros criados hacían otro tanto con los nuestros y levantaban nuestras tiendas, recorrimos los alrededores del campamento que, según nuestros

cálculos, se encontraba á 233 pies de elevación sobre el nivel del mar.

Después de haber reconocido la vegetación que allí existía, y que para mí era nueva, porque no había tenido ocasión de verla que en los Trópicos se produce, y acercándose la hora de nuestro desayuno, regresamos á nuestras tiendas, de las que no salimos hasta la hora en que los camelleros empezaron á ponerse en movimiento para continuar el viaje.

Como nuestra caravana había sido poco numerosa hasta mi llegada á Aráwan, no pudo menos de llamarme la atención la que nos conducía, por cuya razón, tanto en dicho día como en los anteriores, me distraía viendo arreglar y cargar los centenares de camellos que con nosotros iban, y en oír las ocurrencias de los camelleros, unos acariciando á sus bestias y comparándolas con seres hijos de su fantasía, y otros riéndolas, llenándolas de improperios, en que el repertorio árabe es abundantísimo.

Á las cinco de la tarde del mismo día seguimos caminando por un bosque de acacias que se espesaba más y más á medida que por él avanzábamos, y llegamos á las seis de la mañana del día 28 al punto designado de antemano para acampar, y en el que levantamos nuestras tiendas y pasamos aquel día, sin que yo hiciese observación alguna, extasiado, como estaba, contemplando la frondosa arboleda que nos rodeaba, y que me parecía un sueño después de tantos días de marcha por interminables arenales.

Á las cinco de la tarde seguimos caminando á través del bosque que por todas partes nos rodeaba, y en el que empecé á observar árboles y plantas diferentes á las que yo conocía en Europa y Marruecos, sin que me fuese dable clasificarlas por mis escasos conocimientos en ciencias naturales.

El recuerdo del martirio que el sol me causaba durante el día, que no lo podía amortiguar la lona de mi tienda ni la protección que el arbolado me ofrecía, me mortificaba hasta el extremo de desear que la noche fuera interminable ó se prolongara hasta mi llegada á Tinbuctú, en donde podía continuar respirando, pues en aquellos parajes es sofocante por demás el pasar el día fuera de una habitación capaz de re-

sistir la fuerza de los rayos solares y con puertas que se comunicasen entre sí para establecer alguna corriente de aire; pero como este deseo era un sueño, bien pronto salí de él al hacer alto la caravana en el sitio conocido por *Tanuhan*, á las seis de la mañana del día 29.

En este día se nos concluyó el agua que llevábamos, por lo que, y para no estimular la sed con la marcha, no recorrí los alrededores del campamento y me resigné á pasar el día echado en el suelo para aspirar un poco de fresco.

El cansancio que yo experimentaba por el calor y la sed se dejaba sentir también sobre mis compañeros de viaje, que adelantaban un poco la marcha con la ilusión de que, por ese medio, avanzaría más pronto la noche y podrían respirar y recuperar las fuerzas que el sol les había enervado; así que antes de las cinco de la tarde de dicho día estábamos en marcha, continuando nuestra ruta por entre acacias y mimosas, que eran las plantas que más abundaban.

Aunque en esta región no hay el peligro de ser sepultado por la arena impulsada por el *simoun* ni el de ser degollado por los árabes nómadas que habitan en el desierto y que andan constantemente á caza de caravanas, existen otros originados por los animales que allí tienen su guarida, como son el león, el leopardo y el tigre, de cuyos ataques es más difícil prevenirse que del *simoun* y de los nómadas del desierto, á causa de que, marchando constantemente por un terreno virgen cubierto de espesísimo ramaje que no nos dejaba ver más que la tierra que pisábamos, es poco menos que imposible el prevenir ni repeler sus ataques; por cuya razón redoblamos nuestras precauciones cuantos individuos componíamos la caravana, sobre todo por la noche, pues durante el día no hay que temer tanto el ataque de dichas fieras.

Aunque yo deseaba ver á un león, á un tigre ó á un leopardo en campo raso, y no en una jaula como los había visto en Europa, fué tanto lo que los árabes me contaron de ellos que todo el deseo que tenía de verlos en libertad se convirtió en aguijón que me estimulaba á abandonar aquellos parajes y á renunciar de buen grado á la vista de semejantes animalitos: tal era el recelo que se apoderó de mí, como

de mis acompañantes, que al más pequeño ruido extraño á la caravana nos parecía estábamos atacados por el rey de las selvas.

Poco después de amanecer el día 30 llegamos á una explanada desprovista de vegetación, en la que encontramos otra caravana que llevaría unos 200 camellos, que con los nuestros formaban un cuerpo de ejército bastante fuerte.

Gracias á esta caravana pudimos mitigar nuestra sed, dándonos el agua de que nosotros carecíamos desde el día anterior.

Al recorrer la caravana que allí estaba acampada, entablé conversación con muchos de los miembros de ella, con objeto de que me informaran de cuanto supieran acerca de *Tinbuctú*, de las costumbres de aquella localidad y de sus habitantes, para saber á qué atenerme á nuestra llegada y tener algunas horas para estudiar cada uno de nosotros nuestro papel y no incurrir en desliz que pudiera hacer fracasar nuestra empresa, después de haber podido evitar tantos peligros y reveses como tuvimos hasta allí.

Después de tomar cuantos datos creí necesarios, empezamos á hablar de los peligros del camino y me dijeron á una los árabes con quien yo hablaba que «*Allah* te proteja del león, que tanto abunda en este bosque y que sale á cobrar su tributo á todas las caravanas, como nos ha salido á nosotros en la noche pasada, en la que, gracias á Dios, se contentó con llevarse un camello.»

Este dicho de aquella gente aumentó más mi temor y mi deseo de verme libre de aquel bosque, en el que creía firmemente íbamos á encontrar al mismo individuo que la caravana se había encontrado, y que si entonces se conformó con un camello, no sé con lo que se conformaría al salirnos al encuentro.

Con estas impresiones, y para comunicar á cada uno de mis compañeros el resultado de mi conversación, me dirigí á nuestro campo, en donde pasamos el día estudiando cada cual su papel conforme con las costumbres de los habitantes de *Tinbuctú*, y sólo nos pusimos en movimiento cuando se dió la voz de marcha, para desbaratar y cargar nuestras

tiendas, cuya voz fué dada á las cinco de la tarde del mismo día.

La proximidad de *Tinbuctú*, de cuyo punto distábamos unas catorce horas, y los cuentos de leones y panteras nos hacían arrear á nuestras cabalgaduras para recorrer la distancia que de la ciudad nos separaba en el menos tiempo posible y pasar cuanto antes el sitio en donde el león se había llevado el camello la noche anterior.

Afortunadamente no vimos á dicho animal, y sí sólo sus huellas, que eran mayores que las de un camello, por lo que inferimos su tamaño y poder, y serían las seis de la mañana cuando dimos vista á la ciudad de *Tinbuctú*, á la que llegamos á las dos de la tarde del mismo día, después de siete meses de camino desde Tetuán.

CRISTÓBAL BENÍTEZ.

(Se continuará.)

Después de tomar cuantos datos creí necesarios, empecémos á hablar de los peligros del camino y me dijeron á una los árabes con quien yo hablaba que «Allah te proteja del león, que tanto abunda en este bosque y que sale á cobrar su tributo á todas las caravanas, como nos ha salido á nosotros en la noche pasada, en la que, gracias á Dios, se contentó con llevarse el camello».

Este dicho de aquella gente aumentó más mi temor y mi deseo de verme libre de aquel bosque, en el que creía firmemente íbamos á encontrar al mismo individuo que la caravana se había encontrado, y que si entonces se conformó con un camello, no sé con lo que se conformaría al salirnos al encuentro.

Con estas impresiones, y para comunicar á cada uno de mis compañeros el resultado de mi conversación, me dirigí á nuestro campo, en donde pasamos el día estudiando cada cual su papel conforme con las costumbres de los habitantes de *Tinbuctú*, y sólo nos pusimos en movimiento cuando se dió la voz de marcha, para despartar y cargar nuestras



otro vocal, y desaparece el diptongo, como se observará en-  
tando la *i*, en cuyo caso la palabra no puede ser *ieso*, sino  
eso. De aquí la equivocación de los que confunden la escri-  
tura de las voces *ieso* y *ieso*, que se pronuncian exacta-  
mente lo mismo (*ieso*), pues la *i* es muda; de aquí también  
la ambigüedad de algunas palabras que la Academia autori-  
za á escribir de las dos maneras, como son: *ieso* ó *ieso*,  
*ieso* ó *ieso*, *ieso* ó *ieso*. Los primeros españoles  
dicen y escriben el *yo* y de ninguna manera el *yo*.

DE LA  
**ORTOGRAFÍA CASTELLANA**

Cuando está sola, como en la conjunción *y*, no puede evi-  
dentemente ser consonante.

(ESTUDIO DEDICADO Á LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

*Continuación* (1)

REGLA 4.<sup>a</sup> El sonido vocal *i* se escribirá siempre con *i*  
latina y la articulación *ye* con *y* griega ó consonante. Ejem-  
plo: *yo soi*.

Esta innovación corregiría las irregularidades 4, 11 y 12.  
Poco hay que decir para justificar este modo de escribir  
tan sencillo y lógico, empleado tiempos atrás por los PP. Es-  
colapios y hoy en uso en la República de Chile. (2)

La índole especial de nuestra lengua no permite que pro-  
nunciemos *i* vocal precediendo á otra vocal, como no for-  
men ambas un diptongo, á que necesariamente ha de ante-  
ceder una consonante, como en *tieso*, porque la *i* latina ó  
vocal no puede herir á otra vocal. Si hay antes una conso-

(1) En la pág. 571 del tomo anterior, líneas 2 y 3 subiendo, dice «y á  
penas llanos,» debiendo decir «y á penas 6 llanos.»

(2) Se anuncia que ésta ha resuelto adoptar la ortografía de la Acade-  
mia Española.



nante, como en el ejemplo citado, ésta hiere á las dos, que forman el diptongo. Suprimida esta consonante, la *i* se articula ó convierte ella misma en consonante, para herir á la otra vocal, y desaparece el diptongo, como se observará quitando la *t*, en cuyo caso la palabra no puede ser *ieso*, sino *yeso*. De aquí la equivocación de los que confunden la escritura de las voces *hierro* y *yerro*, que se pronuncian exactamente lo mismo (*yerro*), pues la *h* es muda; de aquí también la ambigüedad de algunas palabras que la Academia autoriza á escribir de las dos maneras, como son: *hierba* ó *yerba*, *hiedra* ó *yedra*, *hieros* ó *yeros*. Por eso los químicos españoles dicen y escriben *el yodo* y de ninguna manera *el iodo*.

Por el contrario la *y* (consonante) no puede formar sílaba inversa con ninguna vocal: se hace latina como *soy rey*, que se lee *soi rei*.

Cuando está sola, como en la conjunción *y*, no puede evidentemente ser consonante.

Nótese, por último, que la *y*, llamada en nuestras escuelas *y consonante* ó *ye*, no puede acentuarse jamás, como se acentúan todas las vocales. (1)

REGLA 5.<sup>a</sup> Toda letra que no se pronuncia en ciertos casos, se omitirá en la escritura de los mismos. Ejemplo: *trasposizion oscura*.

Esta regla evita las irregularidades números 20 y 21.

No hay que hacer profundos estudios lingüísticos para observar en la evolución de las lenguas románicas una ley de simplificación constante en el sistema de articulaciones, ley en virtud de la cual disminuye de una manera visible el concurso de consonantes, suavizándose la pronunciación. Así, en lugar de *transparente*, *oscuro*, *subscriber*, etc., etcétera, decimos (y escribíamos antes de la novísima reforma hecha por la Española) *transparente*, *oscuro*, *suscriptor*. Asimismo los italianos, que en esta dulcificación de consonantes nos preceden, han ido aun más lejos; y no sólo pronuncian y escriben *transparente*, *oscuro*, *soscrittore*, sino que han perdido también la *n* del prefijo *in* seguido de *st*, que nosotros conservamos todavía, como en *instrumento*, que para ellos es *istrumento*, y hasta en muchos casos han trocado en *i* la *l*

líquida, según se observa en las voces *piano*, *piacere*, etc. Esta preferencia marcada por las articulaciones sencillas, que se nota en los países meridionales, en que gusta la pronunciación perezosa y; hasta cierto punto, lenta, que resulta de la concurrencia de vocales en los diptongos y triptongos, constituye una distinción bien definida entre la raza latina y los pueblos del norte, que consideran desagradable el hiato y prefieren la brevedad, aun á costa de difíciles articulaciones. Francia, que á pesar de la raza, no debe ya, por su latitud, considerarse como meridional, y en que la mezcla con elementos normandos y teutónicos no puede menos de haber influido en el idioma, huye también del concurso de vocales y sigue muy lentamente y de lejos el movimiento de simplificación en el sistema de consonantes, dando mucha y muy marcada preferencia á la rapidez en el decir que resulta formando sonidos únicos con la fusión de dos ó más vocales, de lo que ha nacido un vocalismo tan rico, que en lugar de las cinco únicas vocales que posee el castellano, tienen ellos diez y seis, según el distinguido lingüista Mr. Paul Passy.

Ahora bien, una vez reconocida esta marcha, es inútil oponerse á la corriente, negándose á suprimir en la escritura letras que en la pronunciación cayeron; es, sobre todo, pernicioso el empeño de restablecer las que, por haberse perdido, habíamos dejado de escribir; y la Academia, al dar esta disposición tardía, se contradice á sí misma, puesto que ella reconoce y explícitamente admite que el *uso* es uno de los tres fundamentos de nuestra ortografía.

Las consideraciones que preceden me parecen más que suficientes para justificar la regla que propongo, y preceptuar la supresión de cualquier letra cuando no se pronuncie. Cierto que en este, como en otros puntos, hay casos dudosos, y no es exactamente igual el modo de articular en todas las regiones de la Península, y menos en todos los países en que es corriente y oficial la lengua castellana; aun en Castilla, en Madrid, se notan diferencias en palabras del mismo origen, como *sétimo*, que puede ser *séptimo* sin que al oído choque, y *setiembre*, que es ridículo pronunciar *septiembre*, por más que así no lo estimen algunos ancianos en cuyos buenos

tiempos se conservaba la *p* en esa palabra. Lo natural, y lo que la fonografía recomienda, es atenerse al uso más corriente en la generación en que se vive, sin que importe gran cosa que cada cual escriba como pronuncia; pues, prescindiendo de que las divergencias no son muchas y desaparecen á medida que se generalizan las simplificaciones, yo no sé por qué se ha de dar patente de ignorancia al que comete una *falta de ortografía*, empleando ó suprimiendo al escribir tal cual vocable, una letra dudosa, cuando sin tan *denigrante nota* se admite que cada uno pronuncie como es corriente en su región ó lo era en su tiempo, cometiendo verdaderas *faltas de prosodia*.

En lo que se muestra más indeciso el uso, porque la transformación no ha concluido de efectuarse, es en la supresión de la *n* del prefijo *trans*; y al paso que hay palabras en que la misma Academia la omite resueltamente, porque sería intolerable, como en *trasladar*, *trastornar*, *trasquilar*, etc., en otros casos puede usarse sin temor de incurrir en la nota de afectación, como sucede en *transfigurar*, *transformar*. Sin embargo, no choca hoy lo más mínimo la supresión en tales casos, y puesto que antes de mucho ha de holgar también en éstos la *n*, es lo más razonable uniformar la pronunciación y la escritura, suprimiéndola decididamente. Aparte de que no siempre se trata de la preposición latina *trans*, sino también á veces de la castellana *tras*, que empleada sola no admite de ninguna manera la *n*; por ejemplo: *corriendo tras la fortuna*; y aunque su significado (*detrás*), se haya apartado del de la latina (*á través de*), no es fácil discernir en los compuestos cual preposición es la que sirve de prefijo.

Entiéndase, no obstante, que hablo sólo de cuando al prefijo sigue consonante, pues apenas se ha iniciado el cambio para las voces en que á *trans* sigue vocal, como en *transitar*, *transeunte*, *transigir*, etc., en que la supresión es absolutamente imposible; se explica bien la fijeza de que aun gozan tales dicciones, si se observa que su pronunciación es fácil, porque no hay concurso de tres consonantes, como arriba, sino sólo de dos, cada una de las cuales se apoya muy bien en una vocal, formando sílaba inversa la primera y directa

la segunda: *transitar*. A pesar de lo cual no ha dejado de entrar la piqueta demoleadora en algún que otro vocablo de este grupo, pues más se dice *transatlántico* que *transatlántico*, y *trashumante* no puede decirse *transhumante*.

Debe también omitirse en la escritura alguna que otra consonante á veces muda, cuando lo es, y escribirse cuando suena. Ocorre esto con la *d* final, que generalmente no pronunciamos sino cuando se une á la vocal siguiente, por ejemplo, *usted es amante de la libertad*. En el estilo oratorio se conserva siempre y debe escribirse. En esta terminación se está operando un cambio visible, articulándose por muchos hoy la *d* final como si fuera una *th* inglesa, pronunciación que, en mi concepto, debe considerarse como defectuosa.

REGLA 6.ª Se desterrará de nuestro alfabeto la *x*, reemplazándola por *cs* ó *s*, según los casos. Ejemplo: *escribir una esplicacion*.

Con esta supresión quedan evitadas las irregularidades  
5.ª Hace veinte ó treinta años era tan corriente y usaba  
Cuando la *x* se halla entre dos vocales, equivale siempre á *cs*. Es cierto que al hablar con rapidez y descuido se suaviza la gutural y no es difícil oír *gs*, pero en la declamación oratoria, y siempre que hablamos despacio y claro, pronunciamos *cs*, y ésta debe considerarse, por lo tanto, la verdadera y correcta articulación actual de la *x*. No obstante, el uso, que tiende en español como en italiano á simplificar el sistema de consonantes, como he demostrado más arriba, hará quizá triunfar en plazos no remotos la gutural suave, y acabará probablemente por anularla del todo, como se nota ya en algunas palabras muy usuales, según es fácil observar en *exacto*, *exactamente*, que personas muy doctas pronuncian *esacto*, *esactamente*. En italiano está efectuado ya este cambio por completo. Lo que es un hecho linhegable es que, en virtud de la ley de simplificación, en la concurrencia de articulaciones, la componente gutural ha desaparecido de la *x* también en español, siempre que ésta sigue el consonante. Podrá suceder que en algunas provincias se conserve todavía, sobre todo en las catalanas, en que es menos perezosa la pronunciación;

pero en el habla de las personas cultas de la capital de España no se percibe ya la *c* (*ke*), y aun se considera como pedantesco y ridículo, por lo tanto, el articular *esposición*, *eschuir*, etc. Si, pues, así tenemos de escribir como hablamos, según decía Nebrija, precisa que pongamos *esposición*, *eschuir*.

Permítaseme que insista en este punto, á fin de llamar la atención acerca de un riesgo que se corre por el empeño de conservar en la escritura una letra que la pronunciación ha sustituido ya por otra. De palabra y en la prensa he demostrado varias veces el perjuicio que á la pronunciación original aquí la ortografía, sin que mi argumento haya sido por nadie refutado. Confío en que la Academia Española, á la que no hago la ofensa de suponer más celosa por la conservación de los signos gráficos que de la correcta pronunciación castellana, apreciará la fuerza de ese argumento, fundada en una observación prolongada por un relativamente largo transcurso de tiempo.

Hace veinte ó treinta años era tan corriente y usual en la prensa el uso de la *s* en vez de la *x*, seguida de consonante (*esperiencia*, *testo*, etc.), que recuerdo la sorpresa y gran satisfacción que yo, encariñado en aquel entonces con los clásicos latinos y la ortografía etimológica (*quantum mutatus ab illo!*) experimenté al leer á la entrada de la actual Casa de la Moneda en Madrid, en que se celebraba una *Exposición*, esta palabra escrita con *x*. Aquél solo vocablo así estampado públicamente y con cierta autoridad, me pareció de buen agüero, porque iniciaba tal vez una saludable y oportuna vuelta hacia la corrección ortográfica, relajada por el descuido y la ignorancia, y acaricié la grata esperanza de que tal vez inauguraba una era de rigorismo etimológico. No me atreveré á afirmar que he observado bien; pero sí aseguro que desde entonces he creído notar de una manera evidente el afianzamiento progresivo de la *x*, cuyo triunfo en la actualidad es completo, gracias en mucha parte al apoyo decidido de la Academia, que supone la adhesión de las imprentas y de todas las escuelas públicas.

Peró es el caso que no basta tener conocimiento de que en

muchos casos la sílaba que se pronuncia *es* se debe escribir con *x*; es preciso poder saber cuándo debe emplearse una u otra consonante. Con frecuencia olvidamos los que no podemos vacilar en esto, porque conservamos aún nuestro latín, y más los que estamos habituados á hablar y escribir el francés, que hay aquí un tropiezo insuperable para el vulgo, que, á más de poca instrucción, posee escaso espíritu de observación. Pretender que al escribir se consulte la lista de palabras de ortografía dudosa, ó que ésta se aprenda, ó que, por lo menos, se fije, á fuerza de leer esa lista, la escritura de las numerosas voces que contiene, es mucho pretender. Lo prueba la experiencia, pues el hecho inconcuso es que, á la vuelta de tantos años y tan decidido empeño, no sólo el vulgo, sino los escritores y las imprentas todas, hacen la más completa confusión en el particular.

He dicho que la *x* ha triunfado por fin; pero tengo que añadir que ha rebasado enormemente los límites perdidos de su territorio, invadiendo los dominios de la *s* de una manera tan inusitada, que ha venido á caerse en el extremo opuesto, incomparablemente más defectuoso, de escribir *x* en muchísimos casos en que la pronunciación y la etimología de consuno exigen la *s*. Como prueba de lo que afirmo, invito al lector á que recorra con atención el primer número que encuentre á la mano de cualquier periódico escrito en castellano; y de fijo tropezará muy pronto con palabras tales como *expontáneo*, *extricto*, *explendor*, *estructura*, etc., etc., que á fuerza de ver así escritas, no chocan ya á la vista y arrastran á personas doctas y buenos gramáticos, en cuyos manuscritos se deslizan; lo que prueba, dicho sea de paso, la facilidad con que las novedades ortográficas bien pensadas y sistemáticamente dirigidas se abrierán camino.

Esta marcha corruptora, sobre la que he llamado inútilmente la atención algunas veces, no se ha detenido, ni es presumible se ataje mientras la Academia no adopte la disposición que defiende en esta regla. Y observando los progresos de tan absurda invasión, he anotado sucesivamente, entre otras muchas, las siguientes voces tomadas al acaso y sin buscarlas en los periódicos: *expectáculo*, *extérib*, *expecial*,

*excultural, extilo, extío, extribo, exclavo, excarbar, exclavina, excoger, excena...* Aun en el caso de seguir vocal, en que parece no debiera ocurrir duda porque la pronunciación puede servir de guía, como en *esencial*, la analogía arrastra, y he leído no hace mucho «Rusia considera *exencial* que Austria renuncie, etc.»

Pero hay más; no se ciñe tan lamentable confusión á las voces que principian por *es*, en que la falta, si no se justifica, se explica por la analogía de pronunciación entre las palabras que empiezan por las preposiciones latinas *ex* ó *extra*, usadas como prefijos, y las que lo hacen por *es*, procedente muchas veces de *s* líquida. Sin que yo me dé fácilmente cuenta del por qué, tal vez por parecer más distinguida, más en boga ó de moda la *x* que la *s*, es el hecho que va prodigándose ya también aquella en vocablos en que para nada figura la sílaba inicial *es*. Así, por ejemplo, entresaco de mis apuntes los siguientes casos: *cohexión, análaxis, sintexis, texis, tixis, metales heteróxidos y autóóxidos*... Si alguno duda de la autenticidad de mis citas, puedo indicarle los libros y los periódicos con sus fechas, de que las he tomado.

Esta creciente prodigalidad de las *x*, señala con evidencia una marcha en determinado sentido, por más que en ella no vean nada de particular, sino una pura casualidad, á algunos gramáticos á quienes en vano he querido probarlo. Y no era difícil prever que esta marcha, esta corriente viciosa de la ortografía (que de seguir hará algún día capitular á la Academia, obligándola á sancionar *expontáneo, extricto, etc.*, á que llegarían á ser tan correctos como *abogado, maravilla*, de *advocatus, mirabilia*), había de dar origen á un fenómeno lingüístico que ha empezado ya á manifestarse, que á cualquier observador atento es fácil notar, y sobre el cual no puedo menos de llamar la atención, ya que tampoco ha sido señalado por nadie hasta ahora: me refiero al cambio en sentido retrógrado que se ha iniciado en la evolución de las articulaciones. Me explicaré.

He dicho que, por efecto de la ley de simplificación en la concurrencia de articulaciones, ha desaparecido en la pronunciación de la *x* la componente gutural cuando á aquella se

letra sigue consonante. Pero como siguiendo la ortografía oficial continuamos escribiéndola y sabe el niño desde la escuela que semejante signo vale por *cs* (*ke ese*), muchos han llegado á dudar de la correcta pronunciación de las palabras que principian por *ex*, é imaginándose que implican necesariamente la gutural antes de la *s*, pronuncian con entera convicción *ecspontáneo*, *ecsplendor*, *ecstricto*. No sería pequeña la sorpresa de los futuros lingüistas (á quienes los defensores de la ortografía oficial suponen tan poco perspicaces, que se persuaden de que no podrían hallar la pista de la etimología si nos permitiésemos hacer reformas en la escritura) al observar ese recrudescimiento hacia las articulaciones complicadas, esa marcha de la *s* á la *cs* completamente opuesta á la ley constante de simplificación que lleva la *cs* á la *s*, si no les dejáramos la clave del enigma, consignando que todo ello es consecuencia de la conservación extemporánea de un precepto ortográfico.

Me he detenido acaso más de lo que era necesario en lo concerniente á la *x*, esperando que la Academia Española apreciará y no podrá menos de tomar en cuenta las razones que doy para una innovación tan sencilla.

**REGLA 7.<sup>a</sup>** Se escribirá siempre con *b* la labial suave, suprimiendo de nuestro alfabeto, por inútil, el signo *v*. Ejemplo: *bibir*.

La adopción de esta regla haría desaparecer la irregularidad 13.

La gran repugnancia que se experimenta para la sustitución del signo *b* al *v* procede exclusivamente de la notable semejanza gráfica entre uno y otro, circunstancia que hace por demás chocantes á la vista las palabras á que afecta el cambio, pues por su sonido no se distinguen nada en castellano. Pretenden, sin embargo, algunos encontrar un ligera diferencia, que quieren hacer notar en la pronunciación, lo que les hace caer en una afectación visible. Las personas entendidas y que hablan con pureza nuestro idioma se guardan bien de intentar una distinción inútil é imposible. Confirma además esta identidad de pronunciación y mi creencia de que sólo el aspecto gráfico de las palabras alteradas es el



que nos repugna, la circunstancia de que en cualquier sistema de taquigrafía que se quiera ensayar, es ésta la primera simplificación que se ocurre; y al paso que otra reunión de sonidos afines, sea la que fuere, en un signo único, se hace más ó menos violenta, ésta parece tan natural y tan indispensable, que se nos figuraría el absurdo de los absurdos la adopción de dos signos. No hay taquígrafo español que no considere tan redundante y ociosa la representación de la *v* como la de la *h* muda, por ejemplo.

No quiero decir con esto que nuestra lengua ha perdido precisamente el sonido que otras suelen representar con el signo *v* y ha conservado el que atribuyen al *b*; lo único que entiendo decir es que ambos signos representan, en las palabras españolas en que se escriben, una misma articulación. No me incumbe en el presente escrito hacer el estudio fónico de ésta, por más que, en términos generales, puedo decir que participa de la *b* y la *v* francesas, aproximándose más á la primera que á la segunda.

La preferencia que doy al signo *b* sobre el *v* se funda en que el número de palabras en que entra el primero es mucho más considerable que el de las que tienen éste último.

**REGLA 8.<sup>a</sup>** Quedará desterrada la *h* del alfabeto español, porque es una consonante muda siempre; pero en las voces en que va seguida de *ue*, en las que la *u* se articula, llevará ésta la diéresis. Ejemplo: *¡a! ¡cé alaja de ombre es mi uésped!*

La irregularidad 18 quedaría corregida con esta regla.

Los andaluces aspiran la *h* en algunas palabras, pero dejan de hacerlo en otras. En la pronunciación castellana pura ha perdido esta letra en absoluto su valor fónico.

Hay, sin embargo, un caso en que piensan algunos que la *h* conserva una ligera aspiración, á saber: cuando es inicial seguida del diptongo *ue*, como en *hueso*, *huevo*, *huero huésped*, *huérfano*, etc. No es éste mi parecer, y voy á decir lo que hay sobre el particular, en mi concepto, y en qué estriba el error de los que, como González Andrés, sostienen que hay aspiración.

Siempre que una palabra empieza por vocal, se une á ésta la consonante final del artículo ó determinativo que le prece-

de. Así, *el amigo*, *aquel hombre*, *un ujier*, se leen *el amigo*, *aquel hombre*, *unujier*, aunque haya dos palabras y en la escritura estén realmente separadas. Sin embargo, *un huérfano*, *el huérfano*, *aquel huésped* no se pueden leer *unhuérfano*, *elhuérfano*, *aquelhuésped*, y la unión resultaría por extremo ridícula y chocante. De aquí la creencia de que hay aspiración, á la que contribuye la circunstancia de no haber sílaba que empiece por este diptongo, sin que la preceda *h* en la escritura (1).

Es un error. Estudiando yo detenidamente este sonido, he comprobado que no tiene la menor analogía con una *h* aspirada; en realidad esta letra no juega aquí ningún papel, y puede suprimirse sin que nada se altere. Lo que hay es que, á semejanza de la *i*, la *u* no puede herir á la vocal inmediata sin articularse ligeramente, convirtiéndose en verdadera consonante. Lo mismo sucede en medio de dicción, como se ve en *cacahuete*, y ocurriría lo propio si en vez de *e* la siguiese otra vocal, como la *a*, la *i*, por ejemplo; pero no hay en castellano voces en que esto ocurra, ó por lo menos yo no recuerdo ninguna (2). En el alfabeto internacional que usamos en la Asociación fonética de París, representaríamos por *w* esta articulación, y escribiríamos *webo*, *weso*, *wésped*, *werfano*. Yo considero esta articulación como una *labio-velar-fricativa* de la clasificación de Passy, en mi sentir, en ninguno

Lo mismo que la *i* seguida de vocal deja de herir á ésta y forma con ella diptongo cuando le precede consonante, como se ve en *siete*, *serio*, recobra la *u*, en idénticas circunstancias, su carácter de vocal, y constituye asimismo un diptongo, según se nota en *ruégo*, *ouita*.

La analogía que esta propiedad de poderse articular, convirtiéndose en consonantes, establece entre las dos vocales *i*, *u*, hace echar de menos un signo para la *u* consonante como le hay para la *i* consonante (*y*); pues aunque damos tal nombre á la *v*, no hay fundamento para ello, en la actualidad, en que este último signo representa en castellano el mismo sonido que la *b*, y en otras lenguas tampoco corresponde á

(1) Probablemente se pondría la *h* por creer que había aspiración.

(2) En *huir* no hay diptongo, sino dos sílabas distintas.

la *ü* articulada. He estado, no obstante, muy inclinado á adoptar este signo con su nombre actual y el sonido *ue* (pronunciase como en *hueso*), restableciendo así el que acaso tuvo cuando se sustituyó á la *u* en voces tales como *lleuar*, *salve*, que se convirtieron en *llevar*, *salve*, cuando aún probablemente no podía haber confusión con la *b*; pero he creído más práctico prescindir de un signo que en la actualidad posee un valor muy diferente del que habría que darle, y emplear la misma *u* con diéresis (*ü*) que todo el mundo sabrá leer sin tropiezo, en lo que no hay inconveniente, porque no he menester la diéresis para nada en este proyecto.

De suerte que á la *y* (*i* consonante), llamada *ye*, corresponderá la *ü* (*u* consonante) denominada *üe* (léase *hue*, como en *hueso*).

**REGLA 9.<sup>a</sup>** En las consonantes *ch*, *ll* y *rr*, que se escriben actualmente con dos signos, éstos se refundirán en uno solo, cuya forma ofrezca á la vista la menor novedad posible.

Ejemplo: *acella dichosa tierra*.

Esta regla hace desaparecer las anomalías 15, 16 y 17.

Todos los que se han dado á estudiar reformas ortográficas han estado naturalmente conformes en la conveniencia de adoptar un signo único para cada sonido ó articulación; pero ninguno, en mi sentir, ha propuesto nada práctico en este punto, que es el más delicado de todos. Si se tratara de abandonar el alfabeto usual para adoptar uno hecho expresamente para el internacional de que al principio hablé, no habría caso, puesto que todos los signos serían nuevos. Pero este bello ideal, acerca del cual hago estudios y he publicado un artículo en *L'Instituteur Sténographe*, no entra para nada en el plan del proyecto que estoy desarrollando, cuyo fin, mucho más próximo, es regularizar por completo la escritura castellana, dentro del alfabeto latino, con el menor número posible de novedades, único modo de hacer viable la reforma, y aun eso, apelando á los procedimientos y recursos que en la segunda parte he de proponer. Fácilmente se transige con el abandono de ciertas letras, si éstas no hacen falta; puede tolerarse, aunque no sin resistencia, la sustitución de unas á otras, siendo todas conocidas y corrientes; pero la presencia

de signos desconocidos entre los usuales, de tal modo aparece chocante y repulsiva, que sería lo suficiente para dar al traste con todo el sistema, por bien pensado y práctico que éste pudiera ser. En el fondo la cosa es igualmente sencilla que los otros cambios, y sin el menor tropiezo nos comunicamos en fonografía por medio de cartas y de impresos los individuos de las asociaciones fonéticas de distintos países, aunque empleamos letras invertidas, griegas, etc., con valor convencional. Mas tratándose del público en general, de la gran mayoría, la casi totalidad de las personas doctas e indoctas de todas las naciones, que no gustan de innovaciones ortográficas, todas las precauciones y miramientos son pocos.

Por no estar bien penetrados de esta verdad, los autores de proyectos han solido proponer soluciones sencillas, es verdad, para los que queremos la reforma, porque comprendemos su importancia, pero inadmisibles para la generalidad, como asignar á las articulaciones *ch*, *ll* y *rr*, tres de los signos vacantes, emplear la tilde sobre la *l* ó la *r*, según quería González Andrés, asimilando á la de la *ñ* la representación de la *ch* y la *rr*, etc. Sin decir que sea imposible hacer triunfar ninguno de estos medios, lo creo por lo menos de muy difícil aceptación, y me parece haber salvado la dificultad con lo que digo en el enunciado de la regla.

En efecto, refundiendo en un signo los dos que actualmente se emplean para la *ch*, *ll* y *rr*, se consigue el objeto, sin chocar mucho á la vista, y nadie dejará de entenderlos, aun sin haberlos aprendido, si se les da la forma que he adoptado (véase el ejemplo de la regla y el alfabeto pág. 38). Hay precedentes análogos en otras lenguas, pues la *ch* gótica de los alemanes lleva pegada la *c* á la *h* y la *w* (doblín) inglesa, se escribe muchas veces con media *n* pegada á una *v*. Claro que podrían buscarse signos más sencillos, más breves de ejecutar; pero de esta consideración se puede prescindir en un alfabeto en que hay letras tan lentas como la *m*, y que por tres más no había de cambiar de carácter. Por lo menos los signos que propongo no son más complicados y largos que los actuales dobles.

**REGLA 10.** Se desterrarán todas las letras mayúsculas, usando en su lugar minúsculas de un número mayor, y sólo después de punto final. Ejemplo: *No azen falta las mayúsculas, don manuel*

Con esta regla desaparece la inconsecuencia señalada en el número 22.

Como allí manifesté, no responde á ninguna necesidad el uso de las capitales ó mayúsculas.

Por de pronto no se cumple sino á medias el precepto de emplear éstas como iniciales en los llamados *nombres propios*, y hay en esto una completa anarquía; verdad es que la distinción de los sustantivos en *propios* y *comunes* á nada conduce y para nada sirve, según dejé consignado en la Gramática general, publicada en colaboración con el Sr. Fernández Iparraguirre (véase pág. 57 de aquella obra). Escribimos con minúscula el *sol*, la *tierra*, la *virtud*, y solemos emplear mayúsculas en este *Establecimiento*, nuestra *Universidad*, etc., sin que valga decir que cuando hablamos de éstos últimos no nos referimos á los demás establecimientos ni universidades, sino á uno determinado, porque lo mismo ocurre siempre que empleamos en singular cualquier apelativo, como cuando decimos *este libro es bueno*.

Al nada, absolutamente á nada, conduce tampoco el empleo de letras capitales en los nombres geográficos, de santos, etc., y aquí, como en las letras mudas, cuya supresión he propuesto, hay que notar que la pronunciación no establece ni puede establecer distinción alguna, y lo que no hace falta en el lenguaje hablado, que es el verdadero lenguaje, no tiene razón de ser en la escritura, que es su signo.

Sólo para facilitar la lectura, haciendo resaltar el principio de un período que no va aparte, puede adoptarse el medio que propongo, de hacer mayor ó más visible la inicial, puesto que el punto, por lo mismo que es el signo más diminuto, puede pasar inadvertido. Es claro que para este objeto no hace ninguna falta emplear diferente forma de letra.

**ALFABETO.**—Como síntesis de las reglas anteriores, pongo á continuación el alfabeto español modificado que podría adoptarse. Con objeto de uniformar en cuanto sea posible las

letras, he tenido que dar á la *a* y la *g* redondas las figuras de sus correspondientes cursivas. De este modo, sin necesidad de nuevo alfabeto, puede inclinarse la letra en el manuscrito, lo que es más cómodo y permite más rapidez que hacerla sin caído, sea por efecto de una disposición natural ó sólo por costumbre, cuestión no resuelta aún, y que se estudia actualmente por la sociedad francesa de taquigrafía. Téngase presente que los *nombres* están escritos con la ortografía castellana usual.

VOCALLES..... ( **Formas:** *a, e, i, o, u.*  
**Nombres:** *a, e, i, o, u.*

**Formas:** *b, c, ch, d, f,*  
**Nombres:** *be, que, che, de, fe,*

CONSONANTES... ( **Formas:** *g, j, l, ll, m,*  
**Nombres:** *gue, je, le, lle, me,*

<sup>(1)</sup> **Formas:** *n, ñ, p, r, rr,*  
**Nombres:** *ne, ñe, pe, re, rre,*

**Formas:** *s, t, y, ü, z.*  
**Nombres:** *se, te, ye, hue, ze.*

Los vecinos compartiendo vuestras ganancias, si por esta parte como bienes mostrencos. Bien hagáis concesiones á sabéis que los bienes de un forastero se consideran en todas las de la comarca. No debéis tener vuestra posesión, pues ya dad en el campo, y para que los lobos hambrientos no los pueblos? Si os sobra algún dinero, adquirid una propiedad social de las regiones agrícolas? Queréis saber lo que de no impere el caciquismo? Queréis saber, ciudadanos, el donde no hay abusos, fraudes ó crímenes injusticias? Por dónde de los correos y de cuanto tengáis interés general? Por vechamiento de pastos y arbolado, de la instrucción primaria, de las elecciones, de las elecciones, del apro- ción. Con motivo de los consumos, de los gastos, de los en las almas más alejadas de los grandes centros de pobla- y aquellos de las partes, hasta las partes de las inmortalidades

TOMÁS ESCRICHE

(Se continuará.)

(1) Véase la pág. 281 del tomo anterior.



Téngase presente que los nombres están escritos con la ortografía castellana usual.

## LOS MALES DE LA PATRIA

Formas: b, c, d, f, g, h, i, j, k, l, m, n, o, p, q, r, s, t, u, v, w, x, y, z, ñ, ll, rr, etc.

## LA INMORALIDAD PÚBLICA

Formas: m, n, ñ, ll, rr, etc.

Es innecesario continuemos la lista de las inmoralidades y atropellos diariamente cometidos por todas partes, hasta en las aldeas más alejadas de los grandes centros de población. Con motivo de los consumos, de los abastos, de los arrendamientos, de las quintas, de las elecciones, del aprovechamiento de pastos y arbolado, de la instrucción primaria, de los correos y de cuanto tenga interés general, ¿por dónde no hay abusos, fraudes ó crueles injusticias? ¿Por dónde no impera el caciquismo? ¿Queréis saber, ciudadanos, el estado social de las regiones agrícolas? ¿Queréis saber lo que son los pueblos? Si os sobra algún dinero, adquirid una propiedad en el campo, y pronto os acometerán los lobos hambrientos de la comarca. No quitéis ojo á vuestra posesión, pues ya sabéis que los bienes de un forastero se consideran en todas partes como bienes mostrencos. Bien hagáis concesiones á los vecinos compartiendo vuestras ganancias, si por rara ca-

(1) Véase la pág. 581 del tomo anterior.

sualidad las tenéis, ó remediándoles en sus muchas é inagotables necesidades, ó bien vayáis por la tremenda, si tenéis fuerza ó genio para mandar una cuadrilla, difícil os será escapar de alguno de estos peligros. Pagaréis las cuotas más altas; sufriréis multas por lo que á nadie se castiga; os talarán ó quemarán el arbolado; os destrozarán los canales ó acequias, ó destruirán la presa de las aguas para regar todos á vuestras expensas; destruirán las cercas ó cambiarán en vuestro perjuicio los hitos y mojones; saquearán vuestros graneros, robarán vuestras bodegas, hurtarán los frutos de vuestros jardines y huertas; asediarán vuestros rebaños y os demostrarán prácticamente que la propiedad es un mito ó que debe ser un robo. Aislados quedaréis en vuestros infortunios y sufriréis mil acometidas en los días de prosperidad, si algunos alcanzáis por ventura. Á nadie conseguiréis comprar barato ni vender caro; y los jornales más altos y el trabajo menos provechoso serán para vosotros.

Estos y otros percances ocurrirán á los individuos de la clase media que, hartos de los negocios de las ciudades, ó por herencia, invertidos tengan sus capitales en la riqueza rústica; pues en cuanto á los individuos de la aristocracia que poseen grandes haciendas, más ó menos abandonadas, secas y arrasadas, fácilmente se tornan caciques, ellos ó sus encargados y administradores, y en este caso pueden observar otras fases de la inmoralidad pública de los campesinos. Verán desmoronarse por poco más de tres pesetas esos, en apariencia, inexpugnables castillos de virtud; verán, bajo la burda capa de la hombría de bien, encubierta la más refinada marrullería; verán asomar la cabeza de la codicia arrastrándose medio oculta entre la maleza; para clavar el aguijón en el más oportuno momento; verán revolotear los buhos y las lechuzas, cuando no dominen otras aves de rapiña de más raudo vuelo; verán que la casta y simple inocencia de los lugareños y la santa y bendita paz de las aldeas, si alguna vez existieron, debieron corresponder á los tiempos heroicos, no á nuestros días, y verán también en sus ratos de ocio, que serán muchos, y en ciertos meses muy largos, en qué se divierten y á qué juegan esos sencillos y bonachones labriegos.



Siendo tan variables las condiciones de las distintas comarcas de la Península, no es posible asegurar con rigurosa exactitud si la baraja es una calamidad peor que la filoxera, la langosta y los pedriscos; pero que es una grande calamidad, no admite duda. Regiones hay donde no puede haber vicio alguno, por la absoluta carencia de dinero con que alimentarlo. Seguramente las personas que acusaron de jugadores á los agricultores no se refirieron á la mayor parte de éstos, sino más bien á fracciones muy considerables, tal vez á los más obligados á moralizar el país. No se jugará quizás ó se jugará muy poco en la serranía de Cuenca, ó en las Hurdes, en las altas parameras de Castilla, ni en las Batuecas, en ciertos lugarillos de las montañas de Asturias y de los Pirineos, ni en la Babia de León, pero se juega mucho y á toda hora en todos los puntos donde aparezca un poco de riqueza. No se citará una de las innumerables ferias que no sea pretexto para cruzar grandes sumas en el juego; y habrá muchas que estarán desanimadas para la venta, pero no se dirá de alguna en que varias heredades no hayan pasado de unas manos á otras, gracias á una sota de bastos ó un caballo de espadas. En las fiestas de los pueblos podrá faltar la inculta y cerril afición á las corridas de toros, pero no faltarán el tapete verde y la baraja. En esos feos y destartados lugarones, que son capitales de provincia ó cabezas de partido, apenas hay persona, de las conocidas vulgarmente con el calificativo de *decentes*, que no consuma en el juego largas horas de la tarde y de la noche, en tanto quedan abandonadas sus haciendas á merced de los más zafios é ignorantes jornaleros. Pocos cientos de almas tendrá un lugarillo donde no exista un casino por lo menos; y donde no ruedan blancas, se amontonan puñados de nauseabunda calderilla para sostener la afición á los naipes, tan arraigada entre los españoles.

Si es un triste mal, ¿á qué disimularlo ni ocultarlo? Hasta la clase jornalera se dedica en masa por millares y millares de individuos á destrozar con estrépito fichas de dominó, á abarquillar y ennegrecer las cartas mugrientas y de borrosos dibujos, perdiendo su óbolo al mus, al tute ó á la malilla.

Existirán muchos obreros del campo que no sepan lo que es una caja de ahorros, muy pocos que ignoren vicio alguno por donde quede completamente vacía su faltriquera; y en aquellas comarcas donde se limita la producción á una sola clase de frutos, como sucede en casi todas las vinícolas, se puede asegurar que la mitad de los días del año están enteramente dedicados al juego y á la holganza.

¿De qué procede en gran parte el malestar general de la Nación más que de la general indolencia? Pues si todos fuésemos más aficionados al trabajo, ¿no daría mucho más de sí este nuestro suelo, por muy pobre que se le suponga? Y los que piensan que el suelo de la Península es muy rico y feraz y que los españoles estamos dotados de grande inteligencia, ¿cómo se explicarán nuestro atraso, si no es por la pereza, sustento principal de la inmoralidad pública?

Háblase mucho de caciquismo, y en verdad que no se comprende su formidable influjo en la vida nacional, si no se apoyara á su vez sobre la misma inmoralidad. Atacad á ésta, refrenadla y libraréis al País de algunos de los muchos malos efectos del caciquismo. Ni la mayor instrucción, ni la mayor cantidad de democracia serían suficientes, pues ni una ni otra pueden conseguir grandes ventajas en las naciones como la nuestra, donde tan poco se aprecian las virtudes cívicas.

Y obsérvense bien los multiplicados aspectos bajo los cuales en todos los asuntos tiene clavadas sus garras el caciquismo.

Los largos períodos de reyes absolutos y de gobiernos despóticos enervaron á esta tierra de siervos y vasallos, sujetos á la razón, ó á lo que por razón se entendía, más por temor á carceleros y verdugos que por amor á la justicia. Á los corregidores y jueces se les miraba como tiranos, para quienes el Código era un sainete y la ley una comedia. Las víctimas de los dramas sangrientos eran los infelices que nada entendían de favor, de intriga y de soborno, ó aquellos á quienes no alcanzaba el manto del fuero ó del privilegio, es decir, el ropaje más fastuoso y deslumbrador con que aparecía adornado el caciquismo. Un ropaje salpicado de blasones y cortado de una tela muy semejante á la del manto real. Los repetidos y azarosos cambios liberales de nuestro

siglo han sido impotentes para exterminar el caciquismo, el mayor enemigo que en España tienen la libertad y la democracia. En el fondo subsistía tan poderoso y tan influyente, por más que al exterior fuera cambiando de trajes, y unas veces cubriera su cabeza con una boina, otras con el morrión de miliciano y otras con el gorro frigio.

La masa general de la Nación seguía acostumbrada á doblar las rodillas delante de los caciques, ya fueran éstos descendientes de la antigua nobleza, o sucesores de acaudalados burgueses, o simples revolucionarios que del fondo de una barricada ó de los rincones de los cuarteles pasaban victoriosos á mezclarse amigablemente con los más encopetados cortesanos. ¡Cuántos personajes liberales, cuántos demócratas enemigos del caciquismo hemos visto y vemos todos los días convertidos irremediabilmente en caciques, hasta contra su propia voluntad, desvanecidos por el humo del incienso y obligados á desempeñar el papel de dadivosos reyezuelos!

Al especial desarrollo de nuestros partidos políticos, á este juego interminable de pandillas, fusiones y segregaciones con que se divierten y lucran los traidores, los alevés, los veleidosos y los presumidos, se debe el incremento grande del caciquismo. Ni los caciques pueden prescindir de la política, ni los gobernantes podrían ni sabrían, aunque quisieran, prescindir de los caciques. Estos se hicieron indispensables para todos los actos de la vida nacional, cuya base tienen minada y roída hace mucho tiempo. Cada partido político se encargó de demostrar hasta la evidencia que los Parlamentos de las épocas de los partidos contrarios han sido una farsa, cuyos principales personajes eran los caciques, á quienes fué imprescindible pagar al contado ó á muy corta fecha sus auxilios en las elecciones, sin los cuales ni un solo gobierno hubiese tenido mayoría.

Compenetrados y aunados para sus fines respectivos, gobernantes y caciques se cambian recíprocamente favores por favores, servicios por servicios; y cada cual cree salvar su honor y disculparse á los ojos de la crítica con el hipócrita pendón de *los compromisos de partido*. ¡Los compromisos de partido! Frase sin verbo perfectamente bien escogida. Los

compromisos de partido, es decir, la patente de corso á favor de cada cacique para influir á su albedrío en los negocios y en los destinos públicos y acabar de comprometer al País. Los compromisos de partido, arrugada y seca hoja de parraco con que los gobernantes tratan en vano de encubrir su impotencia y su incapacidad para remediar, lo más irremediable, el desbarajuste administrativo.

Puesto el odioso armatoste de la administración pública á disposición de los caciques, éstos manejan sus ruedas como les place. Desde los negocios que representan millones de pesetas hasta el estanco ó la cartería de la más insignificante aldea, desde la mitra de una diócesis hasta el último juzgado municipal, desde la presidencia de los tribunales más respetables hasta la más humilde portería, todo queda á disposición de los caciques, que son más que los Ministros y Directores generales, los que gobiernan la Nación. Y es que los partidos políticos estarán todos completamente desquiciados en el orden de las ideas y de la propaganda, pero ninguno se halla libre de la jerarquía y de la representación del caciquismo. No se encuentra también organizado y disciplinado, como este último, el mejor de los ejércitos del mundo; y así como en las tribus salvajes de los otros continentes no se puede dar un paso sin tropezar con un cacique, caciques verá en España por cualquiera parte que dirija su mirada el curioso observador que trate de investigar el estado social de esta desdichada Península.

Hay caciques de altas posiciones que de octavo en cuando se apoderan de una cartera para subir hasta las gradas del Trono y demostrar, á quienquiera que abra los ojos, que el caciquismo tiene entre nosotros un poder casi igual al del mismo Monarca. Hay caciques en las capitales que manejan á su antojo toda una provincia, para la cual se han de nombrar *ex profeso* gobernadores, jueces, alcaldes y jefes de todas las dependencias, con la precisa obligación de servir á ellos más bien que al Estado. Hay caciques de las villas que despóticamente sujetan una comarca donde no ha de moverse la hoja de un árbol contra su voluntad. Hay caciques de aldea, sean ó no condenados á presidio, que tiranizan

como les place á los convecinos, siempre que guarden las fórmulas constitucionales, para lo cual todos son maestros, usen boina ó montera, calañés ó barretina, pañuelo de seda ó de algodón.

Con la misma variedad de formas, tamaños y colores con que se esparcen por el campo los insectos que devoran las plantas útiles, así se presentan los caciques de diferentes especies, familias y órdenes. Unos son chupadores, otros son masticadores; ya roen lo que únicamente tragan, ya destrózan mucho más de lo que comen; unos llevan uniforme cuajado de galones dorados, otros frac y corbata blanca, otros sendos gabanes de ricas pieles; otros gastan chaqueta, otros alpargatas, otros usan hábitos talares, otros van de capa corta, mas ninguno de capa caída, pues todos están en auge. Los hay dedicados principalmente á los empleos, otros á las obras públicas, otros á las contribuciones, otros á los suministros; pero lo general es que acometan toda clase de asuntos. Sujeta al caciquismo la vida nacional en todas sus manifestaciones; en todos los negocios y para todos los individuos, son imposibles el orden, la economía, el desarrollo de los recursos del País, la verdad, la razón y la justicia. España va pasando, una tras otra época, por las diversas fases de tan tremenda plaga. En tiempos de los reyes absolutos, el caciquismo iba vestido de fraile y se amparaba entre los pliegues del venerable manto de la Iglesia; en tiempos de revueltas se entrometía por las filas de los ejércitos; en tiempos de las luchas pacíficas de los partidos se introducía en las urnas de las elecciones. Enseñó á los políticos de oficio el arte de escalar el poder y la manera más disimulada de cambiar de casa; redactó bandos y programas de los partidos; formó comités y elevó á la categoría de personajes á sus más desvergonzados servidores. Anuló las más firmes convicciones y los más rectos propósitos; esterilizó las leyes más sabias y rasgó, antes de ejecutarlas, las más acertadas sentencias. En balde se llamará contra los estragos del caciquismo. La Nación se halla demasiado débil para desprenderse de

esta hidra, enroscada de mil cabezas que por todo el cuerpo la oprime y que toda la sangre ha envenenado. No vemos fuerza en la agricultura, no vemos fuerza en el comercio, no vemos fuerza en las colonias, no vemos fuerza en el ejército, no vemos fuerza en la justicia; vemos toda la fuerza en los caciques. Ser uno de éstos, ó protegido por uno de éstos, es la única manera de salir triunfante en la lucha por la vida. No la ciencia, no la virtud, no el trabajo, no el ingenio, triunfa de la ignorancia, del vicio, de la holganza y de la estupidez. ¿Necesitáis algo, hombres honrados? Como primer expediente, acudid desde luego á un cacique. Y vosotros, caciques, nada temáis, por mucho que se grite contra vosotros. Vuestra es y será la Nación, con ó contra la voluntad de los mismos gobernantes. No habrá medio de acabar con vosotros aunque se incluyese en el Código penal un artículo que dijera lo siguiente: *Será declarado libre de todo castigo un homicida siempre que la mitad más uno, por lo menos, de los vecinos del municipio en cuyo término ocurrió el suceso afirmen ante el tribunal que la víctima era un cacique.*

No sería cosa para tratar de ligero lo que afecta al desarrollo de la inmoralidad pública, la desacreditada administración de justicia, tanto en lo criminal como en lo civil; pero la índole especial de este libro nos impide pasar de ciertas apreciaciones generales, más allá de las cuales nuestra incompetencia es absoluta.

Muchos años antes de que el gitano echara su maldición, *pleitos tengas y los ganes*, profundo horror había en España á los tribunales, como si la justicia se hubiera mancillado y prostituido con el trato de aquel infame corredor de atropellos y abominaciones que se llamaba Santo Oficio. Buena gentecilla aquella de que tanto se burlaron Quevedo y otros festivos poetas del más brillante período de la literatura castellana. Valientes papeles los que se atribuían en romances

y comedias á los corchetes, alguáciles, escribanos, reguleyos y demás individuos de la curia. A fuerza de tiempo y de reformas, mucho se modificó y casi nos atreveríamos á decir mejoró la clase, si no temiéramos ser demandados de injuria y calumnia; pero el odio, y cuando no odio, prevención, y cuando no prevención, reparo, y cuando no reparo, á la administración de justicia han sido, son y serán proverbiales en el país.

Y enorme distancia entre la teoría y la práctica. Lo que debía ser, lo que es necesario, que sea, amparo del desvalido, depositario leal de vidas é intereses, guardián de honras y haciendas, salvaguardia de la razón, freno de licenciosos, fuerte muro contra toda suerte de atropellos, vengador de agravios, escudo de los débiles, modelo y norma de recta conciencia, aparecía al vulgo cual antro tenebroso donde la siniestra figura del verdugo ocultaba tras sí las negras sombras de los jueces y magistrados.

No en balde se arruinaron miles y miles de casas y familias por culpa de las cuestiones jurídicas; no en balde fallaron los tribunales miles y miles de causas cuyos derechos y defensas importaron más pesetas que el valor de los intereses fallados; no en balde perdieron la honra y la vida millares y millares de individuos, que más adelante resultaron inocentes ó con delitos muy inferiormente proporcionados á la pena, en tanto insultaban erguidos á la conciencia pública otros millares de individuos cuyos crímenes é infamias no eran castigados, ó á quienes alcanzaban repetidas gracias de indulto que daban ocasión á la creencia del vulgo de que la justicia se vendía.

Vulgaridades infundadas serán, pero creía y sigue creyendo la muchedumbre que el favor, la recomendación y el dinero influyen en las sentencias tanto como la razón y la verdadera justicia; que no hay tribunal enteramente libre de la presión de la política y del caciquismo; que ni abogados, ni jueces, ni magistrados ofrecen siempre al público suficientes garantías de formalidad, rectitud, celo y acierto; que inventadas y aplicadas las leyes por los letrados, antes procuran varios de éstos dejar á cubierto sus intereses personales que

servir con actividad y buen sentido los del público que les paga.

No llevamos nuestro acostumbrado pesimismo hasta el punto de juzgar á los curiales con igual dureza con que el vulgo los mira; y desde luego consideraremos dos aspectos para darnos cuenta aproximadamente exacta de los asuntos judiciales: El que depende exclusivamente del Estado, como una de tantas funciones administrativas; y el que se relaciona con los intereses particulares en un país como el nuestro, donde sería inútil aspirar en varios siglos al hermoso ideal de la justicia gratuita.

El primer lado de la cuestión, representado en los presupuestos generales por los diez y siete millones y pico de pesetas que cuesta al Estado la administración de justicia, entra de lleno con todos sus defectos y todas sus lindezas en el desbarajuste administrativo. Nos reconocemos sin la más insignificante autoridad y sin la más remota competencia para poder asegurar si con esa cantidad, no del todo despreciable, merecería la Nación estar mejor administrada y regida. Ignoramos si haría falta más dinero para obtener una policía judicial mejor organizada y más inteligente, una guardería rural que todo el mundo echa de menos, unos establecimientos penitenciarios que no fuesen, como son, focos de inmundicia y pestilencia, escuelas de rateros y truhanes, centros directivos de estafadores y bandidos, colegios de malas costumbres, modelos de perdición y de ruina, causa, en fin, no de corrección y enmienda, sino de incremento y desarrollo de la inmoralidad pública. Ignoramos también si con dicha cantidad, mejor distribuída, pudiera haber menos tribunales y mejor repartidos y más decorosamente instalados; menos magistrados y jueces, y más cuerdamente dotados; menos despilfarros en ciertos gastos de material y más de-cencia y orden en otros.

Más difícil de describir y juzgar es el segundo lado de la cuestión, representado para los particulares por algo más que esos diez y siete millones y pico de pesetas, y para la riqueza pública por sumas incalculables, á consecuencia de las enormes dilaciones, de los infinitos aplazamientos, de las



multiplicadas incidencias en todos los negocios de los tribunales, pues nuestras leyes serán muy buenas, pero los procedimientos no pueden ser más horribles.

Si varias reformas en estos últimos tiempos tienden á perfeccionar la administración de justicia, más camino llevamos con otras de confusión y de abusos que de arreglo y mejoría. Cuando el público ya estaba fatigado de mirar el tamaño, la forma y el color de las uñas de los picapleitos y esperaba con ansia medidas salvadoras, aparece en 3 de Febrero de 1881 la ley de Enjuiciamiento civil, que con sus 2.182 artículos forma, según los mismos curiales afirman, una apretada red donde Dios asista y ampare al que en ella se viere envuelto. Asomar esa desdichada ley en la *Gaceta* y repetirse la maldición del gitano por todos los ámbitos de la Monarquía, fué obra de tantos instantes que todavía duran y durarán para todos los desventurados que se hallen comprometidos con demandas, contestaciones, réplicas, dúplicas, términos de prueba, recursos de queja yalzada, recusaciones, notificaciones, citaciones, emplazamientos, requerimientos, suplicatorios, exhortos, cartas-órdenes, mandamientos, apremios, rebeldías, actos de conciliación, excepciones dilatorias, reconocimientos y tasaciones judiciales, tachas, vistas, sentencias, incidentes, apelaciones, concursos de quita y espera, embargos preventivos, juicios ejecutivos, tercerías, desahucios, retractos, interdictos, interposiciones, admisiones, sustanciaciones, arrogaciones, apeos, prorratesos y otras mil y mil providencias y triquinuelas que ya quisiera saberlas para su uso y provecho el más erudito de los letrados españoles.

Como no eran mayores complicaciones, sino mucha más sencillez, lo que la Nación necesitaba y necesita en el enjuiciamiento, lo primero que unos á otros nos preguntamos, en vista de esa ley, fué si no hubiera podido reducirse á mucho menos artículos. Pues qué, ¿no sería factible contuviese los mismos extremos en mil quinientos, ó tal vez en menos de mil? ¿No serían susceptibles otros muchos de refundirse con los anteriores, ó de dejarlos al sano é ilustrado criterio de jueces y magistrados, ya que éstos son, y no los alguaci-

les, pajes ó porteros, los que dictan sentencias? Chocante será que algún día no se demuestre que varios de esos artículos son producidos exclusivamente por la fantasía nacional.

Por lo mismo que en España se ha dado en decir, tal vez con muy escaso fundamento, que se acabaron los tontos, algunos maliciosos dieron en pensar que la vigente ley de Enjuiciamiento civil no tenía precisamente por objeto facilitar el desempeño de la justicia, sino impedir la extraordinaria afición á pleitos y cuestiones de los españoles, por regla general tercios y Quijotes más que en el resto del mundo civilizado. De donde resultaría que la ley, lejos de ser deficiente, es muy sobrada; lejos de ser necia, es sapientísima.

Éramos pocos y parió mi abuela, ó por mejor decir, la abuelita de los curiales que, bajo la forma de una Comisión elegida *ad hoc*, dió á luz el día de Santa Bárbara de 1883 una especie de cuenta de hostelero, bautizada con el nombre de *Aranceles judiciales para los negocios civiles*, un poquito antes que de éstos se separasen los negocios criminales.

Si todas las cosas de España no marchasen con una hora, ó con un día, ó con un mes, ó con un quinquenio, y según los asuntos que sean, hasta con medio siglo de retraso, desde el momento en que las dos ramas de la administración de justicia fueron separadas, esos aranceles, excesivamente decorosos, debieron haber sido abolidos, ya que en el decreto que á ellos acompaña se dice que *es una necesidad la de imponer sobre 30.000 negocios civiles la retribución de los muchos funcionarios indispensables para prestar los servicios de la justicia civil y criminal*. Cuando todavía rigen, debemos sospechar que esos aranceles no tienen precisamente por objeto sacar de mal año á los curiales, como da á entender la arenguilla ó preámbulo que le precede, sino impedir la extraordinaria afición á pleitos y cuestiones que hay entre nosotros. Lo mismo que su correspondiente ley de Enjuiciamiento. Y la razón es sencilla. ¡Habría litigante á quien no hayan causado horror en el alma, pavora en el corazón y destrozo inmenso en su bolsillo las cuentas más que galanas con que remata un negocio judicial? Ahí están esos aranceles.

¿Quién es capaz de traducir á inteligible y vulgar castellano sus 363 artículos? Con sus infinitos reconocimientos, resoluciones, notas, notificaciones, diligencias, entregas de autos, etc., etc., muchos de los cuales siempre se duplican y triplican, cuando no se cuadruplican, hay constante peligro de que los tribunales fallen muchas causas cuyos derechos y defensas importen más pesetas que el valor de los intereses fallados. A partir principalmente del art. 72, será difícil que los señores curiales convenzan á los litigantes que donde no hay precios abusivos ó escandalosos se encuentran flagrantes contradicciones con la misma ley de Enjuiciamiento, haciéndolo constar, que es lo curioso, como pasa en el artículo 140 y los demás de la sección décimacuarta. Con las tarifas del capítulo II del título III para provecho de los secretarios de Sala no puede estar conforme litigante alguno, pues se refieren á trámites y dilaciones de formalismo burocrático que complican innecesariamente la administración de justicia; y nada diremos de las tarifas para los negocios del Tribunal Supremo, pues la peseta por hoja de los artículos 296 y 297 nos parece harto mezquina en relación con lo Supremo del Tribunal, si ha de ser en todo Supremo.

Fijos los ojos del Ministro con paternal desvelo en los curiales por remediar *la necesidad de hacer posible el decoro de estos funcionarios, evitando los pretextos con que trata de encubrirse ó puede cobijarse la inmoralidad* (1), se tuvo buen cuidado de arreglar la mayor parte de las tarifas por hoja ó folio; pero se hizo caso omiso de una corruptela que desde tiempo inmemorial cuesta sendos miles al público, es á saber, la costumbre inveterada que tienen los señores escribanos de devorar muchas resmas de papel sellado al extender sus escritos con grandes márgenes, anchos renglones y gruesos caracteres. Asunto baladí llevarán á los tribunales los litigantes que en muy poco tiempo no consuman centenas ó millares de folios, que multiplicados por diez centimos para un detalle, por quince para otro, por veinte para otro, por una peseta, ó por dos, ó por tres, ó por cuatro para

(1) *Suple del público*

otros, las cuentas del Gran Capitán queden tamañitas al lado de las de un negocio de mediana importancia. ¿Hay alguno que haya pleiteado en España que no lo haya notado? Y es que en esos aranceles, todavía vigentes, nadie descubrirá señales de que se respete la necesidad de hacer compatible la administración de justicia con el bolsillo del público pagano.

Prueba segura de lo excesivamente *decorosos* que son los aranceles, la puede ver cualquiera en los arts. 262 al 268, relativos á los derechos de los porteros. ¡Cuántos jefes de regimiento, cuántas dignidades de la Iglesia, cuántos jefes de dependencias civiles, cuántos propietarios de cuatro pares de mulas quisieran ser porteros de algunos tribunales! ¡Pues ahí es nada! ¡Una peseta por llevar cada oficio, 2,50 por un apremio ó una recogida de autos, 3,50 por divertirse en la vista de un pleito, 2 pesetas por cada hora extraordinaria! ¿Cómo creerán que ganamos el dinero los demás mortales algunos señores gobernantes, que todavía no se han enterado de cómo es el país donde vivimos?

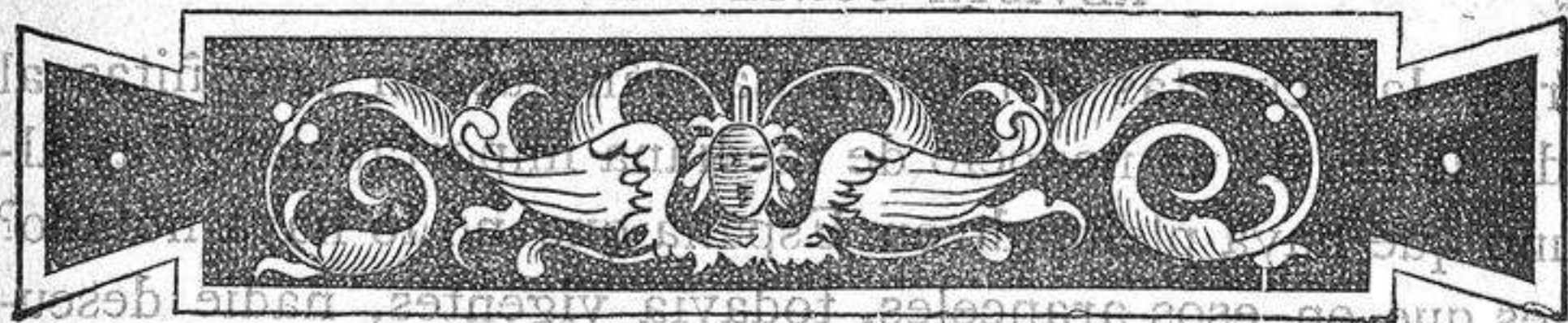
Andando el tiempo, es evidente que descuidos tan garrafales como los aranceles de la justicia civil se irán corrigiendo poco á poco; y mientras ese caso llega, séanos permitido, cuando encontremos un curial por la calle, darle una palmadita en el hombro y decirle con el mayor cariño posible: ¡Vamos, picarillos, si buena justicia nos dáis, buenos dineros nos cuesta!

Y entretanto, curioso lector, nadie te quiera tan mal que te repita la maldición del gitano.

L. MALLADA.

(Se continuará.)





## SEIS DÍAS EN ZARAGOZA (I)

### III

La Aljafería.—Recuerdos históricos.—El Mercado.—Iglesia de San Pablo.—

La torre mudéjar.—Retablo del templo.—Dos momias.—La torre nueva.—

Paseos por las calles.

Hé ahí el soñado castillo, la mansión de los placeres de los reyes Aben-hudes: la poética Aljafería de sonoro nombre. ¡Desencanto cruel, decepción terrible! Un caserón pintado de amarillo, con ventanas y unos torreones embardurnados, ridículas almenas y todo el vulgar y pésimo aspecto de esos edificios que á una legua huelen á rancho y caracterizan el mal gusto; un cuartel, en fin. Eso es todo lo que resta de aquel palacio y fortificación. Una explanada en el frente, vendedoras de frutas, soldados sujetos y mozas sueltas; oficiales sentados á la sombra de los árboles en sillas de tijera, fumando ó leyendo periódicos; canciones y toques de corneta en el interior; pardas ropas secándose en las ventanas y centinela paseándose aburrido por la puerta, y como espectadores de aquel paseo intermitente algunos perros callejeros y gateras que esperan entre dicharachos y soeces expresio-

(I) Véase la pág. 596 del tomo anterior.

nes el reparto de las sobras del rancho, moderna sopa que ha venido á sustituir la estigmatizada de los conventos, aunque con peores resultados, pues aquélla solía encaminar á la universidad ó al claustro, y ésta sirve para enderezar muchas veces al presidio: y aquí tenéis el espectáculo que se ofreció á nuestra vista. Con el corazón desilusionado llegamos á la puerta del cuartel, y allí nos hicieron esperar unos minutos, en tanto que nuestro amigo solicitaba permiso para que pudiéramos pasar. Entretanto el centinela, con groseros modos y peores palabras, nos mandó retirar de allí: nos apartamos, y á poco vino un cabo andaluz, y sin saludarnos ni decir guarde Dios, nos preguntó qué éramos. Uno de nosotros le contestó: —Somos *touristes*. —Ah, ya! —contestó el cabo, que si no entendió lo que le dijimos, cuando menos ya no nos tomó por conspiradores ó conquistadores que íbamos los tres solos á apoderarnos del cuartel, tropas y patatas inclusive, y se retiró sin volver la cara y con ese aire de superioridad que da una chaqueta con botones dorados sobre los demás mortales que no los usamos. Ya nos pesaba algún tanto aquella visita, en que si en el interior, lo que se hubiera salvado, no nos compensaba como paliativo á aquellas vejaciones de mandarnos á paseo el centinela y examinarnos de conciencia el cabo, bien pudiéramos haberla renunciado. Por fin salió nuestro amigo el doctor, y penetramos con él en los patios, de los que huimos prontamente del atornador desconcierto de unos trompetas que ensayaban á romper tímpanos. Llegamos á una amplia escalera de dos tramos, obra de los Reyes Católicos, con un hermoso balaustaje en forma de círculos enlazados y follajes horrorosamente cubiertos de cal por los jabelgues de ordenanza. Seis góticas ventanas se ven en el rellano superior, abiertas tres sobre un rico ornamentado de follaje y arabescos; las otras tres se hallan tapiadas. Da ingreso la escalera á una serie de salones

que nada de particular encierran, fuera de los techos de imitación arábica en oro y azul. Así seguimos pasando salones hasta llegar al principal, en donde el ánimo ya encuentra algo en que recrearse después de las imitaciones que hemos visto: penetrase en él por una puerta de estilo gótico y campea en aquel un buen artesonado, y una ligera galería junto a la cornisa le circuye. La luz que penetraba por las altas ventanas bañaba con dulces tonos la oscura madera y los colores de los escudos que adornan parte de aquella. Allí había silencio; no se oía más que el grito de los gorriones y el suave aleteo de unas golondrinas que durante el tiempo que allí permanecimos entraban y salían por las ventanas. Quién sabe si sus padres y sus abuelos presenciarian escenas como la que se me ocurre en este momento, la coronación de Alfonso el Magnánimo, que tuvo lugar en este palacio. Abstraído con estos recuerdos, creía oír las músicas y estruendo del pueblo entusiasmado y la agitación del festín. Creía ver al monarca en su solio, ataviada su arrogante persona con los atributos reales, teniendo en sus manos el cetro de oro y la simbólica esfera representando al mundo, idea que por lo visto era conocida de antiguo y comprendida la esferoidad de la tierra en esta monarquía aragonesa. Oía los aplausos de los cortesanos y también los sentidos versos del infante D. Pedro, recitados por los trovadores Romaset y Novellet; y por una sucesión de ideas vine en recordar al conde de Foix, á la infortunada Provenza, á los albigenses, á Simón de Monfort, y al desgraciado héroe de las Navas, Pedro el Católico, que de una manera oscura había de caer ante la mezquina fortaleza de Muret, para venir á dormir el sueño de la muerte en la capilla de San Pedro en el histórico monasterio de Sigena, retiro y tumba de esposas y reinas desgraciadas. Por aquí andaba mi imaginación cuando salimos de aquella estancia para penetrar en la llamada de la Alcoba, y en la cual nació en 1271 la hija de Pedro III y de Constanza, llamada Isabel, reina luego de Portugal y santa que veneramos en

los altares: así lo conmemora una lápida en mármol blanco. El aspecto de la sala es sumamente elegante. Créese uno transportado á la Alhambra al contemplar el alicatado de sus paredes, y el techo en oro y azul se halla cubierto de doradas estrellas, con un florón en el centro las menores, y el yugo y las flechas con el *tanto monta* en el centro de las mayores: creo excusado decir quién construyó este techo, que no debe ser el primitivo de la cámara.

En casi todos los salones hemos hallado los escudos con los indicados atributos, y sus paredes cubiertas de filas de fusiles, bayonetas, sables y todos los bárbaros elementos con que la ciencia enriquece al arte de matar y destruir, y excuso decir la indiferencia y tristeza con que miraba aquellos elementos de la brutal barbarie del hombre civilizado, y que tanto entusiasman aún á las inconscientes masas y á nuestro quijotesco carácter.

Por una empinada escalera subimos á una especie de desván ó buhardilla trastera llena de cajones. ¿Qué había allí que ver? ¿Ibamos á subir á alguna torre á contemplar el campo y el paisaje? No fué así.

—*Esto es el calabozo del Trovador, que ustedes habrán visto en la ópera*—añadió el cabo de marras, que nos servía de cicerone ó de espía, y como queriendo echárselas de leído.

Una sucia estancia, un pilar que apea dos arcos chatos, y sobre uno de ellos el siguiente rótulo con tremendas y mal trazadas letras de almazarrón y con peor ortografía, dice: *Calabozo del Trovador*: hé aquí todo. En los lados del mismo, ridículos mamarrachos, obra de algún ilustrado ranchero, embellecen la estancia. ¡Huyamos! Y para ver semejante profanación nos han hecho subir aquí! ¡Pobre García Gutiérrez, mi respetado amigo y jefe! ¡Cómo le compadecí en aquel momento! La gloria tiene decepciones terribles, y ésta es una de ellas. Cuando supone uno hallar una estancia que caracterice el calabozo de aquel simpático héroe del poema dramático del ilustre autor; cuando cree hallarse con una rea-



lidad poética de la prisión de aquel desgraciado héroe, si es que realmente ha existido tal como nos le pinta el ilustre autor de *Juan Lorenzo* y *Simón Bocanegra*, hallarnos con semejante rótulo y convertida en buhardilla trastera..... vamos, lo repito, la gloria del talento tiene contrastes que desilusionan. Escribir García Gutiérrez *El Trovador*, entusiasmar á España y hacer llorar á dos generaciones con aquellos sentidos versos, para venir á caer en el pincel de un ranchero, y que en un desván le designen con un *Calabozo*, es cruel, es feroz é incomprensible! Salimos de aquel buhardillón y descendimos á la planta baja del cuartel; sólo nos quedaba por ver lo que restaba de la antigua mezquita. Aun cuando poco fuera, aquello nos hacía contemplar el delicado dibujo de las fastuosas concepciones arábicas. Algo de ellas conocíamos en el Museo Arqueológico Nacional, y todos cuantos aman los restos de civilizaciones que pasaron, hemos contemplado con gusto aquel precioso arco de herradura que en dicho Museo se conserva. Una pequeña puertecilla con hermosas labores de taraceo y de un gracioso arquillo peraltado del estilo, da ingreso á lo que un día fué el Mirah del santuario. Reducida es la estancia, pero bella en lo que aún se conserva; la verdad es que el mal rato sufrido compensa la contemplación de aquel espécimen del genio arábigo español, que nos legó obras tan hermosas como esa incomprensible y menos explicable y describible Alhambra. Al hallarme en esta reducida estancia parecíame trasladado á hermosos días, hace cinco años, por estas mismas fechas; y mis sentidos creían aún oír sonar el claro murmullo de las fuentes y el embriagador perfume de los *cármenes* del Darro y ver la cernida luz que, matizada por los alicatados muros de la sala de los Abencerrajes, formaba un fantástico velo de esos que admiramos en las danzas voluptuosas de las bayaderas. La conservación ha sido aquí menos esmerada: la mezquita desapareció, lo propio que el templo de San Jorge, de hermosa y poética factura en su estilo, según

nos cuentan los cronistas, El carácter de casa fuerte ha hecho desaparecer muchos de sus primorosos detalles y gracias, aunque profanados, se conserven la escalera, el salón, la alcoba y las góticas ventanas del patio. No obstante, el aficionado puede pasar, cual lo hicimos nosotros, un buen rato y placentero examen de aquellas delicadas ornamentaciones. Galería cerrada con hermosas columnitas rematadas por fantásticos capiteles planos en que campea el geométrico dibujo en graciosas takas, dejan adivinar su belleza bajo la capa de cal que las reviste, preciosos alboaires y delicados arrabás en los preciosos arcos de luz, algo más incólumes que lo que han alcanzado profanas manos. En lo alto de una de las paredes vi una inscripción pintada, que recordaba una expedición artística de los alumnos de la Escuela de arquitectura; viajes son éstos que comienzan á generalizarse con ventaja del alumno, que de esta suerte reúne la teoría y la práctica y el conocimiento tangible de lo especulativo y el hecho.

De este recinto acabo de saber que los mejores detalles se conservan en el Museo Arqueológico, y allí los veremos, Dios mediante.

Visto ya lo que hoy resta del palacio de los Aben-hudes, consideraba los cambios por que ha pasado el palacio. Después de las cruentas guerras civiles entre los islamitas, reservósele para recreo, y conquistada la ciudad, en poder ya de los cristianos, donó el monarca el palacio de la *Yafaría* á los monjes de la orden de San Benito. Palacio de los reyes fué la Azuda, en que se estableció tiempo después la orden de San Juan, y en cuyo recinto se encerraba la iglesia llamada de San Juan de los Panetos. Allí permaneció el archivo de la antigua orden Hospitalaria, hasta que en el año 1877 fué trasladado, con pérdida para Zaragoza, al archivo central del Estado en Alcalá de Henares. No mencionan las crónicas el año en que de residencia monacal pasó á ser nuevamente palacio de los monarcas, y en mediados del siglo XIV le vemos brillar en medio de su mayor

espléndida vida. Entonces es cuando uno de sus torreones sirve de cárcel, y la restaurada iglesia sirve de capilla real, y en ella reciben el agua bautismal infantes y príncipes, en medio de fastuosas fiestas. El patio claustral del palacio desapareció, y lo propio los lujosos departamentos de los mármoles de la *chimenea* y de los *paramentos*, como nos cita y relaciona Carbonell en su Memoria de reales fiestas.

Posteriormente los Reyes Católicos llevaron a cabo obras y dejaron los restos que hemos visto.

Nuestro coche está subiendo la hermosa cuesta paseo que conduce a Torrero, paseo favorito de los zaragozanos. Frondosa alameda sube serpeando, y en la cúspide se levanta, en medio de jardinillos a la inglesa, un templo de moderna construcción, y la cual no se remonta más allá del pasado siglo. Un frontón triangular, sostenido por cuatro columnas de airoas proporciones. Una cúpula cubierta de escamadas tejas se apoya sobre pilastras que dejan vano a los ventanajes y asoma entre dos torres de agudos chapiteles.

Descendimos, y largo rato paseamos por aquellas calles, encontrando escasos paseantes. La época no es a propósito para formar concepto de la belleza de las zaragozanas. Las pocas que vimos tenían aire distinguido y esa elegante seguridad en el marchar que tanto distingue a las madrileñas, y de la que carecen las valencianas, más indecisas en el andar por la costumbre de vivir dentro de los carruajes, en los que hasta meriendan cuando salen al campo. Sus severas proporciones, más escultóricas que bellas, en el sentido de mujeres miniaturas, hacen recordar a las *ricas hembras e infanzonas* de otras edades, por su aspecto sano, robusto y espléndida salud y exuberante vida. Aquellos rostros distinguidos, de negros ojos y de señorial aspecto, demuestran la matrona, verdadera compañera del hombre, no niñas mimosas de ataques de nervios y de anémica naturaleza. Son tipos verdaderamente montañeses y tan elegantes y distinguidas como verdaderas cortesanas.

Y con esto, y con que la noche se nos venía encima, y que desde aquella altura contemplamos a la ciudad bañada en las dulces tintas del ocaso que le aumentaban su morisca belleza, haciéndola aparecer como dormida sultana en ameno jardín, que tal parece su hermosa y espléndida huerta, comparable a la encantada y risueña de la sin par Granada, la contemplamos largo rato. Las agudas y laboreadas torres Nueva, de San Pablo, San Gil y la Magdalena brillaban con sus hermosos dibujos y se destacaban limpias y perfectas en el azul del cielo. Allá, a lo lejos, el viejo Moncayo se teñía de dorados tonos, y su elevada mole se destacaba en limpia silueta sobre el nimbo de luz del sol que tras él se ocultaba. Allí, a sus pies, dormía por luengos siglos el legendario Atarés, en el hermoso monasterio de Veruela, tan bellamente pintado por el incomparable Becquer en sus conocidas cartas *Desde mi celda*. ¡Quién pudiera, en un vuelo, cual esas ligeras palomas que se ciernen sobre aquellos molinos, llegar y visitar aquel hermoso claustro, con aspecto de fortaleza, del antiguo monasterio! Pero no me despido de visitarte, no; algún día llegará en que, como Piedra, la esperanza se trocará en recuerdo, así como el anhelo de visitarte, heroica ciudad, ya no será un deseo, sino una etapa de mi vida que señalará días pasados con delicia y encanto en tu recinto visitando tus monumentos, recordando tus glorias y orando al pie de la Santa Virgen del Pilar, mi amada madre.

Tomamos nuevamente el carruaje, y pocos momentos después atravesábamos aquella hermosa avenida de Santa Engracia, espléndidamente iluminada, en demanda del hotel.

El resto de la velada la invertimos en el teatro Pignatelli y en pasear del café de la Iberia, con su concierto, al salón del paseo, hasta las doce, en que nos retiramos para esperar el nuevo día.

tan frescos como las coloradas mejillas y las no menos frescas desvergüenzas de las placeras. En aquellos añ-

A la mañana siguiente, á las siete, di el toque de diana, haciendo abandonar los mullidos colchones á mis compañeros y tomar la calle en busca de algo que estudiar y admirar. Andando á la ventura, llegamos á la plaza del Mercado, especie de antigua ágora en que han tenido lugar ruidosos acontecimientos. No esperéis hallar una monumental construcción de carácter inglés, con hierro y cristal, ni escalinatas ni nada de ese lujo con que la civilización moderna ha embellecido esos prosaicos centros de que se surte la *prosa* de la vida; no, es necesario, que os trasladéis á otros órdenes de aspectos: es necesario lo propio que en el de Valencia, os trasladéis á las épocas de Antonio Pérez en éste, y de Juan Lorenzo y Vicente Pérez en aquél. Si queréis ver gráficamente representados aquellos tiempos, ver en ebullición aquellos mercados con su genuino carácter moro ó español, de tiempos antiguos, veníos á los citados y hallaréis viejos cestos en el suelo con hermosas frutas, con tinglados tan prehistóricos como los de Valencia. Á través de los tiempos conserva y representa el carácter de la España tradicional, y en verdad que entre aquella muchedumbre falta el arquero, el esbirro del Santo Oficio y las forales autoridades; por lo demás, cambiad algunos detalles en el traje del pueblo y radicalmente el de los caballeros, y tendréis el mercado en cuyo centro murió el desgraciado Lanuza, y veréis los tumultos de la sacada de la cárcel á Antonio Pérez, ó al amotinado pueblo que pide la cabeza del marqués de Almenara, seide del solapado monarca del Escorial.

El conjunto de la plaza no puede ser más hermoso, artísticamente hablando; no para los *turistas* á la moda de ordenanza; el más heterogéneo contraste brilla en aquella calle-plaza: no busquéis un solo monumento, ni bueno ni malo; no hay más que monumentales pirámides de hermosas frutas y de encendidos melocotones, tan frescos como las coloradas mejillas y las no menos frescas desvergüenzas de las placeras. En aquellos vul-

gares edificios se hallan amalgamadas todas las épocas, desde los árabes hasta el día: casas modernas de atildada fachada y vetustos caserones desconchados con paredes barrigudas, amplísimos balcones de chatas salidas, aleros que se vienen de cabeza á la calle, tremendos canalones, ventanas estrechas como ajimeces morunos y otras de apatanadas aberturas. Unas casas altas y estrechas como chimeneas, otras enanas y patizambas, formando en el espléndido cielo una línea de zigzag inverosímiles y vertiginosos. Apoyad todas estas construcciones sobre una serie de portales inverosímiles á toda luz, de gravitación sobre columnas y pilares de todos estilos, y formas conocidas, desde la escueta hasta el achaparrado pilar, desiguales en altura y cobijando á tiendas del pasado siglo; colocad en incorrecta formación á toda aquella canalla artística como un pelotón de quintos y tendréis una idea aproximada de aquella plaza, más parecida á esas decoraciones de calle antigua que vemos en los teatros, y os dará una idea aproximada de aquel hermosísimo escenario iluminado por un sol espléndido y un cielo sin nubes, sin rival en el mundo. Es más, yo creo que el Ayuntamiento no debe poner la mano en esta plaza; conservarla tal cual se halla para encanto de quienes buscamos gratas impresiones y conjuntos artísticos de seductor aspecto.

En democrática confusión veréis revueltos los puestos de frutas con las mesas de tocino, las de la carne con las de flores, y añadid á las voces, imprecaciones y ternos aragoneses el ladrar de perros, el ruido de carros, arrear de caballerías, las agrias y chillonas voces de las verduleras, la guitarra del ciego y el organillo del saboyano, la jota revuelta con el himno de Garibaldi y el sonar de las campanas y el sordo murmullo de la confusión de voces cual una inmensa colmena, un polvo de oro sobre todo este inmenso enjambre que bulle, compra, vende, se requiebra y disputa, enardecida la sangre por aquel calor, aquel exceso de vida, y allá en vuestra imaginación os resolveréis el cuadro aquel tan

hermoso, tan gráfico, tan español, que estuvimos largo rato contemplando.

Desde allí tomamos por las ya más tranquilas calles de Predicadores, y dando vueltas á la ventura, vinimos á caer en la parroquia de San Pablo, verdadero núcleo de la gente del pueblo zaragozano, que tan importante papel desempeñó en las antiguas revueltas y en la gloriosa epopeya de los dos memorables sitios. Así llegamos á la iglesia de San Pablo, verdadera catedral de aquellos barrios, y cuya hermosísima torre nos atraía hacia rato con el brillante fulgor de sus azulejos y sus hermosas labores.

Parados ante su portada quedamos largo rato, contemplando el respetable barniz de los años en aquellas doradas piedras. Una de sus fachadas fué restaurada, estropeando su antiguo y hermoso carácter; la segunda conserva el carácter ojival con sus adornos foliáceos en los que campea la hoja del cardo y del trébol en sus extradoses, y sus severas esculturas resguardadas por hermosos gabletes; los arcos son abocinados y hay que descender unas gradas para penetrar en el templo. Lo que más llama sobre todo la atención es la hermosa torre, sin rival por su trabajo en alicatadas labores; su vista encanta y enamora á quien la contempla, es octógona en toda su altura y se compone de tres cuerpos, que los dos últimos son de más moderna construcción; lisas son sus paredes en los dos primeros, comenzando sus menudas labores en el tercero. Sobre una línea de arquitos de medio punto se abren las arcadas ojivas rebajadas que ocupan el plano y en las cuales voltean las campanas; una ancha faja con alicatado de pardo ladrillo forma un dibujo de cuadros en losange y sobre aquellos un alizar de brillantes azulejos apean otra galería de ángulos enlazados de gran resalte; una serie de arquitos de medio punto á tres por plano, á los que corona una radiante cornisa, carga el antepecho de otra nueva galería, también de arcos iguales á los anteriores, parecidos en los planos; un chapitel sobre el que iergue una aguja

cónica que remata en una bola, de la que surge la flecha de la veleta.

Descendamos á la nave de la iglesia: una media oscuridad reina en la alta nave, y que así nos lo hace aparecer la intensa luz de la plaza; su aspecto es misterioso; los oscuros tapices que cubren la parte inferior de los muros le dan un aspecto fantástico, unido á una luz azulada que penetra por las rasgadas ventanas ojivas. Su estilo es el de las ventanas; pero desnudo de todo adorno, le da un severo aspecto, que impresiona el ánimo con aquella desnudez. La nave central es alta, ancha y despejada; no así las laterales, que son estrechas y oscuras, especialmente la de la izquierda, algo desviada y de aguda bóveda. Entre este templo y La Seo existe una notable diferencia: en ésta, la luz dorada y misteriosa que baña á aquélla, tradúcese aquí por una azulada que le imprime un aspecto asáz melancólico, más inspirado si cabe, pero de una manera más apropiada al Dios del *Dies iræ* que al benéfico Padre, al juez recto é inexorable. Las dos naves rodean al altar mayor, y aquel deambuladorio hállase sumido aún en mayor oscuridad y misterio, haciendo más triste, más aterrador el aspecto de un Cristo á quien alumbran agitadas lámparas que, con la oscilación de la luz, simulan un movimiento convulsivo en el pecho de aquella sangrienta representación del Calvario, que horripila y estremece.

Celebrábase en aquel momento una misa de funeral, y á poco de estar contemplando la majestuosa sencillez del templo, entonaron los sacerdotes el tremendo canto del *Dies iræ*. Nunca he podido oír este salmo sin que el frío penetre hasta mis huesos y se ericen los pelos de mi carne, como dijo el Profeta; creo más: me parece imposible poder traducir á otra música aquel salmo que á las sencillas pero energicas notas del canto llano. Únase á esto la severa majestad del templo, la luz del día combinada con ese extraño tono que produce al combinarse con la de las velas, y precisamente era imposible hallar un fondo más apropiado para aquel canto que se



despeñaba en sonoras oleadas por las ojivas, repercutiéndose y engruesando con el eco de las capillas. El templo parecía hecho para aquel salmo, para aquella temerosa invocación, ó que la música había sido inspirada por aquella severa obra. El espíritu católico, el génesis de la Edad Media veíase impreso en aquellos sillares, cual misteriosa y simbólica inscripción que hablara á la fe y al arte que con poderoso aliento levantó pueblos y templos, orando al concebir, creyendo al ejecutar, y elevándose en aras de la religión, rematar con la cruz las caladas agujas de las catedrales, cual símbolo de fe y de esperanza.

Envueltos en aquella atmósfera de fe, de arte y armonía continuamos examinando la famosa iglesia, y en sus capillas hallamos cinco hermosos retablos góticos de muy puro estilo, y encanto de quien los contempla; son obras de mérito, y mejor se pudieran apreciar si mejor luz las iluminara. En otra capilla encontramos el sepulcro del obispo D. Diego de Monreal, que lo fué de Huesca y el cual falleció en el año 1607, según reza su epitafio. Este sepulcro es magnífico en su género por lo bien esculpido, pensamiento feliz y delicada ejecución.

El retablo del altar mayor, en madera dorada, simula al del Pilar, que ligeramente vimos, y el cual examinaremos y estudiaremos con la detención que tan rica obra merece. Desde ahora afirmo que se nota una marcada diferencia entre éste y el del Pilar, señalándose desde luego algo de cansancio y como decaimiento en la composición. No obstante, el fondo sobre que destaca es más apropiado al estilo que el fondo sobrio que resalta el de la catedral. Es obra de Damián Forment, que tan hermosas nos legó, pero en cuya obra nótase ya la influencia que se ejercía sobre el puro ojival. Describámole, al propio tiempo que le examinamos por partes; seis relieves lleva en su basamento con representaciones de la pasión del Señor. Otros cuatro en el cuerpo principal, representando pasajes de la vida de San Pablo, que ocupa en estatua el punto principal ó central entre éstos. Sobre éstos

tos levántanse otros tantos relieves con representaciones semejantes, y haciéndose notar en tal obra tendencias que indican al plateresco, rematando con un crucifijo de igual estilo. El carácter de este retablo resulta, á pesar de ser obra del modesto y verdadero artífice Forment, algún tanto pesado y como si pretendiese hacer alarde de su riqueza en pináculos, gabletes, marquesinas y demás adornos del ojivo *flamboyant*. Los doseletes y ménsulas sobre que descansa aquella profusión de estatuitas, lo propio que la rica crestería, son del mejor gusto por su delicado detalle, pero pierden la primitiva sencillez para acercarse al plateresco. Sea como quiera, dicho altar es precioso en su ejecución, y encierra detalles y adornos bastantes para con ellos formar dos preciosos y elegantes retablos; su vista agrada, no cansa, pero, como decimos, véñse en él los suspiros de un arte que desaparece empujado por otro de más rico aspecto, ya que no más puro ni inspirado.

Examinando en una antigua capilla en los pies de la iglesia, y en la cual había un altar adornado con espejillos en las arquivoltas de sus arcos, nos hallábamnos, cuando un apergaminado sacristán, con un aspecto curialesco, y el cual hacía tiempo que andaba rodando por las capillas que examinábamnos, así como si quisiera acercársenos y temiese, se dirigió á mí preguntándome si queríamos ver unas momias. Como es de presumir, aceptamos la invitación y, penetrando en una sacristía contigua, encendió unas velas y nos las repartió.

En tanto, acordábame yo del cementerio de San Sebastián en las catacumbas, y del monje que nos dió las velas para caminar por aquellas galerías. Abrió una ferrada puerta que nos lanzó una bocanada de aire frío y húmedo, aire de subterráneo; por aquella puerta se veía una escalera que se perdía en la sombra. Descendimos algunas gradas y nos hallamos en un espacioso abovedado y en cuyas paredes se veían inscripciones con oscuros nombres y año de su fallecimiento. Atravesamos una puertecilla y por un corredor entramos en otro pe-

queño espacio, en uno de los ángulos, puestas en pie, se veían las dos apergaminadas momias. Creí si serían de algunos personajes de digna recordación, pero nada se sabe; se sacaron de unas sepulturas del templo, tal vez en la reforma de algún enterramiento, y allí están expuestas, para servir aquellas momias de *momio* al sacristán que las enseña. Aquellos dos cuerpos, de hombre y mujer, sean quienes fueren, me inspiraron compasión, pues que ni aun la paz y el sosiego del sepulcro los ha sido dable el gozar. ¡Y con qué desapacible sonido resonaban aquellos vacíos pechos y secas carnes! ¿No habéis oído redoblar los dedos sobre un cartón? Pues un tan desapacible sonido producían al tocarlos con las conteras de los cirios. Aquella mujer, cuyo pecho tal vez fuera un encendido volcán de cariño, estaba seca, vacía como un horadado tronco, y aquel hombre, que tal vez sería el temor de un barrio, sufría ahora, seco y envarado como un maniquí, el manoseo de los curiosos y tal vez alguna pulla no muy propia del lugar ni de lo respetable que es siempre un cadáver.

Hé aquí cómo el cuerpo humano, que la de servir de abono a la madre tierra, puede también convertirse en materia explotable para el hombre, enseñándose a sí propio en estado de pergamino. Subimos de aquel panteón, y después de saludarnos *graciosamente* el sacristán, salimos del templo y tornamos a la ventura por aquellas, calles, con la seguridad de que a algún punto conocido llegaríamos. El sol comenzaba a dejar caer sus rayos, que si no quemaban, no eran por lo menos muy agradables. Aquellas calles estrechas, pobres, de mezquinas casas que oían a agricultor, carros en los portales, arados que llevaban robustas mulas, ropas tendidas en los balcones de madera y en las ventanas, tremendos canales, desconchadas paredes, mujeres peinándose en las puertas de las casas, chiquillos en camisa y pacientes canes durmiendo junto a los banquillos de las casas, el empedrado desigual y sucio el pavimento, polvo, luz, ambiente, gritos, cantos y voces, formaban un conjunto

tan ameno, tan especial, con un carácter tan propio, tal colorido, vida y movimiento, que no podía confundirse con ningún otro país; era aquello tan español, tan meridional como aquel sol deslumbrador que abrasaba con calientes tonos, con fuerte colorido; aquel escenario que rebosaba el patrio entusiasmo, cual si escucháramos los apasionados acordes de la arábica jota.....

Y con esto, y acortando el camino de la fonda que a voz en grito pedían nuestras mezquinas naturalezas, que no se encantaban con aquellas bellezas, dimos por terminada la mañana.

No hemos empleado mal la tarde: después de nuestra cotidiana visita al Suizo, en el cual se toma excelente café, y de la lectura de los periódicos madrileños, acordamos visitar lo primero la famosa Torre Nueva, la cual tiene de *nueva* tan sólo el nombre, pues que ya creo que en verdad será algo pasada de este nombre después de contar de existencia trescientos setenta y seis años—salvo error de suma,—y que si hubiera de bautizarla con algún nuevo nombre, dudaría entre llamarla la *torre de la esbeltez* ó de la *belleza*. Sólo por incidencia al atrevesar alguna esquina la habíamos visto por su parte superior, y aun cuando la conocíamos por la hermosa reproducción en metal que posee el Museo Arqueológico de la Corte, hay no obstante la inmensa diferencia entre contemplar una buena copia de Rafael y el original. En demanda de ella nos dirigimos, atravesando la elegante calle de Alfonso I, tan simpática como elegante y con un gran parecido á la del Príncipe en Madrid. Desde ella atravesamos á la plazuela de San Felipe, en cuyo centro se levanta su ligera é inclinada mole, y como amenazando á la menguada iglesia de San Felipe. Su plazuela encierra también carácter en reducido ámbito y tiene detalles que la embellecen. Desde el punto en que estamos contemplando la inclinada mole, tiene ésta por fondo un anti-

guo, caserón de orlado alero y severa fachada con enormes balcones.

Esta torre fué construida en el año 1504, por acuerdo de los Jurados de la ciudad, con objeto de instalar en ella el reloj público y cuya campana se oyera de la ciudad toda. Encomendóse la obra al maestro Gabriel Gombao, cuya competencia ya conocemos, asociado de Juan Sariñena, el israelita Inca de Gali, y los alarifes moros Ezmel Ballabar y el maestro Monfeniz. Extraña mezcolanza de cristianos, moros é israelitas, que si contrarios en creencias, anduvieron unánimes en cuanto al sentimiento estético de la combinación de los estilos. A los quince meses de comenzada la obra levantábase ya orgullosa, con sus innumerables bellezas en medio de la plazuela; gentil, erguida y primorosa con sus trescientos pies de altura ó de ochenta y cuatro metros, si bien en 1860 se rebajó su altura, por haberle quitado el chapitel, temiendo su desplome á causa de su desviación de la perpendicular en dos metros cincuenta centímetros.

La fábrica de esta joya del arte es sin duda el monumento zaragozano que reúne circunstancias más características. ¿Quién comprende á Zaragoza sin la *Torre Nueva*, ni á Sevilla sin la Giralda, ni á Granada sin la Torre de la Vela? La Torre Nueva puede decirse que compendia como mudo testigo la historia de la ciudad en la época moderna. Ella ha oído los motines de Antonio Pérez, su campana ha sonado en faustos acontecimientos y por nuestras victorias en Flandes y en Italia. Ella ha visto pasar silbando por junto á sus muros los proyectiles de las baterías francesas en sus heroicos sitios. Su artística mole ha reflejado los incendios de la ciudad en aquellos terribles días, y por último, desde su secular asiento ha visto luchar á sus hijos en enconadas y sangrientas luchas fratricidas: por eso decía que aquel tubo de piedra ha sido como la piedra miliaria que señala la época de la moderna historia de la ciudad. Su hermosa y atrevida factura es una página convincente del estado de adelanto de nuestras artes y de la cultura de los

maestros que con tal atrevimiento la levantaron, separándose de las leyes de la gravedad.

Inclinóse la en tres distintas direcciones; causa espanto ver desviarse de la recta tan encantador conjunto, y ha sido y continúa siendo objeto de temor para muchos que sueñan con su desplome. El aspecto general no puede ser de más depurado y gusto; más que una construcción de utilidad, parece un monumento levantado para perpetuar la unión del gótico con el árabe en armónica combinación; pero tan bien amalgamado, con tal sentimiento artístico, que más parece un solo cuerpo que dos estilos tan antitéticos y contrarios. Octógona es su planta, siendo macizo su primer cuerpo hasta el primer piso ó compartimento en donde rompe la aquella forma, trazando ángulos reentrantes y dando la forma, vista su planta, de una estrella de ocho puntas grandes y otras tantas pequeñas. El cuerpo superior es también de forma octógona; es liso en su primer cuerpo y formando ventanas el tercero, aunque sólo acusadas, y en él se desenvuelve un friso de arcos góticos á los cuales corona una ancha cornisa de ladrillo que forma un emparrillado oblicuo con sus resaltes. Desde allí en adelante toma nuevamente la forma octógona, flanqueando este cuerpo por torrecillas estriadas y con ventanales ojivos, abocinadas sus arquivoltas, y en una de ellas campea la muestra del reloj, cortando este cuerpo una lindísima ojival de ventanas treboladas y una brillante faja de esmaltados azulejos que lanzan chispas al reverberar los rayos del sol con los cambiantes de sus vivos colores. Un rico pedestal sustenta el tercer cuerpo con ojivas menores, flanqueadas de elegantes torrecillas que, combinadas con las de los ángulos, forman un hermoso conjunto, y quiebran en diez y seis planos el cuarto cuerpo, al que reviste uno precioso de dibujos arábigos que simulan una rizada gola de pardo encaje. Ocho arcos forman la salida á otros tantos balcones que se desenvuelven siguiendo el trazado de la planta de este cuerpo. Más arriba se levanta el campanil, con la

de las horas y otra más pequeña para los cuartos. Emprendimos la subida de las doscientas sesenta gradas hasta la plataforma del balcón. El aire que se respira en aquella altura es fresco y saturado con los aromas del campo y del Moncayo, pues de aquella parte soplaban y pasaba por aquella galería, chocando con las columnitas de las ventanas y escapando con grato murmullo. La tarde era espléndida; sólo algunas blancas nubes, con ese avellonado de los vapores que indican el otoño, se veían coronando la erguida cima del Moncayo y algunos otros más lejanos montes. El resto del horizonte se veía limpio y con ese intenso azul que sólo se ve en Madrid y en los serenos días. El campo reverberaba los rayos del sol en su lujuriosa vegetación, llena de opulenta riqueza, y el oscuro verdor del arbolado suavizaba los tonos más fuertes y duros del paisaje, dándole una dulce combinación de tintas que llenaba el alma de intenso placer, admirando la obra del Supremo Factor de tan encantados paisajes. El Ebro, el histórico río, besando con respetuoso cariño los cimientos del Pilar, corría mansamente á derramar la riqueza de sus fecundas aguas por sus amenas y encantadoras riberas. Desenvolviéndose en amplias curvas, después de su majestuosa marcha, va á morir á la sombra de los pacíficos olivos junto á Tortosa. Por el Suroeste, el Hueba viene, después de penetrar por junto á la ciudad, á dar al viejo río su contingente, lo propio que el alborotado Gállego, que en ocasiones, al par que siembra la riqueza, encierra muchas veces la desolación y el luto con sus crecidas. Hacia el Oeste, Torrero con su iglesia se recorta lindamente en el azul del cielo, y con su pedestal de verdura semejaba un inmenso almohadón sobre el que se recostaba la ciudad. Por debajo de nosotros el confuso tropel de las casas que, amontonadas, parecían querer asaltar la torre; y como centinelas que la guardan, las torres de San Pablo, San Miguel, La Seo, San Gil y las del Pilar, parecían formar círculo para dejarla al centro como eje de aquel encantado panorama, y sólo com-

parable al que desde el cerro de San Miguel ó Campo de los Mártires se contempla en la soñadora y hermosa Granada. Nuestra vista recorría ansiosa el perímetro de la ciudad, viendo cruzar el espacio bandadas de domésticas palomas y oyendo el escandaloso piar de los gorriones, el melancólico canto de la golondrina y escuchando el sordo rumor de los carruajes que se dirigían al paseo, el estridente silbato de las locomotoras y el acompasado sonar de las campanas, ruidos todos que en confusa armonía se levantaban del agitado movimiento de la población.

Dando vuelta á la galería, vinimos á asomarnos en el balcón que cae sobre el desnivel; asomarnos y aferrar con ambas manos á los hierros del balcón, fué instantáneo. Un vértigo se apoderó de mi cuerpo: aquello es espantoso, aterrador. Soñando, ¿no os habéis sentido caer como flotando en el espacio, con esa vaguedad incomprendible, y con movimiento convulso y agitado os agarráis á los almohadones? Pues un efecto semejante produce el contemplar el vacío bajo vuestros pies desde aquella altura de ochenta metros, y nuestra vista se desvanece y sentís rebotar vuestro cuerpo sobre el tejado de las inmediatas casas, para estrellarse con feroz estampido sobre el empedrado de la plaza. Y no obstante, con pena os separáis de aquel balconcillo: tiene tal atracción el vacío, seduce tanto el peligro! Dos veces más nos asomamos, y siempre la convulsa impresión se reproducía al vernos realmente suspendidos sobre el abismo.

Por fin descendimos, y aún desde la plazoleta contemplábamos con pasión y atractivo el vertiginoso balconcillo suspendido sobre aquella filigrana de ladrillo digna de ser conservada bajo un fanal como maravillosa obra del ingenio y sentimiento artístico del hombre.

El resto de la tarde lo hemos invertido paseando por las calles, especialmente por la de Alfonso I y el Coso, y viendo elegantes niñas que iban y venían al Pilar, acompañadas de sus mamás y galanes de *chaquet* y de



hongo, uniforme nacional del día, y al contemplar aquellas escenas, que lo mismo en Zaragoza, en Barcelona, en Valladolid ó Granada, me hacían pensar en el eterno drama del mundo: amor, paseos, celos, cartas, miradas y promesas que ora terminaban en el altar, para venir á hacer, pasados algunos años, los papeles de *barba* en otros dramas que reproducirían las mismas escenas, sin cansancio del público. Es más, en mi ilusión creía ver en algunas de aquellas hermosas *mamás*, hoy gruesas y satisfechas, algunas de aquellas soñadoras beldades que recibían nuestro culto entre las lecciones del *jus utendi*, ó los enrevesados conceptos de la metafísica, y que después, por las vicisitudes del mundo, cada uno habíamos tomado rumbos distintos, llevando el viento promesas de nuestro eterno amor en busca de nuestra verdadera media naranja. ¡Y qué satisfechas llevaban por delante á sus hermosas hijas, y como diciendo, al mismo tiempo que miraban á sus esposos: “¡Ved ahí unos pimpollos que labrarán la dicha de vosotros, de la misma manera que yo he dulcificado la existencia de este hombre, á quien entregué alma y cuerpo para fundir mi cariño en su dicha y aun á trueque de mi existencia!”, Esto no sé si lo dirían, pero lo presumo: la mujer no tiene en su corazón más fe que el amor y el sacrificio, y su dicha y felicidad es sufrir con amor, para el amor y por el amor, y todo cuanto piense de ella para ensalzar su espiritualismo no me parece le ha de ser ofensivo en quien, á más de admirarla siempre, la venera y la respeta.

Y con esto, y con que la hora de refectorio pupilero llegaba, y que las tiendas encendían *sus luces*, y hasta los gansos se alegraban con aquella vida nocturna, dimos fin al día, encaminándonos á la calle del gran Jaime I en busca del bueno y simpático de Fortis, que nos trataba como sabe hacerlo y acreditado lo tiene.

J. CASAÑ.  
(Se continuará.)



que a sus obras literarias la fama conseguida, lo cual expli-  
ca en parte que, contra lo ordinario, su notoriedad en vida  
haya superado a la que les ha cabido después de su muerte.  
«¿A que no hay en Madrid una docena de personas que  
recuerden este nombre, que ha sido, sin embargo, muy popu-  
lar?»

## ACONTECIMIENTOS LITERARIOS

1889

### D. ANTONIO ARNAO Y D. ANTONIO DE TRUEBA

Fallecidos, el primero en Madrid el 4 de Febrero y el segundo en Bilbao el 10 de Marzo.

Menos encomiador el círculo en que actuaba, algo análogo ha  
acontecido con Arnao, y, aparte de las veledades sociales, he  
Mal año, el que transcurre, para los Antonios de nuestra  
literatura, nombre que estadísticamente ocupa en ella el ter-  
cer lugar después de los Manueles y Josés (1). Arnao y  
Trueba, que lo llevaban, han desaparecido de entre nosotros  
casi a un tiempo mismo; juntos nacieron a la vida de las  
letras, y formaron en uno de esos corros semibohemios que  
ya no se estilan, en que los activos arrastraban a los tardíos  
en su carrera, y en que un mismo flúido parecía animar a  
todos, transmitiéndose por modo hipnótico, como en las me-  
sas rotatorias, que a la sazón estaban en su apogeo.

Arnao y Trueba se conocieron y se apreciaron, dándose  
el cariñoso nombre de hermanos; dedicáronse sendas poe-  
sías, animándose mutuamente en sus trabajos primeros. No  
fuera difícil formar con ellos un paralelo, aunque imposible

uso.—la Parfrasis de las Siete Palabras, de clásico sabor y  
reveladora de su fe acendrada. Trouas castellanas, editadas por

(1) Manueles: Quintana, Cabanyes, Milá y Fontanals, Revilla, Fernández  
y González, Tamayo, Cañete, Palacio, Silvela, Reina, etc.

Josés: Espronceda, Heredia, Selgas, Zorrilla, Echegaray, Castro y Serrano,  
Velarde, F. Bremón, Marco, etc. (1)

una verdadera conjunción: uno y otro se separaron del gusto dominante, tendiendo aquél al clasicismo ya pasado, éste al naturalismo venidero; en uno y otro el hombre fué superior al poeta, debiendo más á su carácter y morales condiciones que á sus obras literarias la fama conseguida, lo cual explica en parte que, contra lo ordinario, su notoriedad en vida haya superado á la que les ha cabido después de su muerte.

«¿Á que no hay en Madrid una docena de personas que recuerden este nombre, que ha sido, sin embargo, muy popular?» Así comienza, hablando del excronista de Bilbao, uno de sus distinguidos compañeros, y por más que estimemos exagerada la frase, que, no una docena, sino algunas gruesas recuerdan con reverencia y cariño á Antón el de los *Cantares* y el de los *Cuentos de color de rosa*, es lo cierto que el aura popular que le rodeó en sus tiempos primeros se ha aquietado y enrarecido notablemente (1).

Si bien no con tanta diferencia, por ser más reducido y menos encomiador el círculo en que actuaba, algo análogo ha acontecido con Arnao, y, aparte de las veleidades sociales, he de tratar en el presente estudio de las causas determinantes de tal fenómeno, con lo cual reseñaré al propio tiempo la vida literaria de ambos poetas, comenzando por Antonio Arnao, el primero llamado á juicio.

Nacido en Murcia, y allí educado, dióse á conocer en 1850 — cuando contaba veinticuatro años de edad — con el libro *Himnos y Quejas*, al cual puso cariñoso prólogo su paisano y amigo D. José Selgas, y fué además elogiado en *El Heraldo* por el ya entonces célebre crítico D. Manuel Cañete, uno de los más activos protectores de Arnao. Entregó con posterioridad á la pública luz diversas colecciones de poesías, entre ellas las que tituló *Melancolías* y *Ecós del Tader*, una novela en verso con prólogo de Hartzenbusch, *El Caidillo de los Ciento* — de argumento sencillo, contra lo que entonces era uso, — la *Paráfrasis de las Siete Palabras*, de clásico sabor y reveladora de su fe acendrada, *Trovas castellanas*, editadas por la casa Navarro y Medina; *Gotas de Rocío*, y *Un ramo de*

(1) «Trueba y sus amigos,» por D. Vicente Barrantes. — *España Moderna*.

*pensamientos*, colección de afiligranados sonetos, además de haber acudido al certamen abierto por la Academia Española con ocasión de nuestros triunfos guerreros en África, donde sus redondeadas octavas fueron pospuestas á las imágenes *drabólicas* de Cervino, aunque después indirectamente la Corporación corrigió el error, llamándole en 5 de Diciembre de 1872 al desempeño de sus tareas.

Con prontitud no común tomaba posesión en 30 del siguiente Marzo de la silla que ocupó otro Antonio (1), desarrollando el tema «El drama lírico español y la excelencia de la lengua castellana como elemento musical,» pues la *ópera española* fué uno de sus ideales, su ensueño más persistente, la diosa en cuyas aras sacrificó la mayor parte de su poética inspiración.

Predicando con el ejemplo, dióse á escribir dramas líricos: de su pluma brotaron *Las Naves de Cortés*, *La muerte de Garcilaso*, *La hija de Jefe*, *La Gitanilla*, *Pelayo*, *Don Rodrigo*, *Guzmán el Bueno*, á que pusieron notas musicales nuestros más afamados compositores, y en sus poesías comenzó á dominar el ritmo sobre la idea, la letra rindiéndose á la música, pero no con la grandiosidad mixta á lo Wagner, sino con detalle tocando en pueril y siempre en artificioso.

Produce el ritmo el cansancio y casi la somnolencia del columpio; diríase que recrea tanto el oído que no deja que las sensaciones sigan su curso hasta el cerebro, y aun cuando esto no es fisiológicamente exacto, lo es que con su acompasado vaivén la imaginación se aquieta, sin exigir pasto más sabroso y delicado.

Según Spencer, economiza atención y energía además de reproducir el acento apasionado; pero Arnao ha sentido y trabajado casi únicamente en él la parte musical, no la psíquica ó de relación.

Resalta, examinando sus versos, el ritmo en las sílabas, y además el ritmo en las ideas; parecen éstas recortadas á tijera como árboles de parterre, de modo que no sobresalga ninguna, produciendo enervante uniformidad; si pudieran

(1) Ferrer del Río, fallecido en 22 de Agosto de 1872.

pesarse los versos en lo tocante á su fondo de tan fácil manera como puede medirse su longitud ó número silábico, los del poeta español, cuyas obras son nuestro actual objeto, se hallarian todos ellos de tan escasa diferencia, que no fuera necesario añadidura para que valieran lo mismo unos que otros.

La ópera española, si algún día llega á verse sentada en el trono patrio y es agradacida, pondrá el nombre de Arnao en los frisos de su templo; pero, en mi humilde concepto, este culto ha influido desfavorablemente en sus obras poéticas: la música de los sonidos, la preparación de pasta para los compositores le llevó á no dar su valor verdadero á la gran música de las ideas, y el poeta, en lugar de crecer, se mantuvo á la misma altura que en la época de sus primeras manifestaciones, sin la melancolía que mucho las avaloraba.

Á Arnao, creyente apacible, le faltó éxtasis para elevarse á místico, aunque poseía la dicción de los mejores entre los maestros; tenía la frialdad clásica del mármol heleno, y los místicos son románticos á su modo por la exageración de sus conceptos y el arrebató de sus imágenes; sus poesías eran un producto natural suyo, hijos que se parecían extraordinariamente á su padre y perpetuarán sus bellísimas condiciones, en ellos fielmente reproducidas.

Nunca ocioso, deja cuatro libros inéditos con los títulos de *Odas y Baladas*, *Sonar despierto*, *Luces entre tinieblas* y *Seis romances legendarios*, aparte de una comedia, *La Visionaria*, y de traducciones varias de poetas clásicos latinos.

En el cementerio de San Justo de esta Corte descansa en paz. Allí fué transportado en la terrible mañana del 5 de Febrero, sin que lo desapacible de la atmósfera disminuyera el fúnebre cortejo.

Las flores de ante las tumbas, empujadas por el viento, diríase que se desprendían para recibir al que les había dedicado sentidas endechas, y en remolino rodeaban su féretro, crujiendo lastimosamente. Aunque poco aficionado á ver cadáveres, pues prefiero conservar de mis amigos la impresión *dinámica*, me acerqué cuando levantaron la tapa: al rosáceo color de su rostro había sustituido la muerte un blanco mate,

distinto, sin embargo, del de su hermosa y correcta barba; vestía traje de mercedario, y conservaba en su fisonomía, apenas alterada por la guadaña destructora, aquel sello de bondad, reflejo de la de su alma, que era su principal y más cariñoso encanto.

Antonio de Trueba no es igual en literatura á Antonio Arnao: es mejor ó peor; tiene obras que encantan y obras llenas de insulseces añidadas; fué en literatura asombrosamente dócil, esclavo del medio ambiente, como ahora da en decirse, llegó á ser *regionalista* madrileño á pesar de su devoción á la tierra natal, describiendo con más verdad las costumbres ajenas que las propias, en la pintura de las cuales el cariño le condujo al extravío en no pocas ocasiones.

Nacido en Montellano en 1821, lugar de las Encartaciones de Vizcaya (con V ó con B, á elección del lector), demostró durante su vida un singular afecto al país en que pasó la niñez y la juventud temprana, estimando como la más agradable recompensa de sus servicios el destino de Cronista y Archivero del Señorío, que le permitió pisarlo de nuevo y morir tranquilamente en él.

El hogar paterno es santo,  
 porque allí la patria empieza,  
 y allí primero se ama,  
 y allí primero se reza,

ha dicho en su forma peculiar, demostrando más de una vez que su *nostalgia* no era, como en otros, un tema poético explotable, sino una sentidísima verdad, con influjo grande en su existencia.

Mas es lo cierto que Trueba no fue poeta vascongado; la rudeza de su idioma, estacionado desde larga fecha, y falto, por tanto, de la expresión de matices de los modernos sentimientos, no convenia á su carácter psicológico, á su sencillez femenil, distinta de la simplicidad y entusiasmo bélicos, y no sólo no escribió en su lengua, poco en uso en las Encar-

taciones, pero ni siquiera en el genio de ella con palabras de otra, como hemos visto en escritores extranjeros, como Heine, y en nacionales, como Manuel Cabanyes.

Su composición *La musa indignada* puede servir de comprobante de lo que decimos, la cual en nada se parece, y era ocasión de mostrar puntos de contacto y resurrecciones con los célebres Altabicaren cantúa, en que se desarraigan peñas, al ladrido de los perros, mientras se aguzan dardos, para caer sobre los enemigos, uno, dos, tres, veinte, ciento, imposibles de cantar, y luego facilísimos ciento, veinte, cuatro, tres, dos, uno, ninguno.

En cambio, tiene romances preciosos, imitación de los que se cantan en Madrid, entre ellos el titulado *Isabel la Católica*, hermano, por el parecido, de uno de los favoritos de las niñas que juegan en el Prado, en que hay tantos anacronismos como bellezas, y en el cual también figura una Isabel.

Trueba, sin Madrid, hubiera sido ó poco ó nada; díganlo sus novelas históricas *El Cid Campeador*, *Las hijas del Cid* y su primera poesía en 1845 á la torre de Loizaya; sin haber vivido en la calle de Toledo núm. 81, ferretería de Quintana, siendo el secretario aconsejador de la gente iliterata de tan característico barrio, no hubiera encontrado la clave de su popularidad, ni forma en que vaciar su sencillez delicada.

Según leo en un artículo-carta que publicó en *La Ilustración Española y Americana* de 22 de Noviembre de 1875, nuestro escritor atribuye el cambio de gusto que llegó á sentir—lo cual demuestra que no fué evolutivo, sino súbito,—á la lectura de las poesías de Rubió y Ors; mas lo que á mi entender aprendió, saboreando las obras de Lo Gaiter del Llobregat, fué la existencia de otros géneros además del que cultivaban á la sazón Larrañaga, Zorrilla y Tassara, y que tan mal se compadecía con su carácter y con sus inclinaciones inexpresadas en aquella fecha.

Las poesías de Rubió y las de Trueba no se parecen entre sí, pero tienen una notable semejanza: la de no parecerse á las demás coetáneas; á uno y á otro les cupo la gloria, aunque no crearon género, de iniciar y de cultivar con

suerte un renacimiento, arrojando valerosamente molde gastadísimos y antinaturales.

La fama de Trueba deriva de *El libro de los cantares*; la candidez de aquel prólogo, que comienza: «El pueblo es un gran poeta, porque posee en alto grado el sentimiento, que en mi concepto es el alma de la poesía», causó una revolución al aparecer entre el abigarrado convencionalismo, y la forma cursi que dominaba por entero. *El libro de los cantares* fué una especie de Quijote antirromántico; detuvo y puso en fuga y en ridículo una corriente malsana que en frecuentes inundaciones llenaba de légamo las márgenes en que antiguamente brotaron flores espontáneas, producto legítimo de nuestra tierra.

Hoy que el regionalismo literario empieza á prevalecer y á tener adeptos, pues significa verdad é intimidad, dos bellísimas y fecundas cualidades, me complazco en presentar á Trueba como escritor regionalista, más puro en poesía que en prosa, en que no supo desprenderse de la exageración romántica, tomada á su manera, ni sobreponerse á los efectos de la nostalgia, que son los de un engañador espejismo, que al contacto ó á las cercanías desaparece casi por completo, y es además esencialmente personal, sin que consiga interesar subjetivamente á los restantes, si no le acompañan dotes artísticas.

Queda que explicar la causa ó causas, análogamente á lo que hemos intentado respecto á Arnao, del descenso literario de Trueba, y de que su fama decrecida aquí, háyase conservado no obstante á grande altura en el extranjero, especialmente allende los mares.

Punto es éste interesantísimo, dentro de la crítica moderna, que á la ligera vamos á tratar, no renunciando á hacerlo con mayor extensión y más copia de datos en estudio aparte.

El dato que Hannequin recomienda muchísimo para venir en pleno conocimiento de un escritor, es el del número de libros que vende, no *ha lugar* en España, donde la mejor obrita no da para un vestido de señora, según frase del padre de Pepita Jiménez, y donde los autores regalan los li-



bros para que el obsequio les diga, pasados algunos meses: «ya recibí aquello; no lo he leído, pero lo leeré.» Prueba constituye excepción; ocho ediciones se hicieron de *El libro de los cantares*; ignoro cuántas, pero muchas han sido, de *Zos cuentos de color de rosa*, y las prensas alemanas, abusando de la bondad del autor y de la maldad y deficiencia de nuestras leyes, tratados y costumbres editoriales, han inundado las Américas hispanas de libros de nuestro insigne contemporáneo, suficientes á labrarle una fortuna.

No ha sucedido lo mismo en España; sajaronse sus primeros laureles sin conseguir reemplazo; ni los libros, que tanto gustaron, sostienen su renombre, ni los posteriormente escritos encierran el valor intrínseco de aquéllos; ha habido cambio en el autor y más aún en los lectores.

La tan atractiva sencillez de los escritos de Trueba fue, por los efectos del aplauso, pasando á la simplicidad y la sencillez; su modestia, de puro cácarada, tocóse en la modestia; sobran ejemplos de lo primero en descripciones de su tierra, que parecen paisajes de abanico, sin contacto apenas con la realidad, que tan magistralmente ha sabido pintar, si apadrinado primero y luego su maestro, D. José María de Pereda; de lo segundo, lea quien quiera, que yo no pude pasar de la introducción, el cuento en que, no llevando Trueba cédula de vecindad, bastóle decir su nombre á una pareja ambulante de la Guardia civil, para que éstos se entusiasmaran, pidiéndole, eso sí, que les contara un cuento como garantía de su palabra y como reemplazo de documento oficial.

Que el gusto del público ha variado en gran manera al influjo de las corrientes naturalistas, no hay para qué mentarlo; pero queda en pie la explicación más difícil, la de la diferencia del aprecio en que le tienen sus contemporáneos de acá, quienes ni aun después de muerto le han dedicado una mala calleja—obsequio tan económico como el vulgarizado nombramiento de hijo adoptivo,—y los de allá que le regalan casas; entre los españoles en general, que, excepción hecha del elemento femenino, apenas leen sus obras, y los extranjeros, que las toman por las únicas que producimos, devorándolas con avidez.

Cuando apareció Trueba el folk-lorismo era desconocido; las coplas populares figuraban sólo en pequeñas colecciones, como las de Don Preciso y las costumbres de cierta clase social, hoy hasta endiosadas, no llamaban *mayormente* la atención de nadie; día llegará en que se haga justicia á su trabajo de iniciativa, y reconociendo que los géneros literarios tienen, como los organismos y como todas las cosas sujetas á variación, su origen, desarrollo y acabamiento (1), se comprenda que á nuestro autor le tocó en suerte la *infancia*, y se le perdonen los *enfantillages* propios y convencionales en que incurrió, y que hoy, vistos á plena luz, nos parecen inadmisibles; mas el mismo desconocimiento de todo lo genuinamente popular, hizo que se tomara por de Trueba lo que no era ordinariamente más que una dilución ó paráfrasis de bellezas populares.

Confieso paladinamente que tal efecto fué el que produjeron en mí sus obras primerizas, con especialidad *El Libro de los cantares*, cuya segunda edición, publicada como folletín por el *Diario de Barcelona*, cayó en mis manos entonces infantiles; con qué entusiasmo, yo, que estaba aprendiendo el castellano, pues mi nativa lengua fué la catalana, leía cantares tan diversos como:

Fueron mis ilusiones  
flores de almendro,  
que nacieron temprano,  
murieron presto;

poemático por sí sólo, que no admite, antes rechaza, aderezo, y el de

ni el Padre Santo de Roma  
hiciera lo que yo he hecho

atribuyéndolos bonitamente á quien únicamente había pues-

(1) A este propósito nos viene á la memoria un estudio moderno sobre los torrentes, en que se demuestra su nacimiento, su vida y su muerte, y los medios de apresurar su anonadamiento y de destruir sus efectos.

to cabos al primero y variado del segundo los dos últimos versos, que dicen en realidad:

dormir contigo en la cama  
y no tocarte ni un pelo,

por otros ciertamente no tan expresivos ni tan buenos, aunque más en número y más decorosos.

Pocos años después, recorriendo verbenas y romerías aprecié en su justo valor el trabajo de Antón el de los Cantares, separé las perlas de las conchas, y celebrando su obra de asimilación y de imitación notable en algunos casos, comprendí que el desconocimiento público de la poesía popular le había elevado sobremanera, y que la misma afición por él creada, había de hacerle bajar presto del pedestal; para los extranjeros, la confusión sigue; ven españolismo en sus obras, y un golpe de verdad que no pueden aquilatar, cuya exageración misma les seduce, como las ropas toreras y los toneos flamencos.

Tal es mi franca opinión, que se separa de las corrientes, y que apoyo con decir que he oído en boca del verdadero pueblo cantares de Augusto Ferrán, cantares de Ventura Ruiz Aguilera y de otros, pero de Trueba ninguno, á pesar de la popularidad que tuvo á mediados del siglo entre la clase baja, porque aquellos poetas supieron crear, sintetizar emociones, y éste se limitó á diluir en forma muy propia de los tiempos primitivos de la lengua castellana—época del *Romancero*,—pero en desacuerdo con la vaguedad evocadora y con la concisión característica de la poesía popular en estos últimos siglos.

En cuanto á la prosa, el género anduvo más que él, y le dejó atrás: como suele acontecer á los iniciadores y primeros accionistas, se arruinó para hacer el caldo gordo á otros, que hoy apenas se acuerdan de él; también la fábula de las gallinas tendría aquí su tantico de aplicación.

#### MELCHOR DE PALAU.

(1) A este propósito nos viene á la memoria un estudio moderno sobre los torrentes, en que se demuestra su nacimiento, su vida y su muerte, y los medios de destruir sus efectos.



nos había sugerido, ó sea cual de las tres causas indicadas  
había movido al Sr. Valbuena á no mencionar en su artículo  
al cuerpo de topógrafos, nos indujo á buscar la historia de  
este cuerpo, á comparar su presente con su pasado, á estu-  
diar la necesidad de su creación, á examinar sus similitudes  
del extranjero y á deducir por último qué utilidad reporta al  
país su sostenimiento. Al hacer este estudio, nuestros curio-  
sidad nos

## EL INSTITUTO GEOGRÁFICO Y ESTADÍSTICO

capta ya la menor duda; el Sr. Valbuena ha de publicar  
otro artículo más interesante que el anterior, haciendo  
resaltar lo innecesario de aquel cuerpo, que sólo existe en  
este país, las elevadas categorías y sueldos de su personal.

**A** leer en *La España Moderna* el artículo que,  
con el anterior epígrafe, publica el Sr. Valbuena,  
y en el que tan terribles cargos (que creemos  
muy fundados en gran parte) lanza contra aquel centro del  
Estado, llamó en extremo nuestra atención que, teniendo  
dicho señor palabras de censura para todo el personal del  
Instituto, desde el General Ibáñez hasta el último portamira,  
quedara sólo exento de ellas, como excepción muy honrosa,  
el cuerpo de topógrafos, que es el que en mayoría constituye  
aquel establecimiento. Entonces nos ocurrió pensar que tal  
vez el que suministró al Sr. Valbuena tan preciosas noticias  
pudiera pertenecer á aquel cuerpo, incólume de todo ataque,  
ó que, en efecto, dicho señor lo encontraba libre de toda  
culpa y modelo digno de imitación, en cuyo caso no nos ex-  
plicábamos que, quien tan pródigo andaba de censuras, se  
manifestase tan parco en alabanzas para una corporación  
que, en medio de tanto desbarajuste y desconcierto, no pre-  
sentaba á la crítica ni el más leve defecto; ó por último,  
llegamos á creer si sería tan viciosa y vituperable la consti-  
tución de aquel cuerpo, que el Sr. Valbuena considerara ne-  
cesario un artículo aparte para hacer nuevos cargos, por  
ser sobrados los datos y fundamentos de que dispusiera y  
larga la tela que tenía cortada ya.

Una observación debemos hacer, antes de entrar en mate-

La pícara curiosidad de saber lo que no nos importa, y el pueril afán de resolver el problema que nuestra imaginación nos había sugerido, ó sea cuál de las tres causas indicadas había movido al Sr. Valbuena á no mencionar en su artículo al cuerpo de topógrafos, nos indujo á buscar la historia de este cuerpo, á comparar su presente con su pasado, á estudiar la necesidad de su creación, á examinar sus similares del extranjero y á deducir por último qué utilidad reporta al país su sostenimiento. Al hacer este estudio, nuestra curiosidad quedó satisfecha y complacido nuestro deseo; no nos cabía ya la menor duda; el Sr. Valbuena ha de publicar otro artículo más interesante aún que el anterior, haciendo resaltar lo innecesario de aquel cuerpo, que sólo existe en este país, las elevadas categorías y sueldos de su personal, los escasos resultados del gasto que á la nación impone, y la conveniencia de su supresión por la amortización sucesiva de sus vacantes.

En la seguridad de que, con su reconocida competencia, con su inimitable estilo y su caústica frase, el Sr. Valbuena ha de tratar los mencionados extremos, nos limitaremos por el momento á apuntar algunas ligeras reflexiones que se deducen de la lectura de la «Colección legislativa de estadística» y su comparación con los últimos presupuestos aprobados en Cortes, porque debemos hacer constar que, lejos de descender á personalidades, basamos sólo en documentos oficiales todas nuestras deducciones. Y, antes de continuar, á fuer de justos, debemos hacer una rectificación: la de que, al nombrar el cuerpo de topógrafos, cometemos una falta de propiedad en el lenguaje dando tal denominación sólo al de oficiales de topógrafos, á los cuales únicamente hacemos referencia, si bien, como en los presupuestos aparecen englobadas en el mismo capítulo y artículo las gratificaciones de unos y de otros, habremos de establecer en conjunto la comparación del gasto actual con el que resultaría admitiendo los sueldos y gratificaciones que antes tenían asignados los que hoy constituyen el cuerpo de oficiales de topógrafos.

Una observación debemos hacer, antes de entrar en mate-

ria, al artículo del Sr. Valbuena, y es la falta de exactitud cometida al suponer que el personal de estadística cuesta actualmente 322.300 pesetas, error debido sin duda á haberse acumulado á 313.000 á que asciende su importe las gratificaciones por idiomas que disfrutaban algunos individuos del personal del Instituto (no sólo los de estadística), y la indemnización al depositario de fondos, que tampoco es (de este cuerpo, sino de oficiales topógrafos.

Pero dejemos á un lado, para abreviar, digresiones y rectificaciones que, aunque no huelgan, no hacen de todo un caso, y veamos qué fueron y qué son los oficiales de topógrafos.

Antes de 1870, no existía el cuerpo de topógrafos, sino que sus individuos formaban un personal auxiliar de los trabajos del mapa, dependiente de la Comisión general de estadística, personal que se ocupaba preferentemente en los trabajos catastrales. Varias han sido las denominaciones con que se designaba á estos empleados, tan variables como variable era la situación de sus individuos, hasta que la ley de 5 de Junio de 1859 para la medición del territorio, les creó una más definitiva, pero que ni remotamente cabe comparar con la brillante y espléndida que actualmente disfrutaban. Véase, si no, lo que decía en su art. 37 el Real decreto para la ejecución de la citada ley: «Los destinos de Ayudantes primeros y segundos, *aunque no formarán carrera ó cuerpo especial*, se conservarán á los que los obtuvieron, mientras no desmerezcan por su comportamiento;» y el 44, literalmente copiado, es: «Los Ayudantes primeros y segundos percibirán, además de su sueldo fijo, una *remuneración eventual* correspondiente á la cantidad de trabajo empleado y utilidad producida, según escala que se formará por la Comisión de estadística general.» El decreto estableciendo la Escuela práctica de Ayudantes para la medición del territorio, de 13 de Noviembre del mismo año, preceptúa en su art. 6.º: «Los alumnos que fuesen aprobados, después de la Escuela práctica, saldrán á aspirantes, con la asignación de 5,500 reales anuales; y cuando su conducta y merecimientos los hubieren hecho acreedores á incorporarse á la escala, ingresarán en

la clase de Ayudantes segundos supernumerarios con 6.000 reales de sueldo anual. De allí ascenderán á Ayudantes segundos efectivos, con 8.000 rs., y sucesivamente á Ayudantes primeros, con 10.000.» Por el art. 6.º del Real decreto de 19 de Abril, sobre gratificaciones, se asigna á los Ayudantes, en las operaciones de tercera clase (gran movilidad) 30 rs. diarios. Posteriormente esta gratificación quedó reducida sólo á 160 rs. mensuales.

Hé aquí el pasado de los que hoy, por virtud del Reglamento de 1870, forman á la cabeza del cuerpo de oficiales topógrafos en su categoría de jefes y oficiales primeros. Veamos ahora la situación actual de aquellos empleados, con arreglo al reglamento orgánico del Instituto, de fecha 27 de Abril de 1877. Su art. 21 dice: «El cuerpo de topógrafos dependerá directamente del Director general, y constará de las clases siguientes: jefes de primera clase, de segunda y de tercera, y oficiales primeros, segundos y terceros»; el artículo 23 expresa: «Los sueldos que hayan de disfrutar los individuos del cuerpo de topógrafos, en las diferentes clases, serán los que se señalen en las leyes de presupuestos»; y los que hoy rigen son: 30, 24, 20, 16, 12 y 10.000 rs. El artículo 27 dice: «Todos los individuos del cuerpo de topógrafos gozarán de los abonos y derechos pasivos que establezcan las leyes de presupuestos ó las especiales de clases pasivas vigentes ó que se promulguen en lo sucesivo para los demás funcionarios públicos.» Por último, la Real orden de 7 de Agosto de 1884 señala á los jefes y oficiales de topógrafos una indemnización diaria de 50 rs. para los trabajos de campo y 80 para las inspecciones de trabajos topográficos; además percibe este personal en los trabajos de pequeña movilidad (ó sea ninguna movilidad) una indemnización (no nos explicamos el nombre, porque estando con residencia fija nada hay que indemnizar) de 10 rs. diarios.

Los anteriores datos oficiales nos relevan de toda comparación entre el presente y el pasado de este cuerpo. Una colectividad que no podía constituir *carrera* ó *cuerpo especial*, sin derechos de ninguna clase, con mezquinos y limitados sueldos, con una remuneración señalada según la cantidad

de trabajo y utilidad producida, que más brevemente hubiese podido llamarse *destajo*, llega en poco más de diez años á constituir un cuerpo que se dice facultativo, con pingües haberes, con importantes categorías, con toda clase de derechos y con crecidas indemnizaciones, algunas de ellas prodigias, como la de pequeña movilidad. ¡Qué contraste entre el ayer y el hoy!

Ayer, casi nada fui,  
hoy, una maravilla soy!

Y veamos ahora si se halla justificada tan radical metamorfosis. Aparte de la ilusoria formación y conservación del catastro, desacreditada utopía de ilusos idealistas, el cometido del cuerpo de topógrafos se concreta, como su nombre por raro caso de propiedad indica, á la ejecución de los trabajos topográficos para llegar á tener un mapa de nuestro país. Objeto tan limitado y sencillo, que ni exige conocimientos especiales en sus ejecutores, ni mucho menos la creación de un nuevo cuerpo de funcionarios públicos. El mapa, aunque mucho más remoto de lo que debiera, como lo asegura, y con sobrada razón, el Sr. Valbuena, ha de tener naturalmente fin y término; y una vez llegado este caso, ¿cuál sería el objeto á que se dedicara el cuerpo de topógrafos? Se nos dirá que á la conservación de aquél; pero, admitiendo como cierta la réplica, aunque para conservar el mapa no sea menester, ni mucho menos la existencia de tal cuerpo, ¿no habría necesidad entonces de reducir su personal á número muy escaso? ¿Qué habría de hacerse con el personal sobrante, habiendo ingresado con todos los derechos de que hoy gozan sus individuos? ¿No debe preverse ya este caso? La topografía no es especialidad de ninguna profesión determinada; la tienen, como parte de sus estudios y aplicaciones, los militares, los ingenieros de todas clases y los arquitectos; la formación del mapa no es un servicio permanente sino limitado, y debe además ser breve para que resulte útil; por ello, en vista de estas dos causas, á ninguna nación le ha ocurrido crear un cuerpo de topógrafos para tal objeto, sino que ha utilizado convenientemente los elementos oficiales con



que contaba, y que después había de dedicar á su especial cometido; y asimismo lo entendía nuestro país hasta 1870, empleando al efecto los oficiales facultativos del ejército y los ingenieros civiles, y organizando á sus órdenes un personal auxiliar, que no constituía *cuerpo*, que es el que hoy forma el de topógrafos, con notable aumento de gastos para el Estado, así de presente como para el porvenir.

Lo efímero de la existencia del cuerpo de topógrafos, que á nadie puede ocultarse, preocupa constantemente, á no dudar, á los individuos de él, y á ellos se deben acaso los artículos que con frecuencia aparecen en folletos, revistas y periódicos sobre la conveniencia y necesidad de formar un catastro, base de todas las felicidades del país, según sus panegiristas, porque aumentaría los ingresos del Tesoro, haciendo equitativo su reparto y sirviendo de fundamento á la igualdad ante el impuesto, como tenemos la igualdad ante la ley.

Sobre que ya hemos dicho que el catastro no pasa de una dulce ilusión, á que ya han renunciado todos los países, admitamos que aquí, por ser una excepción, como lo fuimos al crear el cuerpo de topógrafos, nos propusiéramos tener un catastro, en la verdadera acepción de la palabra, y como lo desean los individuos del cuerpo de topógrafos; ¿les correspondería su formación? Evidentemente que no; por derecho legítimo, indiscutible y sagrado pertenecería á los ingenieros agrónomos, que podrían utilizar como auxiliares suyos en sus operaciones, puesto que ya existen, á los topógrafos. Pues qué, ¿acaso basta marcar las lindes y superficie de un terreno para deducir sus condiciones de tributación? ¿No es más esencial conocer la naturaleza de su suelo, su exposición, la clase de cultivos de que es susceptible, la facilidad de sus riegos, la comodidad para arrastrar sus frutos y mil otras circunstancias que son la esencia de su valor y la base en que ha de fundarse su tributación? ¿Tiene oficialmente esta competencia el cuerpo de topógrafos? No; sólo la posee el de ingenieros agrónomos, del que pasarían á ser auxiliares, como lo son los ayudantes de obras públicas de los de caminos y los ayudantes de minas y montes de sus ingenieros respectivos.

El cuerpo de Estadística, que adolecerá de defectos, los cuales pueden corregirse, tiene una misión *especial, exclusiva*, definida y permanente, y su existencia está por ende justificada y admitida; ¿mas no fué un absurdo crear el cuerpo de topógrafos? ¿No han incurrido en responsabilidad moral ante el país los autores de tal idea? Pero se trata de un hecho consumado, que tiene casi veinte años de duración y que ha creado estado con todas sus consecuencias, y opinamos, con D. Pedro Salaverría, *que son sagrados los derechos adquiridos, y que ningún Estado puede vulnerarlos sin deshonorarse*. Al amparo de tales derechos han permanecido en su cuerpo los oficiales más antiguos de topógrafos; á su amparo han ingresado en él los más modernos, y sería poco edificante la arbitrariedad de despojarlos violentamente de lo que es suyo por virtud de la ley, aun cuando ésta, en éste, como en casi todos los casos, pudiera cohonestar un atropello, fundándose en que á su albedrío pueden las Cortes reducir en cuanto estimen conveniente el sueldo del personal de topógrafos, según el art. 23 del Reglamento del Instituto ya citado. Sin embargo, el país se halla falto de recursos; bajo la presión de la necesidad de reducir los gastos ha sido preciso lastimar en otras corporaciones derechos muy sagrados, y siendo inverosímil la existencia del cuerpo de topógrafos, por deber y por justicia el Estado tiene que hacerlo desaparecer. ¿Cómo? Disponiendo la amortización de vacantes, cerrando el ingreso en él, y procurando dar salida á su actual personal á otros destinos ó servicios como, por ejemplo, á la demarcación de límites municipales, según el proyecto presentado á las Cortes. De esta suerte, en un período de diez ó doce años el país se habría descargado de un considerable gasto.

¿Está conforme el Sr. Valbuena con las ideas antes apuntadas? ¿No cree que al reorganizar el Instituto Geográfico y Estadístico, para corregir tanto abuso y desconcierto como en él encuentra, debería preocuparse ya el Gobierno de la extinción del cuerpo de topógrafos?

Para terminar estas ya enojosas líneas, y con objeto de hacer resaltar más y más la enorme torpeza cometida al

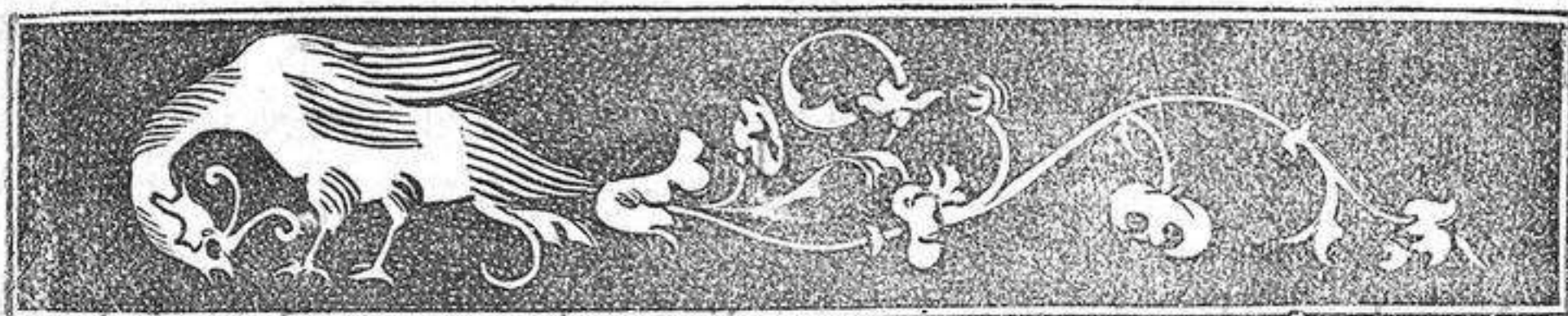
crear el cuerpo de topógrafos, vamos á hacer un cálculo aproximado de lo que por esta causa cuesta más al país el ya legendario mapa de España. Admitiendo que de no haberse creado el cuerpo de topógrafos todo su personal actual de oficiales tuviera la categoría de Ayudantes primeros de operaciones catastrales, que era la mayor, con 2.500 pesetas, sus 108 individuos costarían 170.000 pesetas anuales, si admitimos también que los simples topógrafos percibieran los sueldos que hoy figuran en el presupuesto (y ya se ve si somos tolerantes), resultaría como haber de todo el personal la cifra de 560.000 pesetas, ó sea respecto á la asignada, 757.500, una economía de 197.500 pesetas. Si en la partida del presupuesto correspondiente á indemnizaciones del personal de topógrafos por trabajos de campo suponemos la indemnización de 30 reales en vez de los 50 que hoy cobran, para todos ellos, la cantidad presupuesta de 355.300, se reducirá á los tres quintos ó resultará una economía de 4 décimos de la actual, esto es, 142.120 pesetas. Sumando las dos economías, aparece como la anual por estos conceptos la de 339.620 pesetas.

Esta economía anual no puede de ninguna manera creerse exagerada sino por su pequeñez, toda vez que en ella se supone que todos los oficiales y topógrafos primeros tienen el sueldo máximo de 2.500 pesetas, y como consecuencia son crecidos los que aceptamos para los demás topógrafos y portamiras, y, por último, porque no se suman las indemnizaciones de los oficiales empleados en los trabajos geodésicos de segundo y de tercer orden, con cuyas diferencias de lo admitido á lo que debiera ser quedan contestadas de antemano todas las objeciones que pudieran racionalmente hacérsenos, y que desde luego damos por buenas.

Con la economía anual de 339.620 pesetas durante los diez y nueve años de existencia del Instituto, resultaría un total de 6.452.780 pesetas. Es decir, que con la creación del cuerpo de topógrafos, los contribuyentes han gastado inútilmente en el mapa **25.811.120** reales.

¿Qué le parece al país? ¿Qué le parece al Sr. Valbuena?

La abtmda más la enorme torpeza cometida al  
JUAN TRUJILLO



## EL NIÑO ABANDONADO

(DE CHAMPFLEURY)

Á EDUARDITO C. Y M....

**M**ISERA madre la que abandona á su hijo!  
Dejar al recién nacido en el rincón de una callejuela y en el invierno, aunque no estuviese expuesto á morir de frío, es renunciar voluntariamente y para siempre á la porción de felicidad, satisfacciones, esperanzas y sonrisas que pudiera haberle en el mundo.

¡Muy desgraciada ha de ser una madre y mucho ha de asustarle el que la llegue á faltar un pedazo de pan para acudir á extremo tan cruel!

Bien breve es su historia. Abandonóla un seductor. Va al taller ó á la fábrica para ganar un mezquino jornal, y teme que su hijo la impida trabajar. Algunas semanas de forzado ocio hiciéronla consumir hasta el postrer recurso.

No por eso es menos culpable al abandonar á su hijo.

Nieva; el niño abandonado llora, y el frío amorata su rostro. Nadie hay á quien no conmueva este cuadro; ningún alma puede verlo indiferente. El niño abandonado despierta la piedad en el pobre, en el rico, hasta en el hombre hastiado.



No, la pobre joven no era digna de ser madre. Á la que adora á su hijo todos la aman. De los cuidados que prodiga al recién nacido se cobra con usura.

No es rica; con cualquiera retazo puede vestir á la criatura; los que la conocen daránla ropita con que preservar del frío al tierno infante.

¿Por qué no confió en la caridad?

Cual si fuera un encantador, el niño hubiera arrancado una sonrisa aun á las personas que menos ríen; esa sonrisa hubiera emocionado el corazón de la madre.

¡Y lo ha abandonado! ¡Y otra más pobre que ella será más sensible! Un trabajador cargado de familia llevará el recién nacido á su mujer, que le rogará que no le deposite en la Inclusa.

La que fué madre se ve obligada á huir del barrio en que vivía. Y cuando triste y desconsolada se entregue al vicio para aturdirse, no hallará sino remordimientos; incesantemente envenenará su vida el recuerdo de la lúgubre noche de invierno en la que los brazos de la criaturita movíanse fuera de la envoltura, suplicándola que no huyese...

¡Pobre mujer!

Por haber desconfiado de la caridad, su corazón está vacío para siempre; en sus ojos no habrá nunca lágrimas.

ZARAVEL.

Bien breve es su historia. Abandonóla un seductor. Va al taller ó á la fábrica para ganar un mezquino jornal, y teme que su hijo la impida trabajar. Algunas semanas de forzado ocio hicieronla consumir en un eterno tedio.

No por eso es menos culpable al abandonar á su hijo. Nieva; el niño abandonado llora, y el frío amorista su rostro. Nadie hay á quien no comueva este cuadro; ningún alma puede verlo indiferente. El niño abandonado despierta la piedad en el pobre, en el rico, hasta en el hombre has-

tado.



REVISTA DE TEATROS

**C**on la apertura de la mayor parte de nuestros teatros coincide la publicación de las listas que anuncian las compañías que han de actuar en el Circo de Price, dirigido por el señor Cereceda; en el de la Zarzuela, á cuyo frente se presenta el popular actor Meséjo, y en el de Novedades los no menos conocidos Mata y Mela, que, en contraposición de los anteriores, cultivarán el género melodramático, muy en armonía con el gusto literario que predomina en aquellos barrios, y muy oportuno también para que, sin caer en los extravíos que producen las terroríficas novelas francesas puestas en acción, vayan desterrando del pueblo la afición al género libre y de *piernografía*, como dice el Marqués de Valle Alegre en una de sus bien escritas revistas, y mucho mejor si, insistiendo en lo que hemos dicho anteriormente, no se lanzan por el triste camino de los crímenes, de los adulterios y otros excesos dramáticos que, lejos de entretener y deleitar, enseñan lo que no es dable enseñar, y conculcando los sentimientos más nobles del corazón humano, le precipitan en un abismo sin fondo, en el que la inteligencia escasa de los espectadores y el continuo relato de hechos criminosos que anuncia la prensa na-

cional y extranjera todos los días, trastornan por completo el orden general y hacen del teatro una escuela que no abarca más que dos extremos diametralmente opuestos, y en su esencia igualmente censurables.

Tanto el género excesivamente cómico como el melodramático, han ocupado en nuestro teatro un puesto exclusivo, en el que autores de nota y de perpetuo recuerdo, así como actores de eterna fama, han desarrollado su envidiable talento, y no hace muchos años que el público reía de veras y sin avergonzarse en *Las pesquisas de Patricio*, y se impresionaba, sin sentir repulsivo horror, en *Pedro el Negro ó los bandidos de la Lorena*, comedia y melodrama que, sin hacer caso omiso de las reglas del arte y sin oscurecer el ingenio de los autores ni poner en duda las facultades de los cómicos de entonces, cumplían su misión en la escena y hacían de ésta, si no una escuela, una diversión lícita y decorosa que excitaba la hilaridad sin ofender el decoro y los sentimientos nobles, sin mostrar el camino del crimen ni las mansiones del vicio.

Lo mismo puede suceder ahora que entonces, y del buen deseo de los actores y directores que hemos indicado pende que el teatro varíe de rumbo y que la dramática española, repitiendo lo que dijimos en nuestra *Revista* anterior y en lo que de exprofeso no volveremos á insistir, se funda en los genuinos moldes que á tanta y digna altura la elevaron.

De los teatros de Lara, Eslava, Apolo y la Alhambra, que han abierto ya sus puertas, nada podemos decir, sino que comienzan con buenos auspicios y laudables propósitos, si bien hasta ahora no lo han confirmado los hechos, en razón á que nada nuevo hemos visto en ninguno de ellos, si se exceptúa la *repressí* de la *Misa á grande orquesta*, verificada en Eslava, en la que interpreta muy bien el papel de Rosario la Sra. Muñoz de Roldán; *El Grumete*, en el que aplaudimos en la función inaugural de Apolo á la Srta. Torres y Arana y á los Sres. Ripoll y García Valero, por más que la primera

no pudo lucir sus facultades á causa de una tenaz ronquera, y los demás luchaban con los recuerdos de la Ramírez, la Aparicio, Salas, Calvet y Caltañazor, que la estrenaron en el antiguo teatro del Circo, cuando el astro de la zarzuela, que hoy se ha eclipsado por completo, brillaba en todo su esplendor, y, finalmente, una quisicosa que con el título de *Dimas el buen ladrón* se estrenó *ruidosamente* en el teatro de la calle de la Libertad.

La inauguración de la Comedia ha constituido una verdadera solemnidad, no sólo por el afán con que favorece el público más distinguido de la sociedad madrileña á este teatro, sino porque á más de poner en escena una producción de un autor dramático que ha conseguido triunfos legítimos en el difícil arte de escribir comedias y conseguir una interpretación perfecta, se presentaba por primera vez la Srta. Egea de Chegaray, discípula de la inolvidable Teodora Lamadrid.

Nada diremos de la comedia que con el título de *Lola* escribió hace años Enrique Gaspar, por ser bien conocida del público; tampoco añadiremos nada á lo dicho respecto á la ejecución, teniendo evidencia exacta de cómo dirige las obras el Sr. Mario, y de qué modo cumplen su difícil misión los actores que componen el escogido cuadro de compañía que le auxilia en su constante y afanosa labor; pero sí diremos que la Srta. López Egea es una esperanza legítima y fundada, pero está muy lejos de ser una realidad, y mucho menos una primera actriz que pueda sustituir, no á la Srta. Mendoza Tenorio, hoy Sra. de Tolosa Latour, sino á ninguna de las que figuran en primer lugar en dicha compañía, como algunos han supuesto con lamentable ligereza y plausible deseo de animarla en su primero y difícil paso en tan escabroso arte, sin considerar que los elogios prematuros pueden, á más de perjudicar, envanecer, y éste es el escollo invencible con que tropiezan todos los que entran en el teatro por la puerta grande, como vulgarmente se dice.



Nosotros, que estamos plenamente convencidos de que la adulación es un delito, tanto más punible cuanto no se sabe ni se puede saber la apreciación de un público que tiene la galantería por norte y la justicia por guía cuando quiere administrarla con rectitud, y por lo regular tarde ó temprano la administra imparcialmente, no queremos contribuir á desengaños, siempre lamentables, que no estriban en el mérito, sino en ilusiones puerilmente concebidas: por esta razón, sin quitar un átomo al mérito y á las facultades de la Srta. López de Egea, que ingenuamente nos complacemos en confesar, y declarando además que de ambas cosas hizo alarde con aplauso en la interpretación del difícil papel de Lola, no podemos menos de manifestar á la vez que la práctica en todas las profesiones es el principal factor, y tanto más en un arte en el que no son el todo los principios ni tal ó cual escuela determinada, sino que es necesario armonizarlos con el gusto y carácter dominante del público que ha de juzgar, el cual cambia en razón directa de las costumbres y el carácter de aquellas diferentes fases por que hemos visto atravesar al teatro y el arte que, sin desprenderse de su base primordial, ha experimentado transformaciones de verdadera importancia, y de aquí también que las principales actrices que han figurado y figuran en nuestra escena hayan llegado al punto que eterniza su memoria por sus pasos contados y sin imponerse al público, sino, por el contrario, sometiendo-se á su irreparable fallo, gracias al que, tanto el malogrado Rafael Calvo como Elisa Boldún, fueron en época no muy remota proclamados públicamente primeros actores, pasando á ocupar este puesto en el mismo año cómico en el que figuraban en segundo lugar.

Los defectos que naturalmente se observan al adunar la teoría y la práctica se notan menos y se corrigen mejor cuando se sube la escalera artística ó profesional paso á paso; pero cuando el arte, la profesión ó la costumbre exigen que el artista ó el hombre profesional se presente de hecho en el último peldaño, estas deficien-

cias se presentan en toda su plenitud, y como el público las coge de lleno, se cuida minuciosamente en ver si se corrigen, y entonces todo lo que es fácil subir poco á poco á la cúspide, es difícil sostenerse en ella y muy hacedero el descender hasta el fondo si el mérito y el talento, el estudio y las facultades no coadyuvan, unidos á la noble emulación, á sostenerse en tan peligrosa como *envidiada* altura, y la envidia es un poderoso auxiliar para obligar á un rápido descenso.

Nada de esto tiene que temer la Srta. López de Egea, y nosotros, al advertirle estos obstáculos, le aseguramos sinceramente que llegará á consolidar la justa reputación que conquistó en la noche de su estreno, uniéndose nuestros aplausos á los que con justicia le prodigó el público en general.

\*  
\*\*

En este mismo teatro, y después de habernos hecho pasar al Sr. Rosell, que, dicho sea de paso, se transforma por completo no bien se presenta en su escenario, con la *repressi* de *La cáscara amarga* y *Los Hugonotes*, se verificó el estreno de una comedia que con el título de *El primer choque* ha escrito el Sr. Sánchez Pérez, desempeñándola á maravilla las Sras. Guerra, Martínez Guerrero, Lamadrid y los Sres. Marco, Sánchez de León, Rosell, Mendiguchía y García Ortega, que si hemos de ser imparciales, ha dado en esta obra el primer fundamental paso para comenzar á consolidar su fama de actor.

Partidarios decididos de este género de obras dramáticas, en las que no se traen á las mientes los vislumbres de la tragedia griega, en la que Séneca, en su *Medea*, hace morir á Jakson despeñado después de haber clavado un puñal en las entrañas de su víctima, ó se nos presentan las elucubraciones del romanticismo, y lo que es peor, el estilo moderno, que se complace en sembrar de cadáveres la escena, y los actores, para

cumplir á satisfacción su cometido, deben cursar la anatomía, para convencer, con sus muecas y contorsiones, que se mueren de veras; y cuando estos horrores no se presentan á la vista del espectador, la sátira procaz, la envidia mal disfrazada, el orgullo con todas sus galas ó el cinismo con su más asqueroso ropaje, goza en insultar á los hombres de más talla, satirizar las costumbres más dignas de respeto y elevar un trono á los vicios más repugnantes, á los actos más vituperables y repugnantes; nosotros, partidarios de esas obras, en las que un suceso familiar, que está al alcance de todos, que es el protagonista, digámoslo así, de todas las escenas más íntimas de las familias, se desarrolla naturalmente, sin ataques directos á la lógica ni al sentido común, sin violencias ni inverosimilitudes, que sacan de quicio al entendimiento más obtuso, no podemos menos de aplaudir sinceramente la última producción del Sr. Sánchez Pérez, vaciada en el verdadero y genuino molde de la comedia española, sin reminiscencia alguna de extranjerismo, sin chistes que avergüencen ni frases tan altisonantes como ininteligibles, y en las que suceden los hechos y los acontecimientos porque deben suceder, y en las que no se echa mano de otros recursos ni se manejan otros resortes que los que naturalmente se observan en la vida humana, cumple su misión en la escena, y el espectador, sin distinción de clase, comprende lo que allí está sucediendo, y á pesar de ser lo mismo que á su vista y á su penetración se ofrece todos los días y en todos los momentos de la vida, se fija en algo que á él no se le ocurrió cuando atraviesa por las mismas ó semejantes circunstancias, sirviéndole de norma para lo sucesivo la manera que emplea el autor para salvar aquel conflicto, vencer aquella dificultad ó salir de aquel trance que, ocurrido en la vida práctica y quizá debido á la obcecación ó el estado de ánimo de aquel momento, no se presentó á su imaginación, y ahora, con calma, se convence de que aquel recurso ó aquel medio hubiera sido el supremo y único para salir del atolladero, en el

que se encontró en igualdad de circunstancias, y ésta es la enseñanza que se desprende de las representaciones dramáticas que tienden á normalizar las costumbres, á corregir el carácter y á guiar el entendimiento por fijo y desembarazado cauce.

En consonancia con lo dicho, ocioso es añadir que la acción que se desarrolla en *El primer choque* es sencilla, pueril y hasta la saciedad conocida, y en el modo de desarrollarla y conducirla hasta el fin estriba su verdadero mérito.

Un muchacho inocente, educado en un colegio de jesuitas, viene al seno de su familia, conoce á la costurera de la casa, siente los primeros impulsos del amor y se prenda de aquella honrada muchacha, á la que Pepita, esposa de D. León, en cuya casa tiene lugar la acción, arroja de ella inexorablemente, no sin sorpresa de todos, especialmente de D. Cipriano, que creyendo tener á su lado un Santo Francisco de Borja, se encuentra con un D. Juan Tenorio, de la mejor y más delicada clase. Juanito, que así se nombra el neófito de amor, vuelve al colegio, pero al fin se casa con su Carolina, y también se arreglan las diferencias de celos surgidas entre los demás personajes que figuran en otra unión que se aduna á la principal, sin que una y otra se estorben ni perjudiquen.

De este breve relato se desprende que la comedia reúne, á la par que la expresión de lo cómico culto, la del sentimiento, perfectamente armonizadas y que revelan las dotes del Sr. Sánchez Pérez, al que no tenemos el gusto de conocer, y el buen tino de los actores que la han desempeñado, á los cuales conocemos y á los que felicitamos sinceramente, rogándoles extiendan esta sincera felicitación al aplaudido autor de la comedia titulada *El primer choque*, que ellos han tenido el honor de representar, y nosotros el muy grande de ocuparnos de su examen.

RAMIRO.



## CRÓNICA POLÍTICA

**D**ÍGASE cuanto se quiera, los procedimientos del fusionismo y todos los maravillosos secretos de la política del Sr. Sagasta están basados en la convicción íntima de que puede un hombre, llegado á Presidente del Consejo de Ministros, eternizarse en el Poder, para satisfacción propia y de sus amigos, siempre que quiera tener y tenga, á la par que audacia sin límites y ambición sin freno, el gran talento de imponerse, no confesando jamás errores ni admitiendo siquiera la posibilidad de cometerlos.

Si las generosidades de un presupuesto desacertado y excesivamente dadivoso ponen de manifiesto la ruina del contribuyente esquilmo, basta una modificación ministerial que haga presentir otros rumbos que no se han de tomar en ningún caso. Si de improviso surgen desacuerdos hondos y actos de independendencia, al verse algunas personalidades desatendidas ó en el trance de optar entre la amistad del Gobierno ó los intereses permanentes del distrito que como diputados representan, basta cubrir con el estigma de una excomuni3n política nombres poco antes queridos, aunque esos nombres sean tan ilustres como los de los Sres. Gamazo y Martos, por ejemplo. Si los abusos y el despilfarro en la ad-

ministración llegan á manifestarse con caracteres que alar-  
men y comprometan á personas de la intimidad del Presiden-  
te del Consejo, aunque entre los comprometidos se encuen-  
tre un hombre tan popular como el Sr. Abascal, basta un  
cambio de funcionarios ó un simulacro cualquiera de justicia,  
habildosamente preparado por medio de un elástico expe-  
diente.

Si se evidencia que el Gobierno pacta con los posibilistas  
de la república, é inconscientemente prepara las vías de la  
evolución suspirada por el más aristócrata cantor de las de-  
mocracias, ya cuenta el Gabinete con auxiliares de primera  
fila que, desde el campo de un republicanismo á medias, se  
ofrezcan como intérpretes de intenciones ajenas, y se en-  
carguen de tachar de tibieza y aun de falta de monarquismo  
á entidades fervorosamente monárquicas y á defensores acé-  
rrimos *ab initio* de las instituciones para cuya restauración  
en España tanto y tan poderosa y felizmente trabajó el se-  
ñor Cánovas del Castillo, en lucha abierta contra ese mismo  
Sr. Sagasta, que pretendía otros rumbos. Si se acumulan di-  
ficultades sin número, quedan todavía recursos supremos,  
manejos y audacias inconcebibles en ciertas esferas, actos  
tan habildosamente preparados como los que escandaliza-  
ron á las gentes en el Prado, en Aranjuez..... y últimamen-  
te hasta en el Congreso. La audacia y la ambición, que no  
siempre aparecen en íntimo consorcio entre los hombres de  
buena talla política, han realizado ya y preparan todavía  
múltiples milagros.

Se habla mucho y en diversos tonos de la buena fortuna  
del Sr. Sagasta que, vistiendo á temporadas, y según las  
circunstancias, trajes de las más variadas hechuras y de los  
más opuestos colores, puede llamarse realmente el Ministro  
en moda desde 1868 hasta nuestros días; pero toda esa gran  
fortuna, que á unos y á otros sorprende, no tiene otra base  
ni más pedestal que una buena fe inconcebible, una buena  
fe llevada hasta la candidez, una verdadera *bonhomie* de sus  
adversarios.

El hombre menos ducho en política, esa ciencia que el  
vulgo cree arte del disfraz, del disimulo y del engaño, puede

en más de una ocasión sonreirse ante las inocentes malicias de un juego mil veces practicado y perfectamente conocido en sus menores detalles.

De ahí cabe también predecir que el presumido burlador pueda al fin ser el engañado.

\*  
\* \*

El Gabinete es fuerte, el Gobierno está pujante, y sus miembros, no reconociendo más jefatura posible que la del Sr. Sagasta, se disponen con perfecta unanimidad de miras á seguir haciendo la dicha de los españoles, regalándonos esta vez unos presupuestos sin déficit ni trabacuentas y un sufragio universal á pedir de boca. Hacen coro en los aplausos y no cesan en sus más ó menos disimuladas alabanzas mil republicanos históricos y no históricos que saben muy bien adonde van y lo que quieren.

¿Qué importa que el País se alarme ante las crecientes arrogancias del proselitismo anárquico? ¿Qué importa que aquella famosa política de atracción, anunciada como feliz término de todas las actitudes ilegales, no haya dado otro fruto que fracasos sin cuento y propagandas y conspiraciones á la luz del día? ¿Qué importa que los gastos crecientes multipliquen de año en año la deuda, que las combinaciones financieras y el estado de los negocios internacionales arruinen al agricultor, maltraten al industrial y hagan imposible la vida del contribuyente?.... ¡Quejas enojosas é intempestivas! Si de unos proyectos tan importantes como la mejora de la Administración, el encauzamiento de la Hacienda y las reformas militares no existe ya más que el vano eco de promesas temerarias, aún queda en cartera el espejismo de un sufragio universal, que es la aspiración más ardiente de todos los elementos que en España odian las instituciones vigentes.

Esta es el áncora de salvación que aún sigue aconsejando el tacto de codos y alienta la fe y sostiene la esperanza de los iniciados.

\*  
\* \*

Cuando á raíz de la Restauración eran los conservadores dueños de los destinos de España y tenían la confianza omnímota de la Corona, la preocupación más seria del señor Cánovas del Castillo fué enseguida la de alentar á aquellas dispersas huestes *soi-disant* liberales, que aún no se atrevían á llamarse monárquicas y habían de formar muy pronto un partido de ideas más avanzadas, llamado á alternar en el Poder con los vencedores. ¿Quién había de decir que todas aquellas aspiraciones del más alto patriotismo habían de llamarse «miedo» más tarde, y por los mismos vencidos, que nada podían por sí solos y todo lo debían al gran prestigio de una política honrada y á la virtualidad de la Corona?

Cuando, al dar Alfonso XII su último suspiro en el Pardo, fué proclamada la Regencia, Cánovas del Castillo y los Ministros que le rodeaban presentaron inmediatamente sus dimisiones y aun aconsejaron la vuelta de los liberales, creyendo que á un nuevo reinado correspondía un nuevo Gabinete. ¿Quién había de pensar entonces que aquel acto de generosidad y de acendrado monarquismo pudiera, andando el tiempo, tacharse de «cobardía», cuando realmente ningún peligro aparecía en el horizonte político de España, á no ser el peligro mismo provocado por el llamamiento? Así la negra ingratitud de los unos ha respondido siempre al desprendimiento y altas miras de los otros, demostrando una vez más cuán desacertado es jugar con fuego.

Después de cuatro años de dominación liberal, después de cuatro años de torpes halagos á los elementos perturbadores, derroches increíbles é inmoralidades inauditas, aparecen en el partido dominante desprendimientos gravísimos, disensiones notables, tropiezos múltiples, y, como consecuencia necesaria, una anemia incurable, anemia que no permite siquiera reforzar el Gabinete antes de que en las Cortes, cerradas en Julio de una manera apresurada y violenta, tenga ahora que dar cuenta de sus actos.

Pero ¿qué han de importar á los gobernantes los cargos formulados contra el jefe del departamento de Marina ó contra cualquier otro Ministro, qué importan los errores sin número, cuando aún hay ojos que no ven y oídos que no

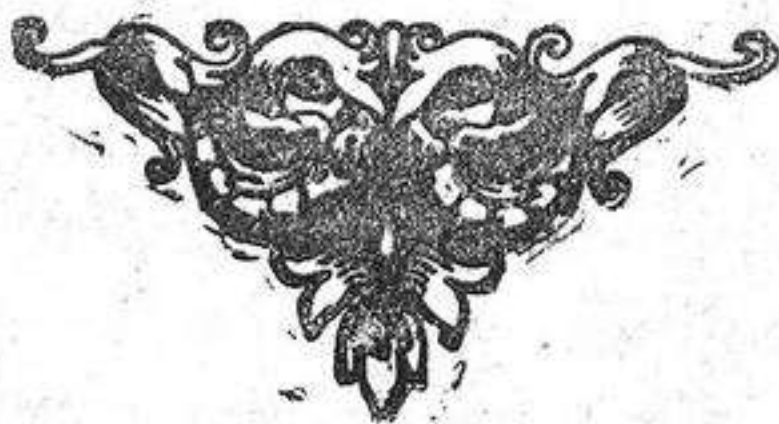


oyen, sin más criterio que ese optimismo fatal al que hacen interesado coro cuantos esperan que la Regencia sirva al fin de puente al imperio de aquellos ideales que en 1875 aparecían desacreditados y hundidos para siempre?

Mucha vanidad personal, mucho apego se necesita tener á las carteras para no confesar de una vez que esta situación política es insostenible y constituye un peligro constante y creciente para la Monarquía. Toda persona que no fuera el Sr. Sagasta, comprendería que hace tiempo llegó la hora de un cambio político en armonía con las complicaciones y necesidades actuales.

Pero no hay que esperarlo así, y fuerza será echar mano de todos los medios posibles para conseguir que lo advierta ahora el Presidente del Consejo de Ministros.

A.





## REVISTA EXTRANJERA

---

**D**EJEMOS á un lado los comentarios que derivan de las últimas elecciones en Francia y acerca de las cuales tanto se habla y tanto fausto ó nefasto se pronostica. Lo único incontestable es que el Gabinete de Mr. Tirard no ha echado en olvido ninguna de las ruedas de la poderosa máquina electoral que las circunstancias ponían en sus manos, que no ha perdonado medios para hacer triunfar su política, y que las decepciones han de resultar muy luego infinitamente más numerosas é inesperadas de lo que se ha creído y cree todavía en Francia. En la Cámara puede aparecer hoy cierta mayoría republicana, pero la República está más lejos que nunca de tener hoy un porvenir claro y bien definido.

Contentémonos con transcribir hoy las impresiones más salientes de la prensa alemana. La *Gaceta de Colonia* consigna que el resultado de las elecciones en Francia debe acogerse «con el sentimiento de satisfacción que inspira siempre la victoria del buen sentido, y produce un efecto tranquilizador, porque en vez de lo desconocido, sigue á la vista de todos algo que ya se conoce.» La *Nueva Prensa Li-*

*bre* expresa una idea análoga, felicitándose de que nada haya cambiado en Francia, y que el mismo régimen que dió á los franceses un Wilson, un déficit enorme y la guerra del Tong-King, siga imperando y produciendo sus naturales frutos.

El Canciller de Alemania ha favorecido siempre el mantenimiento y el desarrollo del régimen republicano en Francia, y ya en la época en que el Conde de Arnim era Embajador en París, Bismarck ordenaba que nada se hiciese para combatir el régimen republicano entre los franceses. Basta un dato tan natural y tan lógico para deducir que la derrota más sentida por Alemania será, sin duda, la del oportunista y acérrimo parlamentario Mr. Ferry. No sin fundamento han de felicitarse, por consiguiente, los alemanes del resultado de unas elecciones que en el actual momento y á primera vista no ha de mejorar los sinsabores que desde sus grandes derrotas lamenta la nación francesa.

La cordial entrevista de los Emperadores de Rusia y de Alemania, y hasta la actitud de Inglaterra ante la triple alianza, parecen otro fracaso de los sueños que atormentan á los impacientes partidarios de la *revanche*. Parte de la prensa y de las agencias transcriben noticias acerca de fiestas militares, banquetes y brindis, no encontrando otro medio para atenuar la importancia de aquellos actos oficiales que advertirnos que, si bien el Czar ha bebido cariñosamente á la salud de Guillermo II, ha expresado sus pensamientos en lengua francesa.

Á la Rusia imperial, á la Rusia de la autocracia religiosa y política ha de serle difícil olvidar las guerras napoleónicas y los sacrificios hechos en Moscou y en Crimea, para unirse en muy estrecha alianza con los inquietos representantes de todo lo que el Imperio ruso ha combatido y aún combate. Podrá suceder que exigencias, intereses particulares ó diplomáticos se sobrepongan y preparen los sucesos futuros en el sentido que indican y desean los franceses; pero es muy posible que todos los cálculos sean muy prematuros.

Recientemente ha podido apreciarse ya que Rusia no quiere, por ahora, renunciar á una libertad de acción que le comunica más fuerza. Sabido es que el Gobierno del Czar no quiso asociarse á la fiesta del arte, de la industria y del trabajo que los Ministros franceses pretendieron consagrar á la celebración del centenario de la República; pero el Conde Ignatieff se encargó de hacer que la gran nación eslava estuviese representada con brillantez en el Campo de Marte. El Conde Ignatieff pasa por muy amigo de los franceses, pero es también muy moscovita. Los *reporters* de los principales periódicos de París fueron enseguida á visitarle, y ninguno pudo apartarle de su estudiada reserva.

Ustedes quieren que yo hable de política, y francamente, no me conviene entrar en este espinoso asunto. Me basta decir que quiero á los eslavos y á los franceses, dos pueblos llenos de amor patrio y de espíritu de independencia. Han dicho las gentes que soy el jefe de los panslavistas, y la verdad es que no soy jefe ni panslavista; soy eslavo y quiero á mi nación del mismo modo que un francés quiere á la suya, conformándome siempre con la patriótica voluntad de mi Soberano. He venido á París para ver su Exposición, y puedo aseguraros que me gusta mucho; pero no me preguntéis si existe ó ha de existir algún tratado de alianza entre los rusos y los franceses, porque me consta y todos comprendéis que el cariño no desaparece, y los protocolos sí se rompen.

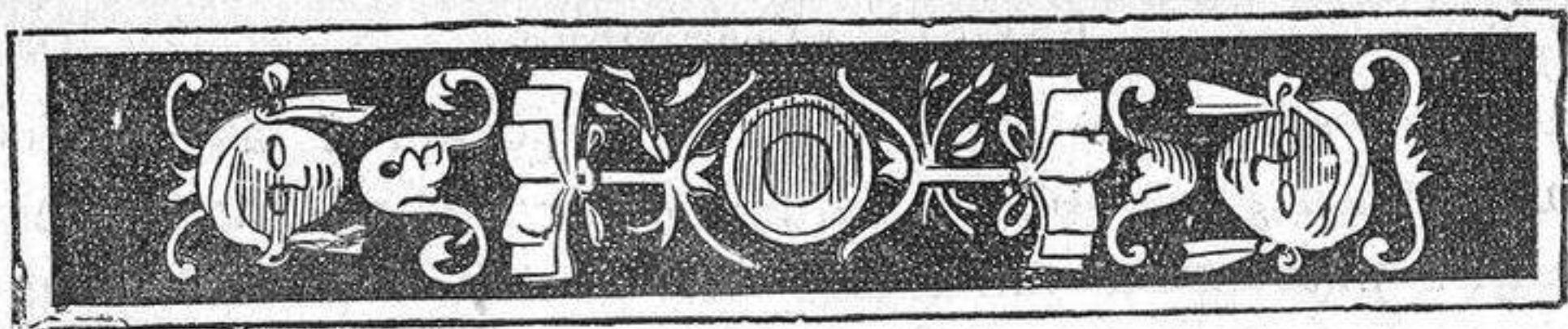
Y cuando preguntaron al mismo personaje ruso si era probable el anunciado viaje del Czarevitch á Francia, contestó que, según tenía entendido, era imposible pensar en tal cosa, pues el Príncipe imperial ocupa una posición dema-

siado elevada para poder obrar sin sujeción á las exigencias políticas, que no le permiten acudir á París en una fiesta que pretende conmemorar ciertos triunfos revolucionarios.

Estos dichos y tales hechos bastan para encauzar ciertas corrientes de la opinión que suelen andar demasiado á la ligera.

S.





## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

**Alicantinos ilustres.** *Apuntes biográficos, por MOLLÁ, MILEGO Y GALDÓ.*—Alicante, 1889.—En 4.º, 237 páginas. Precio: 2,50 pesetas.

No hay seguramente tarea más digna de aplauso que la de enaltecer la memoria de los varones famosos por sus talentos y virtudes. Cierto que al acometerla tropiézase con no escasas dificultades, que es arduo empeño el de narrar las proezas de insignes compatriotas y dárnoslos á conocer tales como fueron á su paso por este mundo.

Allá en la comarca de Levante se asienta una de las ciudades más hermosas de España. Dios le prodigó sus bienes, y á un clima siempre templado, un cielo siempre azul y un campo en el que nacen las flores de mayor perfume y los frutos más sabrosos quiso el Creador que animaran mujeres seductoras por su belleza y discreción y hombres de poderoso entendimiento. Alicante, que es la afortunada ciudad á que aludimos, ha dado á nuestro país hijos eminentes en todos los ramos de la humana actividad. Los Sres. Galdó, Milego y Mollá nos refieren en el libro que motiva esta nota biográfica la vida y las obras de hombres tan eximios como Montengón, Rico y Amat, Camilo Jover, Sereix y Samper, Vila y Blanco y otros.

Tan perfectamente desempeñan su cometido, que nos finge la imaginación que tornamos á ver á aquellos alicanti-

---

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

nos, orgullo noble de sus paisanos. Reciban nuestra entusiasta enhorabuena los autores, los tres literatos peritísimos que figuran honrosamente en la grey de periodistas como redactores de *El Graduador*.

\* \* \*

**El teatro del maestro Tirso de Molina, por D. PEDRO MUÑOZ PEÑA, Catedrático del Instituto de Valladolid.**—Valladolid, 1889.—En 4.º, 694 páginas. Precio: 6 pesetas.

No un breve suelto, sino un largo juicio crítico merece la última producción del docto Catedrático Sr. Muñoz Peña. Su concienzudo estudio del teatro en la época del insigne Fray Gabriel Téllez demuestra las dotes envidiables que reúne y la erudición vastísima que atesora el Sr. Peña. Así como no es posible conocer la dramática de Ruiz Alarcón si no se lee el trabajo del sabio académico D. Luis Fernández-Guerra, de hoy en adelante habrá de consultarse con gran provecho el del Sr. Peña para conocer el teatro de Tirso.

\* \* \*

**La novela de una mujer honrada, por V. Cherbuliez. Versión castellana de Ricardo Revenga.**—Madrid, La España Editorial, 1889.—En 8.º, 327 páginas. Precio: 3,50 pesetas.

Víctor Cherbuliez, autor de esta obra, pone de realce sus cualidades de escritor eminente y moral, que se aparta del convencionalismo de los naturalistas. Con habilidad y maestría dibuja los caracteres de la novela, especialmente el de *Dolfin*, que absorbe la atención del lector, el cual no deja el libro de la mano hasta llegar á la última página, encantado por el interés creciente de la sencilla narración, tan hermosamente expuesta por el ilustre académico francés. La impresión es muy esmerada y elegante, y la traducción fiel y castiza.

\* \* \*

#### OTRAS PUBLICACIONES

**Ráfagas y rimas.**—Colección de poesías originales de José Ramírez de la Piscina y Gil.

Los cuadernos 218 á 220 de la obra *España*, tan digna de elogio por el texto como por los grabados. Comienza la descripción de la provincia de *Soria*, por D. Nicolás Rabal.

*Diccionario enciclopédico hispano-americano.*—Los editores Montaner y Simón han repartido los cuadernos 91 á 113 de esta importantísima producción. Contienen muchos é interesantes artículos esmeradamente redactados, y los ilustran grandes láminas cromolitográficas y multitud de primorosos grabados y de figuras intercaladas en el texto.

D. Salvador Manero acaba de distribuir los cuadernos 38 á 53 del *Novísimo Diccionario de Legislación y Jurisprudencia*, por D. Santiago Oliva y Bridgman, abogado de Barcelona. Es un trabajo de mucho mérito que honra á su joven autor, uno de los jurisconsultos catalanes de más brillante porvenir.

R. A.

